FULTON
J. SHEEN

EL CAMINO DE LA FELICIDAD

FULTON J. SHEEN
Doctor en Filosofía, doctor en Teología, doctor en Derecho.
Obispo auxiliar de Nueva York

EL CAMINO DE LA FELICIDAD

1967

ÍNDICE

Plan y propósito de la obra....8

FELICIDAD....11

Contento....12

Humildad....14

Egotismo....17

Alegría....20

¿Está el hombre moderno lejos de la paz?....22

El yo y la ley moral....25

Desapego de la rutina....28

Retorno a la nada....30

Lo subterránea....32

Necesidad de la revolución....35

Alegría interior....38

El amor es infinito....41

Filosofía del placer....43

TRABAJO....45

Trabajo....46

Reposo....49

El ocioso en el mercado....52

AMOR....54

Las tres causas del amor....55

El amor persiste aun faltando enamorados....58

El verdadero amor....60

Los efectos de la falta de amor....62

Lo infinito y el sexo....65

Reflexiones sobre el amor....68

El misterio del amor....70

Amor y éxtasis....72

LOS HIJOS.....75
MATERNIDAD.....76
PADRES E HIJOS.....79
JUVENTUD.....81
SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS.....82
LOS ADOLESCENTES.....85
MÁS COMENTARIOS SOBRE LOS ADOLESCENTES.....88
LOS AMORES JUVENILES.....90
FIN DEL HOMBRE.....92
EL VALOR PRINCIPAL.....93
PODER Y RIQUEZA.....96
DIOS SE DEFIENDE A SÍ MISMO.....99
PAZ INTERIOR.....101
CONSEGUIR LAS COSAS A TODA COSTA.....102
ANTIEVASIÓN.....104
EL ESPÍRITU DE PERDÓN.....106
VIDA INTERIOR.....109
UN RÁPIDO PSICOANÁLISIS.....112
AUTODISCIPLINA.....114
AMABILIDAD.....116
TEMOR Y ÉTICA.....118
DESCANSO Y MEDITACIÓN.....120
DAR.....122
MEJOR ES DAR QUE RECIBIR.....123
EL PROBLEMA DE DAR.....126
EL ESPÍRITU DE SERVICIO.....129
CÓMO DAR.....131
COMPAÑERISMO.....134
LA PSICOLOGÍA DIVINA Y LA MALEDICENCIA.....135
HOMBRES ATÓMICOS.....137
EL HOMBRE.....140

PROGRESO....141
EL HOMBRE-MASA....143
UNA LLAMADA A LA VIDA INTERIOR....146
LOS MORALISTAS FALSOS....148
LO QUE NOS HACE NORMALES....151
CÓMO VENCER LOS MALOS HÁBITOS....154
DISPOSICIÓN AL SACRIFICIO....156
¿SÓLO CLEMENCIA?....159
POR QUÉ NO SOMOS MEJORES....161
LA REVOLUCIÓN EMPIEZA POR EL HOMBRE....163
AÚN HAY ESPERANZA....166

INTRODUCCIÓN

PLAN Y PROPÓSITO DE LA OBRA

Esta serie de trabajos se han escrito con un propósito particular, un método especial y un espíritu deliberado. El propósito es llevar solaz, salud y esperanza a los corazones, veracidad y luz a las mentes, fuerza y resolución a las voluntades. El método consistir en la aplicación de los principios espirituales y de la moral eterna a los problemas fundamentales de la vida individual y social de hoy. El espíritu será el de la caridad: amor a Dios y al prójimo.

Este prefacio declarará lo que en el libro se considera básico.

PRIMERO: *Lo mucho que hoy se habla de política indica que los pueblos son gobernados y no gobernantes. Las complejidades de nuestra civilización nos fuerzan a organizamos en unidades cada vez mayores y, atentos a gobernar lo exterior, acabamos olvidando el gobernarnos a nosotros mismos. Sin embargo, la clave de la mejora social está en la mejora personal. Obsérvese al hombre y se habrá observado su mundo. Necesitamos devolver al hombre el respeto a sí mismo y darle el honor apropiado. Esto le evitará el anhelar humillarse ante los que tratan de esclavizarle y le proporcionará valor para defender el derecho, aunque se halle solo, si el mundo procede mal.*

SEGUNDO: *Así como la sociedad está hecha por el hombre, el hombre está hecho por sus pensamientos, decisiones y elecciones entre diversas oportunidades. Nada ocurre en el mundo que no haya ocurrido antes en la mente de algún hombre, como el hecho material del rascacielos se limita a completar el sueño de un arquitecto. Hasta la materia de nuestro ser psíquico es servidora de nuestros pensamientos. Los psicólogos reconocen que nuestros cuerpos pueden fatigarse por cansancio de la mente. El disgusto, la ansiedad, el temor y el hastío se sienten físicamente y la fatiga mental nos parece corporal.*

Una razón fundamentalmente determinativa del agotamiento de la mente es el conflicto que surge en nosotros entre el ideal y lo conseguido, entre lo que debemos ser y lo que somos, entre nuestros anhelos y nuestras abstenciones, entre nuestras capacidades de comprensión y los incomprensibles misterios del Universo. Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse. Esta perenne tensión en el hombre sólo puede aceptarse y soportarse mediante la entrega de nuestro ser a Dios. Entonces cualquier *cosa que ocurra se recibe como una dádiva de amor, y no podemos fracasar porque no tenemos una voluntad descontenta y egoísta.*

La sociedad sólo puede salvarse si el hombre se salva de sus insoportables conflictos, de los que únicamente se librará si modifica su alma. No hace mucho los hombres ponían su esperanza en el avance material, pero ahora ese optimismo superficial ha terminado. La pesada carga de la inquietud y la ansiedad sobre el porvenir de la raza y del individuo ha hecho a los hombres conscientes de sus almas.

TERCERO: *Nuestra dicha consiste en llevar a cabo los propósitos de nuestro ser. Todo hombre conoce, por su insaciada avidez de alcanzarlos, que ha desarrollado la capacidad de aspirar a tres cosas que no logra plenamente. Una, desear vivir, y no durante los próximos minutos, sino siempre y sin vejez ni enfermedad. Otra, descubrir la verdad en toda su plenitud con una forzada elección entre las verdades, por ejemplo, de la geografía y las matemáticas. En tercer lugar, ambiciona amor, y no con un término en el tiempo, ni mezclado con saciedad y desilusión, sino equivalente a un éxtasis perdurable.*

Esas tres cosas no se encuentran en esta vida de modo completo. En la tierra, tras la vida va la sombra de la muerte; la verdad está mezclada con el error; el amor con el odio. Los hombres saben que no buscarían esas cosas en toda su pureza si no hubiera posibilidad de encontrarlas alguna vez. Y, como razonables, buscan la fuente de que derivan esas mixtas e imperfectas fracciones que encontramos de la vida, el amor y la verdad.

Esa búsqueda equivale a querer descubrir la fuente de la luz en el interior de un cuarto. No va a salir de debajo de una silla, donde estaría mezclada con oscuridad y penumbra. Puede proceder del sol, donde la luz y la verdad, tales como las conocemos aquí, exige situarse fuera de este oscurecido mundo, persiguiendo una verdad sin su sombra: el error; y un amor sin la suya: la muerte. Hemos de buscar la verdad pura, la vida pura

y el amor puro. Con esto se ha definido a Dios, cuya idea es lo bastante personal para hacerle Padre; su verdad lo bastante individual y comprensible para trocarle en Hijo; y su amor tan profundo y espiritual que le convierte en Espíritu Santo.

Cuando los hombres den con el camino de la dicha, se encontrarán en plena fraternidad; y la paz social derivará de ello.

FULTON J. SHEEN.

FELICIDAD

1

CONTENTO

El contento no es una virtud innata. Se adquiere con gran resolución y diligencia en el empeño de vencer los deseos desarreglados. De aquí que sea un arte que pocos estudian. Como hay en el mundo millones de almas descontentas, será útil para ellas el que analicemos las cuatro principales causas de descontento y veamos los medios de vencerlo.

La principal causa del descontento es el egoísmo, debido a que cada uno nos consideramos el eje en derredor del cual gira todo. La segunda causa del descontento es la envidia, que nos hace mirar las posesiones y talentos de los otros como cosas que nos hubieran sido robadas. La tercera causa es la codicia, o desordenado deseo de tener siempre más para compensar el vacío de nuestro corazón. La cuarta causa del descontento son los celos, a veces originados por la melancolía y la tristeza, y en otros casos por el odio a los que tienen lo que deseamos para nosotros mismos.

Uno de los más crasos errores es creer que el descontento procede de causas exteriores y no de malas cualidades del alma. Había una vez un chiquillo que sólo aspiraba a una bolita; la tuvo, y deseó una pelota; la consiguió, y ansió un balón; lo logró, y pidió una cometa; mas siguió sin ser feliz. Querer hacer dichoso a un descontento sempiterno, es intentar llenar de agua una criba. Por mucho que uno se empeñe, el líquido se escapa demasiado de prisa.

No se halla contento en un cambio de lugar. Hay quienes suponen que viviendo en otra parte del mundo tendrían mayor paz de alma. Una dorada desde una pecera y un canario desde una jaula empezaron a platicar: «Quisiera *nadar* como ese canario», dijo el pez. El canario repuso: «¡Qué bien se debe estar en el agua fresca donde *vuela* el pez!» Una voz mandó: «¡Al agua, canario! ¡A la jaula, pez!» Inmediatamente cambiaron de sitio y ninguno se sintió dichoso, porque Dios había dado a cada uno lo más adecuado a su naturaleza.

La condición precisa para el humano contento es ser prudentes y reprimidos y reconocer límites a las cosas. Lo contenido en límites será

verosímilmente plácido. Un jardín entre tapias es uno de los parajes más sosegados del mundo. Éste queda fuera, y a través de la verja cabe mirarlo con el afecto que da la distancia y el encanto que presta. Si el alma del hombre sabe recluirse entre límites (no siendo avaricioso, sórdido, amigo de atesorar demasiado, ni egoísta), cabe aislarse en un contento sereno, tranquilo y luminoso. El que se contenta con los límites que presentan las circunstancias, convierte esos mismos límites en la curación de sus inquietudes. No importa que el jardín tenga un acre o tres y carezca de muros o no. Lo esencial es vivir en su recinto, grande o pequeño, para sentir el ánimo quieto y el corazón feliz.

El contento, pues, dimana en parte de la fe, esto es, de conocer el propósito de la vida y estar seguro de que todas nuestras pruebas proceden de un Padre amoroso. En segundo lugar, para sentirnos contentos necesitamos tener la conciencia limpia. Si el ser interno se ve desgraciado a causa de sus fracasos morales o desorbitadas culpas, nada exterior puede satisfacer al espíritu. Una tercera y final necesidad es la mortificación de los deseos y la limitación de los deleites. Si amamos en exceso, a menudo molestamos en exceso. Sentirse contentos aumenta nuestras alegrías y disminuye nuestras miserias. Todos los males se tornan más ligeros si se llevan con paciencia, mientras el descontento amarga los mayores bienes. Las miserias de la vida son lo bastante profundas y extensas, para que, no habiendo necesidad, las hagamos peores.

El estar contentos con nuestra situación en el mundo no excluye el que aspiremos a mejorar. El cristianismo exhorta a los pobres a vivir y ser «diligentes en sus tareas». El contento es siempre cosa del momento. Un hombre pobre, hoy, puede estar satisfecho merced a su fe, pero el mejorar de condición económica acaso le convenga mañana, de modo que el pobre debe trabajar para acrecentar su prosperidad. Puede no lograrlo, y, si su pobreza continúa otro día, la aceptará hasta que llegue un alivio. El contento ha de referirse a nuestro presente estado y no resulta absoluto respecto a todas las demandas de nuestra naturaleza.

Un hombre contento nunca es pobre, aunque posea poquísimo. El descontento nunca es rico por mucho que tenga.

2

HUMILDAD

La causa principal de la insatisfacción interior es el egoísmo. Quien se jacta de su valía ante el prójimo, presenta las credenciales de su inferioridad.

La soberbia es un intento de convencer a los otros de que somos lo que nunca fuimos.

¡Cuánto más felices vivirían las gentes si en vez de exaltar su *ego* hasta el infinito lo redujeran a cero! Entonces encontrarían la verdad auténtica a través de la más rara de las virtudes modernas: la humildad, que constituye la verdad respecto a uno mismo.

El que mide seis pies y afirma que tiene cinco, no es humilde. Un buen escritor no muestra humildad si dice: «Soy un emborronacuartillas». Tales aserciones se hacen para granjearse el elogio de los demás con una negativa.

Más humilde resulta quien expone: «Si algún talento tengo, será un don de Dios, a quien se lo agradezco». A más alto edificio, más profundos cimientos; a más alturas morales a que aspiremos, mayor humildad.

Juan el Bautista dijo, al ver a Nuestro Señor: «Yo disminuiré y Él se agigantará». Las flores, en invierno, buscan humildemente bajo tierra sus raíces madres.

Muertas para el mundo, sobreviven humildes y escondidas, invisibles para los hombres. Y como se humillan, la nueva primavera las glorifica y exalta.

Una caja no puede llenarse si no está vacía. Sólo cuando deshinchamos nuestro yo, derrama Dios sobre nosotros sus bendiciones. Algunos están ya tan engreídos, que resulta imposible para ellos recibir en sus adentros el amor de Dios y del prójimo. Por buscarse a sí mismos constantemente los egoístas llegan a negar lo que pueden valer. La humildad nos permite acoger lo que nos den los demás.

Usted no me dará a menos de que yo acepte. Es el aceptante quien hace al donador.

Dios, antes de prodigar dones, necesita que haya quien los tome. Pero quien no es lo bastante humilde para recibir a Dios, no recibe nada.

Un hombre poseído por el demonio fue a ver a un Padre del Desierto. Cuando el santo mandó al diablo que se alejara, el Malo preguntó: «¿Qué diferencia hay entre las ovejas y las cabras para que el Señor ponga a unas a su derecha y a las otras a su izquierda el día del Juicio Final?»

El santo respondió: «Yo soy una de las cabras». Y el diablo dijo: «Por tu humildad salgo de este hombre».

Muchos comentan: «He trabajado largos años, incluso por Dios, y ¿qué he sacado en limpio? Sigo siendo un nadie». La respuesta es que sí han ganado algo: y es conocer la verdad de su propia pequeñez, además de gran mérito para la otra vida.

Un día dos hombres iban en un carruaje, y uno de ellos dijo: «No hay bastante sitio para usted en esta banqueta». El otro repuso: «Si tenemos mutuo amor cristiano, sí lo habrá». Preguntad a un hombre si es un santo, y si responde afirmativamente, tened la seguridad de que no lo será.

El hombre humilde se concentra en sus propios errores y no en los ajenos, no viendo en su vecino sino lo bueno y virtuoso. Lleva los defectos de su prójimo a la espalda y los suyos delante. El soberbio, al contrario, se queja y cree ser tratado como no merece. El humilde, en cambio, no se queja si le maltratan.

Desde el punto de vista espiritual, quien se siente orgulloso de su inteligencia, talento o voz, y no lo agradece a Dios, es como un ladrón, ya que, tomándole sus dádivas, no lo agradece. Las espigas de cebada que llevan más rico grano son las que más se inclinan. El humilde no desalienta nunca y el soberbio se desespera. El humilde siempre tiene un Dios a quien invocar, pero el soberbio se derrumba cuando deja de creer en su *ego*.

Una de las más bellas plegarias en loor de la humildad es ésta de San Francisco:

«Hazme, Señor, instrumento de tu paz. Donde haya odios, ponga yo amor; donde injuria, perdón; donde desesperación, esperanza; donde oscuridad, luz; donde tristeza, alegría. Haz, ¡oh Divino Maestro!, que yo no necesite tanto ser consolado como consolar, ser comprendido como

comprender, ser amado, como amar. Porque perdonando seremos perdonados, y muriendo naceremos a una vida eterna.»

3

EGOTISMO

El egotismo es una mentira en acción, porque presupone que los caprichos, pasiones y deseos instintivos del egotista deben sobreponerse a la ley moral, la fraternidad de otros seres humanos y la voluntad del mismo Dios.

El egotista es como un péndulo que quiere imponer sus derechos contra el reloj, o como una nube rebelada contra el cielo, o como un brazo que insiste en ignorar que forma parte de un cuerpo.

El egotista es como un péndulo que quiere imponer siempre su voluntad, y termina por ver con disgusto cuanto hace. Es como un niño mimado, que cansado de hacer lo que quiere, exclama un día: «¿Tendré que hacer siempre lo que quiero?»

El cumplir siempre la voluntad propia conduce, con el tiempo, al odio de uno mismo. El rapaz que se come los helados de toda la familia, termina aborreciendo el helado. Con su odio, animal y meramente «condicionado», a las golosinas, surge un aborrecimiento moral al pecado de la gula.

Ese disgusto contra uno mismo es la pena que pagamos por nuestra glotonería, mientras la aversión al helado es el efecto animal y físico del mismo pecado.

Los hombres descontentos de sí mismos se golpean instintivamente el pecho como para desalojar el mal instalado en sus almas. Los ateos están más prestos a ese autoaborrecimiento que los religiosos, porque, no reconociendo la clemencia y amor del Dios que cura todas nuestras penas, pueden llegar, en su desesperación, hasta el suicidio. La destrucción del propio ser es una proyección externa de la tragedia interior, en la cual el ser mezquino que mora en el hombre ha retado a todo lo grande y, asqueado por los efectos de su rebelión, llega a odiar antinaturalmente su propia vida.

Pedro y Judas se rebelaron contra la vida cuando negaron a Nuestro Señor. Los dos habían sido advertidos contra tal insurrección y llamados

«demonios», y ambos se arrepintieron. Pero Judas lo hizo en su interior, y su yo cayó sobre sí mismo en la estéril congoja de su desesperación. Pedro, arrepintiéndose en el Señor, se libró del mal por su humildad y recuperó la íntima alegría.

Sólo la sumisión del yo a lo superior a él puede curar la desesperación, porque esa humildad quita al alma su soberbia y la insistencia en juzgarse a sí misma y deja puesto al influjo de la verdad y el amor divinos. «El que se humilla, será ensalzado; el que se ensalza, será humillado.» El odio a sí mismo es, al fin, exaltación del propio yo como definitivo y adusto juez. Hasta que el letrero «Se vende» cuelgue sobre un alma despojada de su preocupación por el yo, puede que el Divino Propietario no penetre en ella.

Una prueba de verdadera humildad consiste en nuestra actitud ante el elogio. Todo amante de la publicidad es orgulloso, porque el humilde dirige a Dios todas las alabanzas. Sabe que sus dotes, si las tiene, se las ha dado Dios y que deben usarse en servicio del verdadero propietario.

El hombre humilde es como una ventana abierta para dejar entrar el sol de Dios, sin creer por ello haber creado la luz. El humilde acepta alabanzas y censuras como dones de Dios, pensando que lo amargo y lo dulce se lo envía quien le ama. Ya Job dijo: «El Señor da; el Señor quita. Loado sea el Señor».

Pero el egotista nunca puede olvidarse de sí mismo, aunque sospeche y aun sienta su propia pequeñez y crea que puede hacer olvidar su inferioridad mediante continuas jactancias.

Al hombre humilde Dios le protege y rodea y con su amor le libra de la desesperación.

El egotista se queja constantemente de que los demás no le aman, sin comprender que ello depende de que sólo piensa en sí mismo. Su infelicidad —como todas— nace de una obstinada negativa a prescindir de su propia voluntad.

Nuestros momentos más felices son aquellos en que nos olvidamos de nosotros mismos, generalmente por ser bondadosos con nuestro prójimo.

Ese momento de autoabdicación es un acto de verdadera humildad, porque quien se pierde a sí mismo se vuelve a encontrar, y halla la dicha también.

El odio y la desesperación son enfermedades a las que sólo son proclives los egotistas. La cura de ellas es siempre la misma: la humildad. Eso significa amarnos a nosotros mismos menos que a Dios.

4

ALEGRÍA

La alegría consiste en la deliciosa sensación de que se ha alcanzado un bien y gozado de la perspectiva de las ventajas que ello puede producirnos. Puede haber alegrías naturales y alegrías espirituales. Las naturales son las de la juventud antes de que los desengaños entristezcan el alma; las de la salud cuando uno se alimenta bien y placenteramente; las del éxito cuando se gana una batalla; las del afecto cuando nos aman de corazón.

Las alegrías espirituales dan a las naturales cimientos más duraderos.

La felicidad terrenal no es permanente ni honda sin el apoyo de una conciencia sana.

La alegría espiritual consiste en la serenidad de temperamento en medio de las mudanzas de la vida. ¿No conserva su inmutabilidad una montaña cuando una tormenta descarga sobre ella?

Al hombre que no afinca sus raíces en la Divinidad, cualquier conturbación le parece exagerada. No puede aplicar todas sus energías a una empresa determinada porque está preocupado por muchas cosas.

La alegría no es indiferencia jovial, que constituye un acto y no un hábito, como la alegría.

El regocijo es como un meteoro y la alegría como una estrella, y si ese meteoro produce lo que diremos el chasquido de un espino tronchado, la alegría suena como el crepitar de un fuego. La alegría, en cuanto permanente, dificulta acciones menores y más fáciles. Tras un largo día de marcha, los soldados no andarían con la marcialidad con que lo hacen si no los animara el son de la música.

Un corazón alegre siempre halla llevadero el yugo y ligera la carga.

De nada sirve una enfermera en la alcoba de un paciente si no tiene alegre el ánimo.

Antes de cuidar a un doliente, la enfermera debe haber sufrido una operación y poseer sentido del humor. Por la operación sabrá lo que es el

dolor; por el humorismo, le consta cómo difundir felicidad en tomo. La operación puede ser simbólica, en el aspecto de saber apreciar los sufrimientos y molestias de los demás. Nada hace sentirse más viejo a un enfermo que una cara larga.

La alegría tiene más conexiones con los sentimientos que con la razón. Para un casado, su mujer y sus hijos son más motivo de alegría que cuanta le suscite su intelecto. Ante una cuna un hombre parece cara a cara con el eterno ser que ha infundido su ternura y amor en el niño.

La capacidad de alegrarse es siempre una prueba de la condición moral de un hombre. No es feliz por fuera quien no lo es por dentro. Si una sensación de culpa pesa sobre el alma, ningún placer externo compensa la pérdida del júbilo íntimo. Así como el disgusto es compañero del pecado, la alegría es acompañante de la santidad.

Puede sentirse alegría en la prosperidad y en la adversidad. Durante la prosperidad nos satisfacen, no los bienes que tenemos, sino los que esperamos; no los placeres experimentados, sino los que aguardamos sin verlos. Pueden abundar las riquezas, mas esperamos aquellas que la polilla no devora, la herrumbre no consume y no roban los ladrones. En la adversidad puede recordarse que hasta el Divino Maestro hubo de morir en cruz para resucitar

Si la alegría no es hoy común se debe a que hay almas tímidas sin valor para olvidarse de sí mismas y sacrificarse por el prójimo, o a que existe poca simpatía por las cosas del mundo venidero, lo que hace que las más brillantes de ellas nos parezcan vanidades. Cuando se desvanece la creencia en Dios y en la salvación del alma, la alegría se apaga y volvemos a la desesperación de los paganos.

Los antiguos griegos y romanos siempre veían una sombra en su sendero y un esqueleto a sus pies. No es extraño que un romano que no tenía motivos para vivir ni nada que esperar, entrase en el baño, se abriese una vena y se dejara morir, desangrándose sin dolor.

Un famoso poeta griego comentó una vez, hablando de la vida, que valía más no haber nacido y que lo mejor era dejar la existencia cuanto antes. Esto es lo opuesto a San Pablo, quien dijo: «Regocíjate en el Señor; regocíjate, te lo repito».

5

¿ESTÁ EL HOMBRE MODERNO LEJOS DE LA PAZ?

Nadie es irremisiblemente desgraciado, excepto el individuo que no sabe lo que la felicidad significa. La vida sólo es insoportable para los que ignoran por qué motivo viven. Los hombres en tal estado de alma igualan la felicidad con el placer (aunque es cosa muy distinta) e identifican la alegría con el estremecimiento de los extremos de los nervios (lo cual no es cierto). Las cosas externas no producen paz interior.

Cuanto más persistentemente se busca la satisfacción y un objetivo que servir, situado fuera de nuestro dominio, menos estable es la posibilidad del contento y más decepciones se sufrirán.

Dos impulsos nos llevan hacia la dicha. El primero nos aconseja retirarnos de lo exterior... para acabar sumergiéndonos más que nunca en las cosas del mundo. El segundo impulso, mucho más profundo, consiste en la elevación de lo que es inferior en nosotros hacia lo superior, del egotismo hacia nuestro Dios.

El hombre moderno no ha experimentado el primer impulso, hasta que las cosas externas se han convertido en manantiales de miseria para él. Las guerras, las depresiones, la inseguridad, la vida vacía han aterrorizado a los hombres tanto, que han querido apartarse de sus contactos con el mundo externo y buscar satisfacciones dentro de sus limitadas personalidades. Por eso la psiquiatría tiene hoy tan vasto campo de acción.

El alma moderna, alarmada por lo que encuentra fuera de sí, baja las persianas de su alma y procura buscar contento analizando su subconsciente, con sus sentimientos, temores, altibajos y fracasos.

Pero esa retirada del individuo a su fuero íntimo puede equivaler a una prisión si uno queda a solas con su propio yo, porque no hay en el mundo calabozo peor que el del autoconfinamiento.

La cura del alma nunca consiste en usar un escalpelo psicoanalítico para extraer el pus interno y dejarlo fluir libremente. Se trata de un acto morboso para el paciente y el doctor. Preferible es encontrar la cura en descubrir por qué uno se siente solo y temeroso de la soledad, ya que la

mayoría de las gentes temen quedar aisladas, perspectiva que les asusta sin saber por qué.

El problema de nuestros días consiste en encontrar la paz interior y en esto el siglo xx se diferencia mucho del xix.

Hace cien años los hombres buscaban en el mundo exterior la solución de sus problemas, adornando la ciencia o la naturaleza y esperando que la política, el progreso o el lucro les reportasen la felicidad. El hombre del siglo xx se preocupa de sí mismo y del problema sexual más que del propio sexo. Le interesa la actitud mental que debe adoptar respecto a ello más que la satisfacción física que produce y que la procreación consiguiente. Su opinión, tendencias y actitudes personales son lo que le interesa.

Muchas insensateces se han escrito sobre la vida interior del hombre de nuestros días, no obstante lo cual el siglo xx está mucho más cerca de Dios que el xix lo estuvo.

Vivimos en vísperas de uno de los grandes renaceres espirituales de la historia humana. Las almas están más vecinas a Dios cuando se sienten más lejanas de Él y al borde de la desesperación.

Lo divino puede llenar una alma vacía y lo infinito calmar el alma torturada. Mas una alma egoísta y orgullosa es inaccesible a la gracia.

El hombre moderno ha sido humillado. Sus orgullosas esperanzas en el progreso y la ciencia no han salido como esperaba. Pero no ha llegado aún a humillarse por impulso propio. Sigue encerrado en sí mismo y es incapaz de ver más allá. Podrá permitirse a los psicoanalistas continuar con sus pensamientos y prácticas unos años más, pero no está lejano el tiempo en que los hombres elevarán a Dios frenéticas preces para que los levante de la vacía cisterna de sus propios *egos*.

San Agustín conocía esto bien cuando opinaba: «Inquietos estarán nuestros corazones hasta que descansen en Ti».

Por eso —aunque nos amenaza una guerra catastrófica— los tiempos no son tan malos como parece. Si el hombre moderno no ha tornado a Dios todavía, al menos ha tomado a sí mismo.

Más tarde se sobrepasará con la gracia de Dios, al que busca siempre, incluso ahora. Nadie trata de hallar lo inexistente, y hoy las almas fracasadas buscan a Dios, como se busca la memoria de un hombre conocido y no recordado.

Entre los que buscan a Dios en la fe y los que aún están buscándole sin saberlo, hay la misma diferencia que entre una mujer feliz con el goce de la compañía de su marido y una muchacha que se pregunta si lo encontrará e intenta atraer a los hombres por los más desacertados procedimientos.

Los que persiguen el placer, la fama y la riqueza no hacen sino perseguir el Infinito, pero aún están en las afueras de la Ciudad Eterna.

Los que tienen fe penetran en su verdadera morada en el Infinito y descubren «la paz que no puede dar el mundo».

Así como uno divisa una figura lejana, sin reconocerla por completo como la de un amigo perdido largo tiempo atrás, hay quien siente la necesidad del Infinito y desea el interminable éxtasis del amor, sin conocer que puede encontrarlo en Dios.

No importa lo malvada que pueda ser un alma, porque muchas que se entregan a placeres ilícitos no reparan en su sujeción y esclavitud. Quizá por ello los alcohólicos son a menudo embusteros y con los labios niegan una esclavitud que sus vidas testimonian. Tales individuos, oponiéndose a admitir su yerro, se niegan a convencerse de la divina verdad, pero su tristeza y su vacío moral los llevan a veces al Dios de clemencia.

Nuestro mundo exterior se halla hoy en día en desesperados bretes, pero el mundo interno del hombre dista mucho de compartir esa desesperanza.

Tras el buen desarrollo psíquico del hombre se halla el campo complementario de la política y la economía. Si el mundo está lejos de Dios, no lo están los corazones humanos. La paz, pues, vendrá menos de los cambios políticos que del hombre en sí, el cual, obligado a buscar en su alma refugio contra las tormentas exteriores, sabrá, elevándose sobre sí mismo, llegar a la felicidad para que ha sido creado.

6

EL YO Y LA LEY MORAL

Los grandes psicólogos de todas las eras concuerdan universalmente en que el egotismo es la raíz de todos los males. El egotismo rechaza el doble mandamiento de amar a Dios y al prójimo y afirma el yo como modelo de toda verdad y moralidad.

Quienes viven encerrados en sus propios *egos*, atraviesan tres etapas mentales, la primera de las cuales consiste en absolverse de sus actos uno mismo.

Una vez que el yo se considera absoluto, todas las demás personas, hechos y cosas se juzgan como medios para la satisfacción de ese yo.

En la juventud el *ego* desea la satisfacción de los deseos de su carne, sin respetar personalidad alguna. En la madurez se desea el poder y en la vejez, con frecuencia, esa ansia se convierte en avaricia y deseo de seguridad.

Los que niegan la inmortalidad del alma la sustituyen por la inmortalidad de los medios de subsistencia. La supresión del placer de regocijarse en Dios siempre termina en abandonarse a lo que al hombre le parece sensato.

Como el entregarse al capricho propio resulta a veces difícil, porque se vive entre seres que tienden a lo mismo y porque el placer disminuye con su mucho uso, el *ego* acaba descendiendo a la segunda etapa: el temor lo que equivale a la fosilización del amor a uno mismo. Quien se ha extrovertido buscando siempre placeres fuera de sí mismo, es el más inclinado al temor de perder mucho, puesto que ha centrado sus objetivos y su confianza en cosas no sometidas al dominio de su voluntad.

Cuando más se apoya un hombre en un bastón perteneciente a otro egotista, más expuesto está a que se lo quiten y a caer. El desengaño es el sino de los que viven totalmente para sus sentidos. Todo pesimista es un hedonista frustrado.

Las decepciones, la saciedad y el descontento interno producen el temor. A mayor egotismo, mayor temor; a más egoísmo del individuo, más sombríos temores. Cuanto nos rodea parece pulular de amenazas. «Todos están contra mí.» Unos temen la vejez, otros la muerte, otros el suicidio. Al fin, la desesperación se afinca en el alma y el yo, abandonado a sus propios recursos, acaba reconociendo que no es nada.

La tercera fase es la ignorancia. Al aislarse el egoísta de Dios y del prójimo, se aísla del conocimiento que pueden proporcionarle esas fuentes y queda abandonado al angosto conocimiento de su personal congoja.

El yo sabe cada vez menos respecto a su destino y a su finalidad en la vida. Si conoce hechos, no acierta a armonizarlos y a sacar conclusiones de ellos. Su saber se asemeja a lo que se aprende en los cursos de un colegio moderno, es decir, cosas que valen para darnos importancia, pero no para lograr una filosofía de la vida.

La ignorancia se multiplica cuando se conocen muchas cosas que no se saben correlacionar. El discreto sí conoce una cosa, que es bondad; y en esto se engloba todo. En cambio, la ignorancia del egoísta le amarga y le torna cínico. En primer lugar, porque no puede desprenderse nunca de cierto deseo de bondad que Dios ha puesto en su ánimo, y en segundo porque sabe que ya no está a su alcance el buscarla.

Esos trágicos efectos del egotismo no carecen de remedio.

Por curioso que parezca el cristianismo empieza dando por hecho que muchos humanos son egoístas.

El divino mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, principia por confesar que el hombre ama su propia persona. Pero las palabras «como a ti mismo» quebraban todo amor exclusivista de la propia personalidad y plantean el problema de cómo un hombre se ama a sí mismo.

El hombre encuentra siempre en él algo que le gusta y algo que le desagrada. Como le gusta su vida, descansa en una butaca cómoda, lleva ropas que le sientan bien, nutre su cuerpo, etc. Pero algo hay que le contraría en su persona. Le disgusta hacer el ridículo o le apena insultar a un amigo. En otras palabras, le place verse como una criatura a imagen y semejanza de Dios. Le enoja notar estropeada esa imagen. Por tanto, procede amar al prójimo. Se le ama como persona e incluso como pecador, porque el pecador es una persona. No se ama su pecado, ya que afea la

semejanza divina. Más concretamente, se debe amar a los comunistas y odiar el comunismo.

Un escape hay de esta ley, y es poner en tela de juicio quién es el prójimo, a estilo leguleyo.

Nuestro Señor responde que el prójimo no es necesariamente el vecino de la otra puerta, sino también aquel a quien miramos como enemigo.

7

DESAPEGO DE LA RUTINA

La vida parece desagradable y monótona a mucha gente que se pregunta por qué su existencia no aumenta, ensancha, mejora o se torna superior en cultura o en lo demás. Esas personas se creen arrastradas en un cauce forzoso y se preguntan cómo podrían salir de él.

La respuesta a las mujeres y hombres que piensan así, es que necesitan desapegarse de lo rutinario y menudo. Se trata de una solución sencilla, aunque no siempre de fácil aplicación.

Hay que cortar las amarras que nos unen a tierra. Así el alma se elevará hacia Dios. Somos como globos que podemos estar sujetos por cables de acero o por delgados hilos, mas, mientras no los cortemos, permaneceremos sujetos a las cosas ruines y a las mezquindades cotidianas que nos esclavizan.

Las almas pueden depender de unas cuantas trivialidades y cosas encadenadoras en el mundo exterior. Quizá sean una constante sucesión de placeres, intereses, mensajes o citas a hora fija, reuniones de bebedores y otras ocupaciones que casi impidan la vida interior. Si nos apegamos a una cosa externa hasta no encontrar felicidad sin ella, nuestra vida interior quedará reducida y cuantos «extras» obtengan el cuerpo serán a expensas del alma. La frase «puedo seguir bebiendo o dejarlo cuando quiera», es buena para aplicarla a otras cosas además de la bebida, y debe constituir nuestra actitud ante cualquier propensión externa hacia la felicidad.

Si «necesitamos» cosas exteriores, nos absorbemos tanto en ellas que nuestras personalidades se dispersan. Como en un pozo del que se saca líquido demasiado a menudo, nuestra agua queda absorbida por la arcilla ajena. Algunos prestan a lo externo tal atención que, si se les priva de lo que poseen en forma de placeres o riquezas, experimentan la impresión de no existir apenas. Han aprendido a estimar su propio valor en términos de lo que tienen, no de lo que son. Estas almas, si se ven desposeídas de sus ahorros o riquezas, llegan hasta el suicidio. En su afán de lo material concluyen por olvidar su auténtica relación con Dios.

El remedio para tan peligroso y lamentable estado de apego a las cosas materiales es el gradual aflojamiento de los vínculos que nos unen a ellas. Nos conviene dejar de ser poseídos por el alcohol, la agitación, el éxito o los placeres.

Hasta para fumar un cigarrillo conviene pensar en vez de ceder al estímulo de encenderlo. Incluso debemos rehusar, de vez en cuando, los placeres lícitos e inofensivos, para no ser esclavos de ellos ni de nuestros caprichos egoístas.

El hombre que vive para sus impulsos reside en muy mala compañía.

Ciertos indígenas de Australia no cuentan más que hasta tres, diciendo: «Uno, dos, tres. Basta». Su filosofía pone un límite a lo externo, permitiéndoles vivir más libres de caldudos que nosotros, que contamos por billones.

Los hombros viven para cumplir sus deseos, pero conviene elegir entre las cosas del espíritu y las del mundo.

El hombre o mujer que, al recordar lo que ha hecho durante el día, comprueba que por cinco veces resistió a algún capricho, está en el camino de sobreponerse a su ser íntimo y rechazar la esclavitud do las cosas.

El mucho apego a lo menudo y rutinario amengua su personalidad; el desapego la agranda. El materialista tiene una personalidad confiada, porque vive en un universo cerrado, no mayor que las cosas a que alcanzan sus sentidos.

El egotista vive en un mundo más angosto aún; la celda acolchada de su egoísmo.

El creyente ha roto sus cadenas y puede ascender libremente al cielo sin salir de la tierra, donde su naturaleza puede expandirse hasta una ilimitada alegría, olvidando todo egoísmo.

8

RETORNO A LA NADA

Dios nos hizo de la nada, de la nada absoluta, hecho que nos conviene recordar de vez en cuando. Valemos mucho como obra de Dios, pero, puesto que procedemos de la nada, no es oportuno alardear de nuestra suficiencia.

Como dimanamos de Dios, sentimos el insaciable anhelo de volver a su verdad, amor y vida. Mas como somos también hijos de la nada, dependemos de Él, como dependen del sol los rayos solares.

Cuando el Bautista vio por primera vez a Nuestro Señor, ese sentido de la nada le hizo decir que, mientras Jesús se agigantaría, disminuiría él. No mostraba San Juan una fingida humildad ni la falsa pretensión de que sus tareas eran inútiles. Se limitaba a reconocer que la más brillante estrella palidece ante la gloria luminosa del sol naciente.

Juan se aminoraba ante Dios y bien podemos nosotros hacer lo mismo, recordando, algún día que otro, que la nada fue nuestro origen. Podemos hacer eso practicando la humildad y renovando de paso, con tal acto nuestra creación.

Podemos volver psicológicamente al seno de la nada, nuestra madre, librándonos anteriormente de cuanto no sea Dios y tornando a la desnuda nada de que Él nos sacó.

Cuando miramos cara a cara los hechos verdaderos de la existencia, hemos de reconocer que Él lo es todo y que no poseemos cosa alguna que no proceda de Él, que también nos conserva la vida a cada momento que transcurre. Admitamos que sin Él no haríamos nada. Nuestro Divino Salvador recuerda a sus seguidores su relativa inanidad cuando describe la conducta de los cristianos en un banquete, al aconsejarles que no busquen asientos de honor, sino que procuren aparecer como meros comparsas y no como personas notables.

Poco más tarde, Jesús, durante su ministerio, volvió al tema alabando al publicano que buscaba uno de los últimos lugares del templo, al revés que los fariseos, que le impelían hacia los primeros entre los fieles.

Nuestro Señor dictó el veredicto de los cielos: «Quien se ensalce, será humillado; quien se humilla, será ensalzado».

La exhortación a la humildad no implica que hayamos de andar por la vida con un sentimiento de inferioridad. No buscaremos el valle de la humillación para sumirnos en la oscuridad. Desde ese valle veremos mejor la montaña de Dios y en ello encontraremos nuestro ensalzamiento. El cómo, con el sentido de la pequeñez de nuestro ser, podemos regocijamos en la grandeza del Señor, es cosa que se halla bellamente reflejada en las palabras de María, su madre: «Miró graciosamente la insignificancia de su servidora». El reconocimiento que hacia María de su humildad, comparada con Dios, la llevaba a sentirse más baja que ningún ser de la Creación, y así su exaltación resultaba sublime.

Cuando más pensamos en nosotros, menos pensamos en Dios. Todos los egotistas son antirreligiosos. El previo requisito que se necesita para ver a Dios es no hallarnos cegados por nuestro *ego* y su orgullo, que trae la autodeificación. Sólo puede llenarse lo que está vacío y sólo divinizarse lo desegotizado. Todo un pozo no puede añadir agua a una vasija llena de lodo hasta el borde, únicamente el alma vacía y humilde puede colmarse con las aguas de la vida perdurable. Es frecuente, durante nuestra existencia, que llenemos nuestras tazas con el barro y las piedras del egoísmo. Ese barro o falso orgullo y la exageración del valor del yo, sin tener en cuenta a Dios, es lo que implica la vida y veda al alma unirse a Aquel para quien fue hecha.

Como la niebla impide a los rayos del sol brillar sobre la tierra, el *ego,* negando la nada que es su realidad, corta su relación con Dios. Pero, como el calor del sol disuelve la bruma, Dios puede abrasar nuestro orgullo y alcanzar con su amor nuestra alma.

Dios mismo nos mostró el camino de la humildad. Se trocó en nada cuando se humilló a la vil muerte en crucifixión, para alzarse en toda su gloria, erguido por la fuerza irresistible del Poder Divino.

Para nosotros el camino de Dios exige la crucifixión del *ego.* El hombre que se hace a sí mismo construye su propio yo... y suele revelarse muy mal arquitecto. Pero el hombre moldeado por Dios es demasiado despreciador del *ego* para usarlo como viga maestra o piedra angular, y Dios será quien erija el edificio de su vida. Como dijo San Pablo: «Yo soy lo que soy por la gracia del Cielo», Y el discreto es feliz en su franca humildad.

9

LO SUBTERRÁNEA

El mundo moderno tiene un extraño amor por lo subterráneo, por las profundas y oscuras cavernas de la vida humana, por surcar y analizar las zonas subhumanas de nuestras existencias. Esta atracción es, en parte, una reacción contra el extremo opuesto. Hace un siglo los hombres creían haber alcanzado un nuevo y más alto nivel de vida. Hablaban del inevitable progreso, de vencer la muerte, de hacer a los hombres dioses y de convertir la tierra en un paraíso.

La presunción de nuestros padres ha dado lugar a la desesperación de los hombres de nuestro tiempo. El hombre siente vértigo en las alturas desaforadas y terrible desesperación en las profundidades excesivas. Al exceso de entusiasmo ha seguido el disgusto; a la esperanza de mayores placeres, la saciedad; a la desmesurada confianza en las locas esperanzas del triunfo temporal, la náusea.

Dos grupos de especialistas en labores de zapa actúan en el mundo en los tiempos modernos. Uno analiza a los trabajadores en el sentido de «masas», y otro estudia la mente inconsciente del individuo. El pueblo se trueca en «masas» manipulables por un dictador cuando pierde su sentido de la responsabilidad y el dominio de sí mismo. En tal estado se convierte en presa de fuerzas ajenas y externas. Tal es la primera necesidad del estado totalitario. Comunistas y fascistas estudian y aprovechan esto.

El segundo grupo de especialistas en lo subterráneo operan en el campo de la parte subracional, involuntaria e infrahumana de la inteligencia del hombre, es decir, en la mente subconsciente, donde se guardan las migajas ínfimas del pensamiento. De hecho, la mente subconsciente influye en la conducta humana, pero ni es el único factor ni menos el definitivamente determinante.

Una hendidura en el tronco de una encina crecida puede explicar la forma del árbol, pero la luz, el calor y las fuerzas invisibles de la vida habrán contribuido también a su presente estado.

Los dos grupos gemelos de estudiantes de lo subterráneo dan la clave de lo que sucede en nuestra época, porque los hombres han tendido siempre a ver el infierno en las regiones inferiores, como lo hacía Virgilio. La Iglesia no se ha pronunciado nunca sobre la situación geográfica del infierno, pero la imaginación popular sigue colocándolo bajo tierra.

Como resultado, siempre que se habla del «sub-cualquier cosa», hay una posibilidad de que el recuerdo del infierno esté en el fondo de las mentes de pensadores y lectores.

Los que prestan su atención al subconsciente, esperando que el estudio de la libido y de los instintos sexuales han de solucionar los problemas de sus vidas y su búsqueda de la felicidad, yerran al sumirse en las regiones del «sub», donde nunca se ha hallado nada de eso. Sólo usando la razón y la voluntad (que son semejanzas de Dios) pueden los seres humanos encontrar la paz.

La tragedia de nuestros días es la desesperación de los que han tenido éxito. Su miseria moral no se debe al fracaso de sus planes, sino a que al realizarlos no consiguieron la felicidad. Lo que anhelaban y consideraban el Todo (beneficios y triunfos materiales) resultó, al obtenerlo, ser Nada. Sabido es que la Nada es diametralmente opuesta a Dios y su creación. El infierno para esas personas es su *ego,* ahíto de sus deseos satisfechos, obligado a consumirse en la Nada, y siempre solo, sin ninguna esperanza de liberación.

El mundo de hoy aguarda una resurrección. Las masas dominadas por los poderes dictatoriales esperan ver aplastada la cabeza de la serpiente para quedar libres y actuar por su propia autoridad, como lo hicieron cuando se redactó la Constitución americana. En ella se establece que: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos», nombra un gobierno. De modo similar las almas individuales encerradas en la miseria de sus personalidades inconscientes, así como quienes operan sobre un nivel subhumano de conducta instintiva y animal, necesitan una resurrección que los saque de las tumbas en que su saciamiento de «sub» los ha colocado. También ellos anhelan la luz.

Existe una vida en el huevo, pero para que surja ha de romperse la cáscara. Hay también vida en las masas privadas de sus derechos y en las almas sepultas de los individuos fracasados. Para unas y para otros habrá de romperse la cáscara, y romperse desde fuera. Hará falta para ello un poder no humano, sino divino.

Lo que toda alma debía preguntar es: «¿Deseo vivir en este cascarón, o llegar a un punto adecuado de incubación espiritual?» Porque los que se hallan dentro de sus cascarones morales pueden salir de ellos, si desean que Dios los liberte, cascando la concha del egoísta retiro en el que viven privados de su luz.

Esta pregunta es seria y digna de respuesta. Y los que se niegan a tomar en serio toda cuestión moral o espiritual terminan por no tomar en serio tampoco la Nada, que es la zona de lo eternamente subterráneo. Pero si no tomamos el alma en serio habremos de tomar todo lo demás con cierta ligereza.

Y esa valoración del alma es el principio de la dicha aquí y en el más allá.

10

NECESIDAD DE LA REVOLUCIÓN

Nietzsche, el filósofo de la centuria decimonona, procuró condensar la opinión de la época en esta aserción: «Dios ha muerto». Quería dar a entender que los hombres de aquel período estaban perdiendo la fe. Mirando lo futuro con ojos proféticos, vaticinó que en el siglo xx habría infinitas guerras y revoluciones. Sus dos aseveraciones estaban asociadas por una lógica más profunda de cuanto podía adivinar el creador de la filosofía del superhombre.

En efecto, los que dejan de amar a Dios no aman por mucho tiempo a su prójimo y, sobre todo, menos al vecino, que suelen considerar su enemigo.

El actual siglo es, en verdad, un siglo de revoluciones. Pero no pasará forzosamente a la historia como un período en que las revoluciones fueran todas económicas y políticas. Siempre queda la posibilidad de emprender gloriosas revoluciones contra nosotros mismos. Serán revoluciones en que se trate de destronar en un alma un *ego* que la señorea, y de someterla, en cambio, al principio del amor.

Ocurre una revolución cuando la humildad reemplaza a la soberbia haciéndonos abandonar nuestro loco forcejeo por el éxito y la notoriedad.

Este tipo de revolución doméstica tiene su modelo en Nuestro Señor mismo. La noche que precedió a su muerte por la redención del mundo, se arrodilló ante sus discípulos, como si fuera el menor de todos. Ya antes, mientras enseñaba, había dicho con frecuencia que no deseaba los primeros puestos en las mesas ni ser conocido entre los hombres.

Cuando los apóstoles discutían entre ellos sobre quién sería el mayor de todos, Jesús procuraba suscitar una revolución en sus valoraciones mentales. Les había dicho: «Los reyes que gobiernan a los gentiles ganan entre ellos nombres de bienhechores. Con vosotros no pasa así y no hay diferencia entre los mayores y los más pequeños, entre el que manda y el que sirve. ¿Quién es, empero, mayor? ¿El que se sienta a la mesa o el que

sirve? De fijo el que se sienta. Con todo, yo estoy entre vosotros como vuestro servidor».

Aun antes de esto, Nuestro Señor había instituido con palabras la revolución de la humildad, que puso en práctica después de la última Cena. «Se quitó las ropas, tomó una toalla, se ciñó los riñones, vertió el agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos, secándolos con la toalla que le ceñía la cintura.»

En aquellos días, tales tareas manuales las cumplían los esclavos. Significaba una revolución gigantesca que aquel Rey de Reyes y Maestro de Maestros se arrodillase y lavara veinticuatro callosos y sudados pies. Así, su absolución limpió y hoy aún purifica nuestros encallecidos corazones y nuestras mancilladas almas.

Todos los valores humanos quedaron trastornados en la impresionante revolución que Cristo declaró con las palabras: «Quien se ensalce, será humillado; quien se humille, será ensalzado».

En el momento en que se pronunció aquella frase, puede decirse que César perdió su trono.

El principio de explotación quedaba deshecho y señalaba la puerta a la arrogancia y al orgullo. En adelante quedaban advertidos los cristianos de que no podían obrar como jueces del mundo ni buscar las recompensas que el mundo brinda.

A medida que el agua fluía de las manos de Jesús, aquella noche, los viejos sistemas de moralidad iban tornándose trasnochados y los más nobles conceptos de los antiguos resultaban ya inadecuados para el hombre. Desde entonces el peor de todos los posibles desórdenes del alma quedaba revelado: la negativa de uno a servir a los demás, considerándose digno de algún especial privilegio.

Había nacido una nueva ley, que proclamaba la igualdad de todos los hombres ante Dios y engrandecía la belleza de la humildad. El que se había humillado encamando en hombre, ahora acrecentaba el don y lo subrayaba poniendo su Infinitud al servicio de quienes debían servirle.

La revolución de las almas será la aventura cristiana. No requiere odio, no exige derechos personales, no reclama títulos ni dice mentiras.

En tal revolución es el amor el que lleva las cargas y actúa como quinta columna, leal a Dios, dentro de nuestros desordenados y perplejos *egos*. Tal revolución destruye la soberbia y el egoísmo, la envidia y los

celos mezquinos, y, sobre todo, ese afán de pasar por el primero, que nos hace intolerantes con los derechos de los otros.

La espada revolucionaria cristiana no se dirige contra el prójimo, sino contra nuestra absurda sobrevaloración del yo.

En otras revoluciones es fácil luchar, pero en ésta se pelea contra el «enemigo malo». La revolución cristiana es difícil, porque el enemigo está dentro de nosotros. Y, con todo, será la única revolución que termine dando paso a la paz. Otras rebeliones no terminan nunca, ya que no alcanzan su objetivo y dejan odio en el alma del hombre.

El pensamiento contemporáneo tiende a una revolución en el mundo externo de las naciones y las clases, de las razas, los partidos y las camarillas. Pero Nuestro Divino Señor no asume como su primera tarea la revolución social. Quiere reconstruir primero el individuo, como hizo mediante la Resurrección, y más tarde, cuando infundió su espíritu en el hombre, regenerando la sociedad antigua.

San Agustín dijo: «Los que perturban la paz y viven en ella, no obran por odio a la paz, sino para mostrar su poder al alterarla». Las guerras sólo sobrevienen cuando los hombres proyectan sus conflictos internos sobre el mundo exterior.

La paz llega cuando muchos hombres han acallado su revolución interna, con lo que su orgullo se quebranta y su ambición se destruye. La paz que sigue a tal guerra espiritual puede obrar como un favorable contagio de alma a alma, proporcionando paz en la tierra a todos los hombres de buena voluntad.

11

ALEGRÍA INTERIOR

Cada uno de nosotros crea su propio clima y determina el color de los cielos del universo emocional en que vive.

Con un esfuerzo creador podemos llevar luz a nuestras almas, a pesar de que todos los acontecimientos nos sean adversos. Opuestamente, podemos sumirnos en una depresión interna que sólo logre sacudir un intenso estímulo externo de los sentidos.

Dicen los filósofos que todos necesitamos buscar nuestro placer. Quien integra su personalidad de acuerdo con su naturaleza y orienta su vida hacia Dios, conoce el intenso e indestructible gozo que los santos llaman alegría. Ningún hecho exterior puede deshacer ni perjudicar ese regocijo. Pero muchos hombres buscan exteriormente sus placeres y esperan que los accidentes de la vida les procuren la dicha.

Como nadie puede esclavizar el universo, todo el que busca un placer fuera de sí se expone a la decepción.

Demasiada diversión nos fatiga; una ambición conseguida se hace fastidiosa; un amor que prometió pleno contento, pierde al cabo su esplendor y su atractivo. El mundo nunca da felicidad duradera.

La alegría no se deriva de las cosas que conseguimos o de las personas que conocemos, sino que la crea el alma misma cuando nos olvidamos del *ego*.

El secreto de una vida feliz está en la moderación de nuestros placeres a cambio de un incremento de alegría. Varias prácticas contemporáneas nos dificultan esto. La mentalidad del hombre moderno, propia de un niño mimado, le dice que puede conseguir lo que quiera y que el mundo está obligado a satisfacer todos sus caprichos.

En cuanto el *ego* se convierte en centro alrededor del cual todo gira, ya quedamos vulnerables a todo y nuestra paz puede ser destruida por una corriente de aire que entre por una ventana abierta; porque no podamos comprar un abrigo de pieles exóticas tan raras que sólo veinte mujeres en

el mundo las consigan llevar; porque no logremos ser invitados a un almuerzo; o por no pagar los impuestos más grandes a la nación.

El *ego* es siempre insaciable si no está dirigido. Ni indulgencias ni honores aquietan sus anhelos. Siempre pide más música o vino más fuerte, o banquetes de homenaje, o titulares grandes en los periódicos.

El hombre centrado en su *ego* considera una calamidad la negación de cualquiera de sus deseos, que quieren dominar su propio mundo y forzar a lo que le rodea a obedecer su voluntad. Si los deseos de otro *ego* se oponen irnos a otros y se refrenan a sí mismos, el primer *ego* se desespera. Así se multiplican las ocasiones para la decepción y la tristeza, porque a todos se nos niegan algunas de las cosas que deseamos.

De nosotros depende tomar lo perdido con jovialidad y buena gracia, o como ultraje y una afrenta.

Hay millones de mujeres y hombres que consideran su felicidad destruida si prescinden de algunas cosas en que sus abuelos no soñaron nunca. Los lujos de entonces se han convertido para ellos en necesidades; y a medida que un hombre necesite más cosas para ser feliz, más aumentarán sus probabilidades de desengaño y desesperación.

El capricho se convierte en su señor, lo trivial en su tirano, y, en vez de poseerse a sí mismos, desean ser poseídos por los objetos exteriores, que son como engañosos juguetes.

Platón, en su «República», habla del hombre cuya vida está dirigida por sus caprichos y fantasías. Escribió hace dos mil trescientos años, pero sus palabras siguen vigentes

«El hombre a menudo se dedicará a la política, se erguirá tanto como pueda, y dirá o hará lo que se le ocurra. Si admira a un general, sus intereses irán encaminados a la guerra, y si a un hombre de negocios, procurará imitarle. No conocerá orden ni necesidad en la vida; no atenderá a quien le diga que algunos placeres nacen de satisfacer los deseos buenos y nobles, sin olvidar que también puede haber contento en satisfacer los deseos malos; y quizá no recuerde que los buenos deben ser estimulados y los malos disciplinados y encadenados».

Oyendo hablar así, hay quien mueve la cabeza y dice que todos los entusiasmos son dignos de igual atención.

Pero los placeres deben ordenarse jerárquicamente si hemos de sacar de la vida toda la alegría que nos ofrece. Los regocijos más intensos y

duraderos pertenecen sólo a aquellos dispuestos a practicar una fuerte autorrestricción, con la fatiga de una disciplina preliminar.

La mejor perspectiva se disfruta desde lo alto de la montaña, pero puede ser arduo alcanzarla.

No hay quien guste de leer a Horacio sin antes adiestrarse en las declaraciones de su gramática.

La plena dicha sólo es comprendida por aquellos que se han negado algunos placeres legítimos para obtener alegrías más tarde. Los hombres que obran sin saber por qué, terminan locos o, en todo caso, mal. El Salvador del mundo nos dijo que los mejores regocijos han de adquirirse con el rezo y el ayuno. Empecemos por dar nuestras monedas de cobre pensando en el amor a Él, y Él nos retribuirá con piezas de oro, que nos llegarán en forma de alegría y éxtasis.

12

EL AMOR ES INFINITO

Hay una profunda diferencia de calidad entre las posesiones que necesitamos, usamos y gozamos, y la acumulación de cosas inútiles que reunimos por vanidad o por sobrepasar al prójimo.

La primera clase de posesión en una extensión legítima de otras personalidades. A un objeto muy usado lo enriquecemos por nuestro amor y acaba siéndonos muy querido.

Un niño que tiene un solo juguete, lo enriquece con su cariño. El niño mimado que tiene muchos, acaba no encontrando placer en ninguno de ellos. Su amor disminuye según el número de objetos que a su amor se ofrecen.

Un río es menos hondo cuanto más se ensancha por las llanuras que le circundan. En una casa grande, habitada sólo por dos personas, sentimos frialdad y pensamos en que es demasiado amplia para estar habitada por el amor humano.

Podemos ennoblecer con nuestra presencia unos pocos pies cúbicos, pero más no. La mayoría de las gentes que poseen más de lo que pueden llenar con su personalidad, padecen de cansancio, enojo y saciedad.

No obstante, siempre procuramos conseguir posesiones que desborden el límite de lo que podemos gozar. Eso se debe a la equivocada creencia de que el ansia de Infinito se puede satisfacer con una plétora de cosas materiales, cuando lo que realmente se busca es la infinitud del amor divino.

Fácilmente se engaña nuestra imaginación deseando una falsa infinitud cuando empezamos a ansiar la riqueza. Riqueza y dinero son cosas que excitan la imaginación, que es insaciable en sus deseos. Las cosas reales que nuestros cuerpos necesitan no tienen esa cualidad, porque hay un angosto límite que reduce el alimento que puedan admitir nuestros estómagos. Nuestro Señor alimentó a cinco mil personas en el desierto, con pan y pescado, hasta saciarlos. Si en cambio hubiera dado a cada uno

veinte mil dólares en bonos de guerra, nadie hubiera dicho: «Con uno me basta».

Ninguno rechazamos más crédito, más mercancías, más láminas bancarias ni más balances a nuestro favor.

Todo es como una caricatura del Infinito que permite a los hombres usar mimetismos como falsas religiones y sustitutivos de la verdadera infinidad de Dios.

Como el dinero, el amor y el poder se pueden convertir en religiones *ersatz,* y aquellos que persiguen esos fines nunca encontrarán la satisfacción. Son hombres que buscan a Dios, pero ni conocen su nombre ni saben dónde buscarle.

Ya que el aumento de cantidad entre las cosas que amamos arroja un decrecimiento de amor, hay modos de guardar ese amor puro. Uno es dar proporción oportuna a lo que recibimos, hábito que nos recuerda que somos meros depositarios de las riquezas de Dios y no sus propietarios legítimos. Pocos se arriesgan a esto, porque temen tocar su «capital» y cada centavo que le añaden forma parte de la sagrada pila que no debe recibir molestia alguna. Se identifica con lo que ama, y si eso es riqueza, no puede separarse de la menor porción de tal carga acumulada.

El segundo modo de preservamos de la avaricia es el heroico, como el que practicó Francisco de Asís al desapegarse de la riqueza. Los que formulan votos de pobreza están en el mismo caso.

En esa renunciación hay una paradoja, porque el hombre que prescinde de la esperanza de tener «seguridad» es el más rico del mundo y el más seguro, ya que no necesitaba nada, de lo que ningún millonario puede alardear.

La capacidad de renunciar que todos tenemos es mayor que el derecho que todos tenemos a poseer. No hay quien pueda gozar de toda la tierra, pero cualquiera puede renunciar a poseerla.

El más miserable puede llenar su cartera, pero no su corazón, porque no puede tener toda la riqueza que somos capaces de imaginar y desear.

El corazón pobre es rico en felicidad. Si Dios nos dio amor bastante para volver a Él y encontrar su infinitud, no nos ha dado amor bastante para resistir la vida.

13

FILOSOFÍA DEL PLACER

Todos deseamos la felicidad. Si siguiéramos el camino de la sensatez, sabríamos que hay tres leyes del placer que, de ser seguidas, harían infinitamente más fácil la consecución de la felicidad.

Primera ley: Si lo pasas bien, no planees tu vida pensando en que siempre has de gozar buenos ratos. El placer, como la belleza, está condicionado por el contraste.

La mujer que exhiba su vestido de terciopelo negro, debe procurar que resalte sobre un cortinaje blanco.

Los fuegos artificiales no nos satisfarán sobre un fondo de llamas ni en el resplandor del día, sino en la oscuridad.

Si nos agradan los lirios especialmente, es porque sus pétalos se alzan sobre la suciedad de las aguas estancadas. Es necesario el contraste para que todo resalte más vivamente.

Por el mismo principio el placer es más grato cuando llega como un regalo en contraposición a lo inatrayente. Gran error sería divertirnos todas las noches. ¿A quién le agradaría la Nochebuena si siempre comiéramos pavo? Si todas las noches comiéramos uvas, ¿a quién le placería la Noche Vieja? La diversión consiste en el contraste y en saber gozar de las situaciones divertidas. Si por culpa del maestro de ceremonias descuidado un obispo lleva ladeada la mitra, reiremos, pero si todos la llevaran ladeada, dejaríamos de reír.

Nuestro disfrute de la vida aumentará si seguimos el estímulo espiritual de traer mortificación y negación de nosotros mismos a nuestras vidas. Esto nos impide cansamos y nos conserva la alegría del vivir. Las cuerdas del armonio de nuestras almas no deben dejarse aflojar por exceso de pulsarlas, sino que han de atirantarse para conservar su armonía.

La autodisciplina nos devuelve a la excitación de nuestra niñez, es decir, a la época en que nuestros placeres están racionados y tomamos el postre al terminad la comida y no al comenzarla.

Segunda ley: El placer se profundiza y aumenta cuando sobreviene un momento de tedio o de pena. Esta ley nos ayudará a que nuestros placeres más apreciados duren toda nuestra vida. Haciéndolo así gozaremos de ellos dos veces.

Escalar una montaña parece más grato, transcurrido el primer momento de desalentada fatiga. Uno se interesa más en cualquier tarea cuando se vence el primer intento de abandonarla.

Análogamente los matrimonios se tornan estables sólo después de que la desilusión ha terminado la luna de miel. El gran valor del voto marital está en mantener unida la pareja a raíz de la primera riña. A ese primer período de resentimiento sigue la verdadera felicidad de sentirse juntos. Las alegrías matrimoniales, como todas las alegrías, nacen de alguna pena. Hay que cascar la nuez para saborearla, y en la vida espiritual la cruz debe preceder a la corona.

Tercera ley: El placer no es objetivo, sino consecuente.

Hemos de mirar la felicidad como nuestra prometida y no como nuestra novia. Muchos cometen el gran error de tender directamente al placer, olvidando que el placer sólo se deriva del cumplimiento de un deber o de la obediencia a una Ley. Porque el hombre está hecho para obedecer las leyes de su naturaleza tan inevitablemente como ha de obedecer la ley de la gravedad.

Si a un niño le gusta el mantecado, ello proviene de que su naturaleza le exige comer. Si come más de lo que su cuerpo le pide, en vez de placer encontrará un dolor de estómago.

Cuando se busca el placer contra la Ley Natural, no se encuentra. ¿Empezamos con el placer o terminamos con él? La pregunta tiene dos respuestas: la cristiana y la pagana.

La cristiana dice: «Principia con el ayuno y termina con el festín, para que puedas saborearlo». La pagana dice: «Empieza con el festín y al día siguiente tendrás dolor de cabeza».

TRABAJO

14

TRABAJO

Actualmente, hay muy pocos que efectúan el trabajo que les gustaría realizar. En vez de elegir sus profesiones, la necesidad económica los obliga a trabajar en tareas que no les gustan.

Muchos piensan que deberían hacer algo más importante, o bien entienden que a lo que se dedican sólo tiene valor porque está bien pagado. Esta actitud explica que haya tanto trabajo mal ejecutado y a medio terminar. Sólo quien elige una labor que conviene a sus propósitos, se eleva, en estatura moral, trabajando, únicamente él puede decir adecuadamente, al terminar su faena: «He hecho lo que debía».

Falta hoy, por desgracia, el sentido de la devoción. No culpemos a la complejidad de nuestro sistema económico, sino a un colapso de nuestras valoraciones espirituales. Cualquier trabajo, mirado en su perspectiva adecuada, puede ser utilizado para ennoblecernos, pero el preludio necesario para comprender esto es hacerse cargo de lo que significa la filosofía del trabajo.

Toda tarea que emprendemos, tiene dos aspectos: nuestro propósito, que nos hace pensar que debemos hacerla, y la tarea en sí, aparte de sus finalidades.

Jugamos al tenis para hacer ejercicio, y procuramos efectuarlo lo mejor posible, sólo por el gusto de hacerlo bien.

Quien arguya que la justicia puede conseguirse desarrollando una técnica casuística en los tribunales, dejaría de lado el segundo aspecto de toda actividad, que es cumplir una tarea de acuerdo con la medida de su importancia. El que trabaja en una fábrica de automóviles tiene como objetivo primario ganar su jornal; pero el propósito del trabajo en sí es obtener una excelente realización de la faena. El trabajador debe siempre pensar en la segunda parte de su propósito, como el artista sabe que cuando pinta tiende a lograr la belleza, y como el ama de casa comprende la necesidad de la limpieza cuando quita el polvo.

Hoy el primer aspecto del trabajo se ha convertido en el esencial y todos procuramos ignorar el segundo. Por eso muchos trabajadores viven a medias mientras trabajan. Son como hortelanos a quienes se manda que cultiven coles de determinado sabor y que son indiferentes a que sus terrenos queden debidamente limpios de hierbajos y sus berzas sean o no buenas para la salud. Esa actitud es equivocada. Dios mismo trabajó cuando hizo el mundo y, examinándolo, lo consideró bueno.

El legítimo orgullo de trabajar bien, alivia mucho del esfuerzo de la labor. Algunos hombres, que han llegado al nivel de buenos artífices, encuentran una satisfacción en el trabajo que hacen.

Saber el contento que radica en un trabajo bien hecho, puede hallarse en recomponer el asiento de una silla, o en limpiar un establo, en esculpir una estatua para una catedral. Su honor y el respeto que a sí mismos se tienen los buenos operarios se realza por la disciplina del trabajo cuidadoso. Los hombres han conservado la antigua actitud de la Edad Media, cuando el trabajo era un hecho sagrado, una ceremonia y un manantial de méritos espirituales. El trabajo no se hacía sólo por la ganancia económica, sino que se elegía por un impulso interno, que equivalía a un deseo de proyectar el poder creador de Dios a través del esfuerzo humano.

No debía emprenderse tarea alguna sin ánimo de conocer los dos primarios aspectos del trabajo. Para enlazar las dos cosas a que me refiero —la alegría de hacer bien, a la vez que uno se gana la vida—, deben tenerse en cuenta los siguientes principios:

1.º El trabajo es un deber moral y no, como muchos imaginan, una mera necesidad física. San Pablo dijo: «Quien se niega a trabajar, debe morirse de hambre». Siendo el trabajo un deber moral, es obvio que no sólo contribuye al bien social, sino que también presta otros servicios al trabajador. Impide la ociosidad, de la que tantos males se derivan, y mantiene el cuerpo sometido a la voluntad razonada.

2.º «Trabajar es orar.» La vida bien regulada no aplaza la oración hasta que se haya ejecutado el trabajo, sino que convierte el trabajo en una plegaria. Así lo cumplimos cuando pensamos en Dios, al principio y fin de cada tarea, y mentalmente la ofrecemos a su amor. Si es así, ora cuidemos a un niño, fabriquemos un carburador, curtamos una piel, o gobernemos un ascensor, nuestro trabajo está santificado. Aunque en las horas de descanso mostremos mucha piedad, ello no compensará nuestro descuido en la jornada de trabajo.

Toda tarea honrada y bien hecha se puede convertir en una oración.

3.º El economista medieval Antonio de Florencia resumió la relación entre el trabajo y la vida mediante esta afortunada fórmula: «El objeto de ganar dinero es atender a nuestras necesidades y a las de quienes dependen de nosotros. El objeto de atender a nuestras necesidades y las de los nuestros es poder vivir virtuosamente. El objeto de vivir virtuosamente es salvar nuestras almas y alcanzar la felicidad eterna».

El trabajo, en justicia, debería recibir dos géneros de recompensa, puesto que no es sólo individual, sino también social. El minero Juan Jones se siente fatigado al terminar el día, y éste es su sacrificio individual, por el cual recibe su salario. Pero también Juan Jones, durante el día, ha contribuido al bienestar económico de su país y del mundo.

Por esta contribución social hoy Juan Jones no recibe nada, aunque tiene un derecho moral a compartir la riqueza general que su trabajo crea.

Necesitamos modificar el sistema de salarios para que el trabajador pueda compartir los provechos, la propiedad o la dirección de su industria.

Cuando los directores de las fuerzas trabajadoras y los capitalistas se pongan de acuerdo para dar al trabajo algún capital que defender, dejará de haber dos grupos rivales en la industria, y obreros y dirección serán miembros cooperadores que trabajarán juntos como las dos piernas de un hombre actuarán conjuntamente para hacerlo andar.

15

REPOSO

Nunca antes de ahora han tenido los hombres tantas maneras de ganar tiempo. Y nunca han tenido tan poco para el ocio y para el reposo. Con todo, pocos reparan en esto.

La publicidad ha creado en las mentes modernas la falsa noción de que el descanso y no trabajar son lo mismo, y de que cuanto más nos rodean resortes, ruedas, conmutadores y grifos, más tiempo ganaremos para nosotros.

Esa división de nuestros días en horas de trabajo y de no trabajo es demasiado simplista. En la práctica, elimina, para la mayoría de los hombres, hasta la posibilidad del verdadero descanso.

Casi todos invierten preciosas horas, fuera de las del trabajo, en un ocio sin objeto, en una negativa espera de que pueda sucederles algo interesante.

El verdadero reposo no es un interludio entre los actos de la vida del trabajo. Representa una intensa actividad, pero de género diferente.

Así como el dormir no es una interrupción de la vida, sino existir de un modo diferente al de la vigilia, el reposo es una actividad no menos creadora que la de nuestras horas de trabajo.

El verdadero reposo no puede deleitarnos sin cierto conocimiento del mundo espiritual. El primer propósito del reposo es la contemplación de lo bueno en una verdadera perspectiva, para situar los pequeños incidentes de la vida cotidiana en la debida relación a la gran bondad que nos rodea. El Génesis nos dice que, después de la creación del mundo, Dios encontró que lo creado era bueno.

Contemplar el trabajo hecho es natural al hombre siempre que emprenda una tarea activa.

El pintor examina su lienzo a distancia para cerciorarse de que los pormenores están debidamente situados.

El verdadero reposo consiste en reflexionar en las actividades que han llenado nuestros días.

Nuestro trabajo no nos produce una satisfacción verdadera a menos que no nos detengamos frecuentemente a preguntamos por qué lo hacemos y si lo aprobamos totalmente en nuestras almas.

Una de las razones por las que fracasan tantos de nuestros proyectos económicos y políticos, es la de que están en manos de hombres de tan poca visión, respecto a lo que hacen, que no saben si deben ejecutarlos o no.

El mero hecho de trabajar no satisface la necesidad de labor creadora que tiene el hombre.

Visto con la perspectiva de la eternidad, cualquier trabajo puede ser ensalzado y conseguir un propósito divino. Barrer el suelo, conducir un camión de basuras, o ser inspector de autobús, puede ser elevado a grandes alturas mediante un acto de la voluntad que encamine esos servicios al de Dios.

A la más mínima tarea se le puede dar significado espiritual y hacerla divina.

Si dedicamos nuestro trabajo a Dios, actuaremos mejor de lo que sabemos. La admisión de este hecho es otra de las tareas para la que necesitamos reposo.

Una vez a la semana el hombre, para descansar del trabajo, hace bien en acudir ante su Dios a fin de reconocer que cuanto hizo los seis días anteriores fue obra de su Creador. Entonces confesará que el material sobre el que trabajó vino de otras manos, y que las ideas que empleó entraron en su mente procediendo de una fuente más alta. Ha de saber el operario que hasta la energía que desplegó fue un don de Dios.

En tal actitud de verdadero reposo el sabio advertirá que no fue él el autor de su libro de investigaciones de la naturaleza, sino su revisor de pruebas. Fue Dios quien escribió su obra.

El maestro confesará que toda verdad que transmitió a sus alumnos era un rayo de sol de la sabiduría divina.

El cocinero que en un momento de reposo pela patatas, las considera humildes dádivas de Dios.

El reposo nos permite contemplar las cosas menudas que hacemos en relación a las cosas serias, sin las cuales las otras no tendrían valor ni

significado. Ello nos recuerda que toda acción es digna de algo por servir en ella a Dios, porque todo acto de adoración significa admitir la dignidad.

Adorar es restaurar a nuestra cotidiana vida de trabajo su valor verdadero, situándolo en la relación auténtica a Dios, que consiste en buscar su fin y el nuestro.

Tal adoración es una forma de reposo y constituye una contemplación intensamente activa y creativa de las cosas divinas; y de ellas salimos remozados. Como promete el evangelio de San Mateo: «Venid a mí los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré reposo».

16

EL OCIOSO EN EL MERCADO

Un grande y distinguido psicólogo dijo una vez que la tragedia del hombre de hoy era que ya no creía tener un alma que salvar. A gente así dirigió Nuestro Señor su bella parábola de los trabajadores de la viña.

Al caer del día fue el dueño del viñedo al mercado y dijo: «¿Cómo estáis aquí ociosos todo el día?» En ciertos lugares de Oriente aún prevalece esta costumbre, y hay hombres que se congregan ante las mezquitas y en las plazas públicas, con sus herramientas en la mano, esperando que los contraten.

Esa historia tiene una aplicación espiritual y se refiere a varias clases de ociosos. Además de los que vagan, en sentido general, hay quien no tiene nada que hacer.

Muchos holgazanes son muy industriosos en ocupaciones que no tienen valor alguno. Bastantes viven holgando por constante indecisión y otros son gente fracasada y disgustada porque no conocen el objetivo de la vida.

Para los ojos humanos podrá no haber muchos haraganes, pero cuando el Cielo mira a la Tierra, debe de hallar un vasto mercado donde se trabaja muy poco.

Para la Divinidad actividades como la adquisición de riquezas, casarse, comprar y vender, estudiar, pintar, son sólo medios para el fin supremo y máximo, que es la salvación del alma.

Todo esfuerzo humano que quiera ser un fin en sí mismo, y que aísle la vida de la finalidad de la vida, equivale a trabajar holgazaneando. Triste y dolorosa es esta realidad.

Aparte de esta nueva y dura definición de la ociosidad que nos da nuestro Divino Señor, la parábola referida ofrece muy poca esperanza, porque algunos fueron contratados a la undécima hora y recibieron tanto como los que trabajaron todo el día.

Nunca es demasiado tarde para recibir la gracia de Dios, mas los que se atrasan en la vida, generalmente consideran perdida toda su existencia anterior.

San Agustín, reflexionando sobre su disipada juventud, dice: «Demasiado tarde, ¡oh antigua belleza, he venido a amarte!» No hay casos desesperados; ninguna vida se agota tan de prisa que no pueda recuperarse. La ociosidad de una larga existencia no excluye unos pocos minutos de trabajo útil en la vida del Señor, incluso durante las últimas horas de la vida, como fue el caso del ladrón arrepentido.

Cuando el Señor, al acabar el día, dio el mismo salario a todos, los que habían soportado los trabajos y el calor del sol se quejaron de que los llegados en la undécima hora recibieran tanto como ellos. Nuestro Divino Señor replicó: «¿Ven vuestros ojos mal porque yo pago bien?»

El pensamiento de la recompensa no debe entrar en el servicio celestial.

Los que llevan una vida moral durante cuarenta años y protestan después por la salvación de los recién llegados, tienen el espíritu mercenario. En todos los actos sinceros del hombre espiritual la inspiración es amor y no deseo de recompensa. No cabe hablar de las recompensas del verdadero amor en el matrimonio sin insultar al esposo y a la esposa. No se puede asociar la compensación con el afecto que estrecha los brazos de un hijo en torno al cuello de su madre, o la hace aguardarle hasta que palidecen en el cielo las pacientes estrellas.

Es imposible asociar la idea de recompensa con el heroísmo de un hombre que arriesga su vida por salvar otra.

Análogamente, los servidores de la piedad y la religión cotidiana están pletóricos del encanto, la fascinación y la gloria de la abnegada devoción de Dios como cualquiera de los que antes dijimos.

La ociosidad física deteriora la mente, la ociosidad espiritual deteriora el corazón, la acción conjunta del aire y del agua puede llenar de herrumbre una pieza de acero. Por eso a todas horas en el mercado debe preguntarse el hombre: «¿Por qué estoy aquí sin hacer nada?»

AMOR

17

LAS TRES CAUSAS DEL AMOR

Todo amor descansa sobre un trípode moral, porque todo amor tiene tres bases que lo soportan: bondad, conocimiento y similitud. Tomemos la bondad primero. Un hombre puede engañarse en su elección de lo que le parece bueno, pero nunca deseará nada a menos que crea en la bondad intrínseca.

El hijo pródigo buscaba algo que entendía bueno para él y que satisficiera su hambre, como cuando quiso vivir de cáscaras de vegetales. Sólo se engañó al juzgar que aquel alimento era idóneo para un hombre. Todos estamos en el mismo brete. Siempre queremos llenar nuestras vidas, nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestras casas de «cosas buenas», y nada aceptamos a menos que parezca, de momento, contener algo bueno. Pero nuestros juicios no son siempre correctos y, tomando un bien aparente por un bien real, podemos perjudicarnos. Sin ese deseo de lo bueno no existiría ni el amor a la Patria, ni a los placeres, ni a las mujeres, ni a los amigos.

Todo corazón procura adquirir la perfección de que carece o expresar la perfección que ya posee, y todo amor brota de la bondad, porque la bondad por naturaleza es amable al hombre.

La bondad que amamos en otros no es siempre moral, sino que puede ser física o utilitaria. En tales casos se ama a un individuo por el placer que causa o porque nos es útil, o porque lo significa todo para nosotros, o por alguna otra razón que implique egoísmo. Siempre buscamos un bien en nuestro amor y no amamos lo que no nos parece bueno.

También el conocimiento entra tácitamente en nuestro amor. No amamos lo que no conocemos.

El hombre que busca a una mujer pide primero ser presentado a ella, porque sabe que eso tiene que preceder a la posibilidad de amarla verdaderamente. La mujer de los sueños de un soltero tiene que ser construida con lo que él, mentalmente, conoce de ella. El amor dimana del

conocimiento, y el odio de la falta de conocerse. El fanatismo existe en función de la ignorancia.

En las primeras fases, el conocimiento es una condición del amor, pero cuando las relaciones se profundizan el amor aumenta el conocimiento. Una mujer y un marido que han vivido juntos muchos años poseen un género de conocimiento mutuo más hondo que cuanto se puede explicar de palabra ni con cualquier análisis de motivo. Ese conocimiento, imposible en las semanas de la luna de miel, se desprende gradualmente del amor en acción y es como una especie de comprensión intuitiva de lo que hay en el cerebro y en el corazón del otro. Así nos es posible amar más allá de lo que alcanzamos, dejando a la fe llenar las insuficiencias que encontremos.

Una persona corriente, pero de buena fe, puede amar más a Dios que un teólogo, y ese amor acaso le conceda un más agudo conocimiento de los caminos del Señor en los corazones humanos que el que cualquier psicólogo posee.

Una de las razones por las que las personas decentes se retraen de las discusiones vulgares sobre el sexo, es que el conocimiento que dos personas adquieren por sí mismas en una relación íntima es, por naturaleza, incomunicable a otros. En un intercambio tan personal, los que lo comparten no quieren transmitirlo a los extraños, considerándolo demasiado sagrado para que pueda profanarse.

Es un hecho psicológico que los que han llevado su conocimiento teórico del sexo al unificante amor matrimonial, se sienten poco inclinados a sacar el asunto de su penumbroso reino de compartido misterio para exponerlo a la luz y la opinión pública. Y eso no es porque se sientan decepcionados del sexo, sino que sienten que todo lo ha cambiado la trascendente alquimia del amor, cuya naturaleza no pueden comprender los que viven al margen de esa bilateral experiencia. Aquellos cuyo conocimiento del sexo no se ha sublimado con el misterio del amor y se sienten fracasados, son precisamente los que gustan de hablar del sexo. Los esposos y mujeres cuya fidelidad ha fracasado, son los que buscan semejantes discusiones, mientras los padres y las madres felices en sus relaciones nunca tratan de tales cosas.

Cuando el conocimiento se transmuta en amor, llena el corazón hasta tal punto que nadie de fuera puede agregar nada, por lo que no se encuentra preciso exponer ante nadie ciertas materias. Quienes hablan de sus relaciones íntimas, confiesan, al hacerlo, que no han elevado su amor a

la categoría de misterio, ni lo han transformado en la única clase de amor sexual que merece tal nombre.

La tercera base del trípode sobre el que descansa el amor es la similitud. Eso hace que dos personas se amen, pero no indica necesariamente que sean iguales, sino que una posee de hecho lo que la otra en potencia.

El imperfecto corazón humano aspira a la perfección, y la busca, mediante el amor, para suplir sus deficiencias.

El joven de instintos caseros aspira a casarse con una joven bella, porque la belleza potencial, que él no posee y sí aquella de la que está deseoso, le atrae, precisamente en razón de que la hermosa vale más que él.

La similitud embellece incluso el más vulgar de nuestros amores. La mujer que aspira a ascender socialmente cultiva el trato de las personas importantes, porque busca lo que le falta. En un nivel mucho más elevado, los santos aman a los pecadores, no porque éstos compartan las desarrolladas cualidades anímicas de los otros, sino porque el santo es capaz de comprender la posible virtud del pecador. Así fue como el mismo Hijo de Dios se tornó Hijo del Hombre, puesto que amaba lo que el hombre podía llegar a ser.

Con frase de San Agustín: «Jesús se hizo hombre para que el hombre pudiera llegar a ser como Dios».

18

EL AMOR PERSISTE AUN FALTANDO ENAMORADOS

El matrimonio fracasa si el amor que lo preside no es transparente como el cristal de una ventana abierta a los cielos, sino como una opaca cortina que nada ve más allá de lo humano. Cuando las parejas no comprenden que el amor de la carne es un preludio del amor del espíritu, uno de los cónyuges se constituye en objeto de adoración, sustituyendo a Dios. Ésa es la esencia de la idolatría: la adoración de la imagen en vez de la realidad, la confusión de la copia con el original y del marco con la pintura.

Las promesas humanas ofrecen algo que sólo Dios puede dar. Cuando se ignora a Dios en el amor, se acaba por descubrir que el adorado como deidad no es Dios, ni siquiera ángel. No puede dar todo lo que promete, porque no es divino, y el otro se siente decepcionado y defraudado.

El tallo de la rosa es insultado por no soportar lo que no puede, y el mármol por servir de inadecuado pedestal a la deidad.

El resultado es que el amor erótico se torna en odio cuando se descubre que el otro elemento de la pareja tiene los pies de barro y es una mujer y no un ángel, o un hombre y no un Apolo. Cuando cesa el éxtasis y deja de sonar la música, y pierde el champaña su chispeante fosforescencia, se considera al cónyuge un engañador y un ladrón. Todo puede acabar en una separación por incompatibilidad de caracteres.

Entonces se comienza a buscar otro compañero, imaginando que hay un ser humano capaz de dar lo que sólo puede brindarnos Dios, en vez de comprender que el fracaso de nuestro matrimonio estuvo en no considerarlo como un prolegómeno de lo divino. Se piensa que hasta las cáscaras de hortaliza van a satisfacer cuando antes se aspiraba a comer el pan de los ángeles.

El hecho de que un hombre o una mujer busquen un nuevo compañero es prueba de que nunca sintieron verdadero amor, porque el sexo es sustituible, pero el amor no.

El sexo da placer, mas el amor se cifra en una persona.

Las vacas pueden cambiar de pasto, mientras que las personas no son reemplazables.

Si igualamos una persona a un paquete, la juzgaremos por sus envolturas. No pasará mucho sin que el oropel se tome de orín y haya que prescindir de él. Ello esclaviza a las mujeres, porque dependen del tiempo mucho más que los hombres y su seguridad aminora a medida que los años transcurren. La mujer se preocupa siempre de su edad mucho más que el hombre, por eso no mira el matrimonio más que en términos de tiempo.

Un hombre teme morir antes de haber vivido y la mujer antes de haber engendrado. Una mujer desea obtener el cumplimiento del fin de su vida antes que el hombre, y no anhela tanto la experiencia del existir como la prolongación de la existencia.

Si las leyes y costumbres de un país permiten prescindir de una mujer porque no sepa cocinar, la mujer acaba siendo esclava, no del hombre, sino de la cocina.

La vida no es una burla ni una ilusión. Lo sería si no hubiera un infinito capaz de satisfacer nuestros deseos. Todos desean un amor inmortal, sin momentos de saciedad ni de odio. Pero ese amor supera las posibilidades humanas.

El amor humano es una chispa de la gran llama de la eternidad.

La felicidad que proviene de la unión de dos carnes en una sola, es el preludio de la superior comunión de dos espíritus. Así el matrimonio constituye como la letrilla del canto de los ángeles o el rumor de las aguas de un río que desciende hacia el mar.

Es evidente que hay una respuesta al desconcertante misterio del amor y que en alguna parte debe la demanda hallar el objetivo. En la unión final con Dios, cuando se le encuentra, el amor y el romance se funden en una sola unidad.

Como Dios, el amor es infinito y eterno, y hará falta una extática y eterna búsqueda de ambos para sondear sus profundidades.

19

EL VERDADERO AMOR

Hay dos clases de amor: el que busca su propio placer y el que busca el de otro. El primer amor es carnal y el segundo espiritual. El amor camal sólo conoce a la otra persona en un sentido biológico. El amor espiritual conoce a la otra persona en todos los instantes y sentidos. En el amor erótico los defectos ajenos estorban nuestra felicidad. En el amor espiritual los defectos de otros son oportunidades de servicio.

El mundo moderno ha sido estúpidamente convencido de que dé el nombre de amor a una rara obsesión que se exhibe en cualquier cartelera de espectáculos. Esto reina en la industria cinematográfica, desconcierta a los dramaturgos, que no saben resolver el problema del eterno triángulo sin el suicidio, crea perfumes tan exóticos que llegan a no servir ni a la mayor de las concupiscencias y fomenta el más picante de los humorismos.

El amor se ha vulgarizado tanto, que hasta los que creen en el amor temen valerse de la palabra. Hoy se usa casi exclusivamente para describir al sexo opuesto más que a una persona y se le hace tratar de glándulas más que de voluntades, cerrándolo en la biología más que en la personalidad. Incluso si se disfraza de enloquecimiento por otro, no pasa de ser un deseo de amarse a sí mismo.

El amor puramente humano es el embrión del amor de lo divino. Se encuentran sugestiones de esto en Platón, quien sostiene que el propósito del amor es dar el primer paso hacia la religión. Describe el amor por las personas bellas como transformable en amor por las bellas almas, y, al fin, en el amor de la justicia, de la bondad y de Dios, fuente de todo. El amor erótico debe ser un puente que uno cruce, no un pilar en el que debamos apoyarnos para siempre. No es un aeropuerto, sino un aeroplano en continuo movimiento hacia arriba y hacia delante.

Todo amor casual presupone deficiencia, anhelo de plenitud y atracción hacia el enriquecimiento, porque todo amor es como un vuelo hacia la inmortalidad.

Toda forma de amor erótico encierra una forma de amor divino, por reflejo, como el lago refleja la luna. La única razón de que el amor transforme a las criaturas y los corazones humanos, es que ello puede conducir al amor del Creador.

Como la comida es para el cuerpo, como el cuerpo es para el alma, como lo material es para lo espiritual, así la carne es para lo eterno. Por eso se emplean en el amor humano palabras que nos recuerdan el divino, como «ángel» y «te adoro».

El Salvador no extinguió las llamas que ardían en el alma de Magdalena, sino que las transformó y transfiguró a un nuevo objeto. El mandato divino que fue dado a la mujer que ungió los pies del Señor, le recordó que el amor que busca su propio placer puede transmutarse en un amor capaz de morir por el objeto amado. Por esa razón el Salvador se refirió a su entierro cuando ella se hallaba más próxima a la vida.

Como entra en el plan divino usar la carne a guisa de piedra miliaria en el amor de la divinidad, ocurre siempre en un corazón bien regulado moralmente que, con el tiempo, el amor erótico disminuye mientras aumenta el amor religioso. Por eso en los auténticos matrimonios el amor de Dios se acrecienta en los últimos años, cuando se ama más a Dios sin que disminuya el afecto entre mujer y marido.

De un amor de apariencias externas se pasa a interiores profundidades de la personalidad que dan corporeidad al Espíritu Santo.

Pocas cosas hay más bellas en la vida que el amor de un hombre por una mujer en quien engendra hijos, que son la mutua encarnación de su amor, el cual se transfigura después en esa más honda «desapasionada pasión y ardiente tranquilidad» que equivalen a Dios.]

20

LOS EFECTOS DE LA FALTA DE AMOR

La mayoría de las personas del mundo no son amadas por nadie. Unos no son amados a causa de egoísmo y otros porque no tienen bastante espíritu cristiano para amar a quienes no les aman. Como resultado, el mundo está lleno de corazones solitarios. No hablamos de amor en sentido romántico ni carnal, sino en el orden de la generosidad, el perdón, la afabilidad y el sacrificio. Acaso convenga conocer algunos de los efectos psicológicos de no amar al prójimo de un modo realmente noble, desinteresado y altruista.

El primer efecto de no recibir amor cuando uno es generoso consiste en inclinamos a la hostilidad y al cinismo. Nunca se dice nada bueno de nadie. Quien no se siente amado desea que los demás tampoco lo sean. Se asesina mentalmente los caracteres, los más nobles motivos se envilecen y se cree y se propaga la calumnia.

Si alguien nos muestra amor, buscamos su posible mal móvil. Hasta aceptamos las dádivas con desconfianza y creemos insincero el más franco de los cumplidos.

Ciertos ególatras son tan miserables que procuran hacer igualmente miserables a los demás, sin ver que así son los causantes de su propia infelicidad. Siempre encuentran alguien a quien culpar de ello. «Si hoy he tenido un choque con el coche se debe a que esta mañana me pusiste nervioso preguntándome por el estado de mi cuenta en el banco.»

«No tendría este catarro si me hubieras comprado un abrigo de pieles como tienen las mujeres de todos tus compañeros.»

El efecto de la falta de amor produce un sentimiento de martirio en un morboso intento de despertar piedad y simpatía cuando el verdadero amor se disipa. Uno de los medios más socorridos es fingir enfermedad. La buena salud no despierta la afección de los otros y por eso se finge estar herido para que el prójimo cure nuestras llagas. Nuestro «dolor» mental no es sino pérdida de amor. Ese «dolor» acaba trasladándose al cuerpo y convirtiéndose en enfermedad.

Se podría describir lo que pasa en una de tales personas diciendo: «En realidad, quisiera sentirme bien, pero si me siento enfermo habrá gente que me quiera». Así como las jaquecas pueden ser causadas por un deseo de escapar a una responsabilidad, la enfermedad puede deberse al deseo de ganar afecto. Esto llega al punto de que hay quien tiene que pasar años en la cama, hasta sin poder caminar. Durante el terremoto de San Francisco unas treinta personas que llevaban en la cama veinte años se levantaron y anduvieron. Eran inválidos mentales, no físicos.

Otro tipo de reacción es la de aquellos que reconocen que necesitan amor y añaden: «Fingiré desde ahora que no necesito cariño». Como resultado se desarrolla en ellos un falso espíritu de independencia; se toman quisquillosos, se oponen a toda sugestión, sea la idea buena o no; desenvuelven instintos antisociales; fuman donde un letrero les prohíbe fumar, y dejan su coche donde no está autorizado el aparcamiento.

La dureza, la aspereza, el encanecimiento moral y el carácter desagradable no son a veces más que una reacción grosera ante la falta de amor.

Nuestra insistencia en que la sociedad de hoy ofrece gran seguridad se debe verosímilmente a la carencia de amor.

En otras generaciones la gente deseaba ser feliz y muchos lo eran en el seno de la familia de un matrimonio indisoluble o de la religión.

Hoy la inestabilidad del hogar se ha acrecido con el divorcio. Ha de hallarse un sustitutivo al amor conyugal y entonces se buscan la seguridad y el poder, ingredientes mínimos de la receta de la felicidad.

El hombre de negocios que a veces pasa en su oficina las horas que debía dedicar a su casa, quizá lo haga por falta de amor hogareño. Algunos doctores actuales achacan ciertas enfermedades de la piel a causas mentales.

Se dice que ciertas personas que temen enfrentarse con el mundo padecen afecciones cutáneas caracterizadas por manchas.

Una mente impura puede mancillar un cuerpo. Digan los médicos lo que digan, es evidente que ningún grupo de mujeres suele tener la tez tan pura como las monjas. La mayoría de éstas nunca se miran a un espejo, pero poseen una receta de belleza incomparablemente buena, y que falta a muchos, y es la conciencia limpia y la paz del alma.

La piel de los que tienen una culpa oculta suele decirnos la historia de las dolencias de su alma. Una mujer que encubría sus malos hechos y se

juzgaba una leprosa moral contrajo una enfermedad de la piel que se desvaneció cuando pudo reconciliarse con su marido.

La falta de amor sólo con amor puede curarse. Siempre habrá amor para los dignos de él, salvo que los amemos por amor de Dios. Con ello volveremos a la religión y a ese Dios cuyo Nuevo Testamento define su propia esencia así: «Dios es amor».

21

LO INFINITO Y EL SEXO

Una de las cosas que menos conoce el hombre es su personalidad propia. Siempre trata de resolver el enigma de sí mismo y de conocer el significado de su naturaleza.

Algunos escritores modernos buscan un camino de atajo centrando todas las cuestiones en uno de los instintos humanos: el sexo.

Ante la dificultad de comprender enteramente al hombre, enfocan solamente una tenue zona de él, borran el resto y, estudiando lo poco que se proponen, creen haber concretado al ser humano. Esta solución alcanza popularidad entre los que han perdido la comprensión del verdadero objetivo de la vida. Ignorando cuál es su fin, se atienen a la intensidad de las experiencias sexuales y buscan en ellas un sustitutivo de su ignorancia y su despreocupación por las finalidades últimas de la vida.

El sexo no ocupa más que una pequeña parte de la vida del hombre, pero siempre ofrece un puente hacia lo sobrenatural e infinito. Si no lo diviniza el amor abnegado, se trueca en cosa diabólicamente perversa.

El hombre no puede ser un mero animal como las bestias corrientes. Para los jóvenes, cuyos deseos sexuales son fortísimos, el sentido de lo infinito constituye el clima normal de su ánimo. El joven vive entre sueños y esperanzas de lo futuro y todos sus deseos son infinitos en su objetivo, por lo que es muy inclinado a dar en un falso misticismo. Los jóvenes lo sienten todo con una intensidad sin límites.

El amor desenfrenado no es la excepción de esta regla.

Incluso entre los que niegan a Dios, la importancia del sexo no puede considerarse lo fundamental que se cree. La vergüenza que les produce hablar de ello, o la negación de que les avergüence, implica que en el instinto sexual va mezclado el espíritu, lo que en otros instintos no pasa. Nadie se avergüenza de sus ganas de comer, por mucha hambre que tenga, y todos se ruborizan si se descubre que están secretamente enamorados. Intuitivamente, sienten que hay algo sagrado y secreto en esta pasión y no quieren tratarla despreocupadamente, porque encierra misterios que sólo el

cielo conoce. Por eso el casamiento, incluso entre los salvajes, va siempre acompañado de ritos religiosos.

El sexo no puede desterrar el espíritu. El humano deseo de fidelidad y amor duradero, lealtad y verdadera devoción, no dimana de la carne, sino del espíritu del hombre. El sexo actúa de modo combinado entre los mundos del espíritu y de la materia. La vergüenza protege nuestras facetas espirituales contra las toscas manos del mundo. Mediante el espíritu los hombres se alían a la infinidad.

El amor, que en puridad es origen y objetivo del sexo, es infinito en otros sentidos porque tiende a extenderse desde el pequeño centro de sí mismo hasta ilimitadas distancias. El amor es centrífugo, huye del *ego* y busca su finalidad en Dios y en todos aquellos de sus hijos que encuentra en su camino. No cabe atesorar el amor y hemos de derramarlo para poseerlo. Esto tiene espléndido ejemplo en la familia, porque el amor inicial entre marido y mujer se extiende a los hijos y así se incrementa entre los dos.

De acuerdo con el plan de Dios, no puede retirarse el amor que una vez se dio. Cada vez hemos de extenderlo más hacia el infinito divino, hasta llegar a amar todas las cosas, viendo en ellas la semejanza del Señor.

Si discriminamos el amor y el sexo, y buscamos nuestra propia satisfacción, el proceso normal de las cosas se invierte de una manera nociva. En la otra persona vemos un simple medio de placer y no alguien que nos pide amor. Todo se reduce a un mero intercambio de deleites egoístas.

Como el amor no debe revestir sobre uno mismo, si lo hacemos así se convierte en un veneno, constituye una carga en el corazón y transforma su energía en odio. El impulso centrípeto del amor, trasladando el de Dios y el del prójimo a uno mismo, equivale a fracaso, odio y disgusto. Dios puede llegar a nosotros a través de cualquiera a quien amemos, siempre que también le amemos a Él, pensando más en sus cosas que en las nuestras.

La actividad sensual egoísta destruye nuestra relación con Dios y con el prójimo.

El infinito siempre llega por la puerta del amor altruista y perdonador. Egotizarnos es hallar el descontento que acompaña a todo esfuerzo de conseguir la felicidad mediante el disfrute individual y abusivo.

El sexo cumple la más psicosomática de las funciones humanas. No hay nada en que cuerpo y alma, infinito y finito, carne y espíritu, estén tan estrechamente entrelazados. Cuando el sexo une espíritu y carne, obtendremos paz y alegría, pero si carne y espíritu se divorcian y sólo se busca el sexo, resultará enojo y hastío.

La más prolija tarea de la vida consiste en conciliar la relación del alma con el cuerpo manteniéndola en su orden adecuado.

Una filosofía del sexo que ignore esta necesidad y estimule a amar un cuerpo ajeno, condena a muerte el amor, que sólo es duradero cuando engloba el cuerpo y el alma.

El infinito que está más allá del hombre y de la mujer es lo que les permite amarse.

No hay amor cuando se intenta prescindir del espíritu para no pensar más que en el tú y en el yo. En ese caso el tú queda absorbido por el yo (merced al poder de seducción) o el yo se absorbe en el tú (lo que es idolatría).

Dos personalidades enteras y amantes sólo pueden quererse si invocan la bendición de Dios, que es lo infinito.

22

REFLEXIONES SOBRE EL AMOR

El *ego* tiene un modo especial de disfrazar los motivos de su amor. Puede ocurrir que hable de buscar el placer ajeno cuando sólo persigue el propio.

Hay gente a quien le gusta alardear de su tolerancia, cosa inspirada a menudo por el egotismo. Quisieran vivir solos con sus propias ideas, por erróneas que sean, y si soportan las ajenas lo atribuyen a su espíritu comprensivo. Pero tal clase de tolerancia es muy peligrosa, porque se trueca en intolerancia en cuanto el *ego* se siente molesto o amenazado.

Por eso una civilización tolerante con las falsas ideas, en vez de ser caritativa con las personas, se halla en vísperas de una gran oleada de intolerancia y persecución.

El egotista siempre piensa que su yo o no tiene o no necesita nada. Su principio de acción es absorberlo todo, como la boca absorbe alimento. No piensa en los demás y no sirve ni se sacrifica por nadie, considerando que ello equivaldría a un rebajamiento.

El amor verdadero siente más la necesidad de dar que de recibir. Cuando comienza el amor nos parece que nunca podremos entregarle tanto como desearíamos. La más preciosa de las dádivas nos parece pobre. Cambian todos los valores, porque no buscamos proporción entre la dádiva y el afán de dar. La tragedia del amor, cuando principia a extinguirse, es que la gente no quiere dar lo que tiene. No es que no se pueda ofrecer: es que no se quiere dar nada.

En el amor verdadero hay piedad y necesidad. Piedad porque queremos entregarnos y expansionarnos hasta el agotamiento, pretendiendo llenar un vacío que creemos encontrar.

El verdadero amor recibe sin querer interpretar lo que le dan. Nunca busca más motivos que el amor en sí. No se debe confiar en quien pregunta por qué se le da tal o cual cosa.

Una de las tragedias de nuestro tiempo es que se interpreta la libertad en términos de liberarnos de alguna cosa y no en términos de amor.

El hombre libre es el que ama a todos; el que odia se esclaviza. El que odia depende del objeto de su odio, y, por tanto, no es libre.

Odiar al vecino equivale a restringir nuestra libertad. Puede ser que tengamos que dar la vuelta a la manzana para no verle o esperar a que salga antes de salir nosotros.

Nuestros amores y deseos determinan nuestras penas. Si nuestro amor supremo se reduce al placer corporal, nuestro dolor máximo será la pérdida de la salud; si nuestro amor supremo es la riqueza, nuestro dolor máximo será la inseguridad; si nuestro amor supremo es Dios, nuestro temor mayor es el pecado.

El mayor de los misterios no es que amemos, sino el saber por qué somos amados. Es fácil comprender que amemos en virtud de lo incompletos que somos y por la radical insatisfacción que nos causa el estar separados de lo bueno. Pero el motivo de que otros nos amen es un misterio, porque los que sabemos cómo somos, vemos lo poco amable que hay en nosotros.

Que nos amen las criaturas no es misterio tan notable, porque son imperfectas. Pero nunca comprenderemos por qué Dios nos ama. El alma que llega finalmente a amar a Dios se siente disgustada al pensar en el mucho tiempo que hasta entonces ha perdido. Ya San Agustín decía: «Demasiado tarde, ¡oh antigua Belleza!, he llegado a amarte».

Por otro lado, siempre nos compensa la idea de que entraba en el plan divino el que llegáramos finalmente a conocer a Dios.

Nos agrada vernos idealizados en las mentes de los otros. Ésa es una de las principales alegrías del amor. Nos place hallarnos nuevos, inocentes, bravos y fuertes ante el ánimo ajeno. El amor cubre la corrupción del alma. Se olvida el individuo del descontento cuando se cubre el alma con los retoños de una nueva primavera. Pasado cierto tiempo, el enamorado empieza a sustituir lo que hay en su mente por lo que contiene la mente del otro. Esta idealización es lo que encanta en el amor. Así, el amor ofrece un incentivo para la mejora.

Cuando alguien piensa bien de nosotros, procuramos ser dignos de su opinión. Que otros nos tengan por buenos es un buen estimulante de la verdad. Por eso uno de los principios fundamentales de la vida debe

consistir en considerar buenos a los otros, con lo que contribuiremos a que lo sean.

23

EL MISTERIO DEL AMOR

En el más noble de los amores humanos llega un momento en que se disipa el misterio. Uno se ha acostumbrado a lo mejor y lo da por concedido, como los joyeros manejan las gemas más valiosas sin conturbación alguna de ánimo. Dejamos de desear lo que poseemos plenamente. No podemos esperar obtener lo que ya hemos alcanzado y, sin embargo, se necesitan esperanza, deseo y, sobre todo, misterio para mantener nuestro interés por la vida.

Cuando lo pasmoso desaparece de nuestros días, éstos se toman vulgares. Las mentes humanas están hechas para sondear y tratar de resolver ciertos problemas grandiosos, cuya solución final siempre se nos escapa.

Es posible que la popularidad de que gozan hoy las novelas de misterio se deba al hecho de que muchos han dejado de apoyarse en los misterios de la fe y quieren reemplazar lo perdido, por cualquier sucedáneo barato.

Los lectores de novelas de intriga aplican su capacidad de maravillarse al descubrimiento de cómo alguien ha podido ser asesinado en circunstancias enigmáticas, mientras los contemporáneos de Dante y Miguel Ángel se preocupaban por cuál sería la suerte de los difuntos en la Eternidad.

El hombre no puede ser feliz si se siente saciado. Nuestro interés en la vida radica en que hay puertas no abiertas todavía, velos no levantados aún, notas que nos faltan tocar.

Si un amor es sólo físico, el matrimonio pondrá fin a la fase novelesca, porque termina una búsqueda y se aclara un misterio.

Siempre que una persona da así las cosas por hechas, surge una pérdida de esa sensibilidad y delicadeza que son la base esencial de la amistad, de la alegría y del amor en las relaciones humanas. El matrimonio no se exceptúa y uno de sus más trágicos desenlaces es la posesión sin deseo alguno.

Cuando se llega al fondo del amor y se agota, o bien imaginamos que así sucede, la persona que despojamos de su misterio se nos torna insoportable. Siempre debe quedar algo sin revelar, un misterio sin probar o una pasión sin satisfacer. Esto es verdadero incluso en las artes. No gusta oír de continuo a un cantante emitir su *nota* más fuerte, ni un orador debe analizar una pasión hasta desgarrarla a fuerza de tratar tanto de ella.

En un buen matrimonio existe siempre un misterio que cada vez se profundiza más, y, en consecuencia, una novela ininterrumpidamente encantadora.

Cuatro por lo menos de los misterios del matrimonio pueden ser precisados. En primer lugar, el misterio del sexo y del ser físico de nuestra pareja. Descifrado ese misterio y nacido el primer niño, comienza un nuevo misterio. El marido ve por primera vez en la mujer el bello misterio de la maternidad. A su vez la esposa ve en el hombre el dulce misterio de la paternidad. Cuando otros hijos vienen a renovar la fuerza y la hermosura de la pareja, el marido nunca parece más viejo a su mujer que el día que se conocieron, y la mujer se le figura al marido tan lozana como el día que se conocieron.

Al llegar los niños a la edad de la razón, se desarrolla un tercer misterio. Padre y madre han de aplicarse a moldear y disciplinar las mentes y los corazones de los pequeños, instruyéndolos en los caminos de Dios. Según los niños crecen, continúa ahondándose el misterio y los padres han de explorar sus espíritus y procurar inclinarlos al amor del Señor.

El cuarto misterio de los bien casados se refiere a su vida social y a la contribución conjunta que hacen al bienestar del mundo. En eso está la raíz de la democracia, porque en la familia el individuo no se mide por lo que vale, ni por lo que pueda hacer, sino por lo que es.

La condición y situación de cada uno en la casa se le concede por el simple hecho de vivir. Si un hijo es sordo o ciego, o resulta mutilado en la guerra, se le sigue amando por su valor intrínseco y como hijo de Dios.

El amor de un padre no se mitiga porque cambie lo que gana su hijo, ni varía porque adquiera sabiduría mundana, o porque pertenezca a una clase o a otra.

El respeto a la personalidad, por el mero hecho de pertenecer a la familia, es el principio social de que depende la vida de la comunidad y

nos recuerda el más importante de todos los principios políticos, a saber: que el Estado existe para la persona y no la persona para el Estado.

24

AMOR Y ÉXTASIS

El éxtasis consiste en sentirse transportado fuera de uno mismo. Hablando más ampliamente: el mero hecho de amar saca de quicio al enamorado y le hace centrar sus pensamientos, más que en sí, en el ser amado.

Los adolescentes de ambos sexos se sorprenden a menudo al notar que sus mayores los saben enamorados, lo que revelan por su soñadora abstracción, porque miran vagamente el espacio y porque no se preocupan de comer ni de cosas semejantes. El amor los ha «sacado de sus casillas».

El amor está en el fondo de todas las historias concernientes a los profesores desmemoriados que, una noche de lluvia, por ejemplo, ponen en el lecho el paraguas mientras ellos se acuestan en el lavadero. Las cosas que tienen en el cerebro y que tanto aman los han puesto «fuera de sus cabales».

Cualquier gran amor ejerce un efecto similar y hace al enamorado indiferente a lo que le rodea y aun a las cosas molestas o desagradables, por sórdidas que sean. La choza de un hombre y una mujer que se aman vale más que el suntuoso departamento de una pareja rica que ha dejado de amarse.

El amor de Dios engendra aún más indiferencia a lo que nos circunda. Santos como Vicente de Paúl llegaban, en su amor a los pobres, hasta a olvidarse de comer. Edna St. Vicent Millay escribe sobre la vida cristiana: «Si cada noche plantamos nuestra tienda más cerca de la ciudad que deseamos alcanzar con verdadero deseo, y vemos cada vez más cercanas sus puertas, bien podemos dormir sobre ortigas y entre víboras, porque apenas repararemos en ello».

Pero hay una gran diferencia entre el amor humano y el amor de Dios, aunque ambos pueden llevarnos hasta el arrobo.

En el amor humano el éxtasis sobreviene al principio. En cambio, tratándose del amor de Dios, el éxtasis sólo se consigue tras infinitas agonías del cuerpo y el alma.

En los placeres corporales primero sobreviene el festín y luego el ayuno, y acaso el dolor de cabeza. Pero el espíritu halla primero el ayuno, y quizá también el dolor de cabeza, como preludios necesarios del festín.

Los extáticos goces que al principio experimenta una pareja de recién casados son, en cierto modo, un cebo para estimularlos a cumplir su misión procreadora.

La luna de miel es una especie de divino crédito extendido a favor de quienes luego pagarán el rédito creando una familia. Ningún gran éxtasis de la carne o del espíritu se gana en permanencia sin pagar por su consecución. Todo éxtasis tiene su precio.

El primer fervor es tan falso en el matrimonio como en la religión. El primer éxtasis no dura más de lo que el amor que buscamos y queremos obtener. El amor auténtico puede ser alcanzado tras muchas depuraciones y pruebas, fidelidades sometidas a duros trabajos, perseverancia que triunfe de los desalientos y empeñada busca de nuestro destino divino a través de las tentaciones de este mundo.

Bello es contemplar el profundo y extático amor de algunos padres cristianos, que no lo han conseguido sin pasar dolorosos calvarios. Pueden hallar en ello un verdadero éxtasis, menos propio de la juventud que de la edad madura.

El primer éxtasis del amor es impresionante, pero un tanto egoísta. En él el enamorado procura obtener del ser querido cuanto éste le puede dar. En el segundo éxtasis procura obtener de Dios cuanto él y su compañera carnal pueden ofrecerle.

Si el amor sólo se identifica con el primer éxtasis, buscará su prolongación en la presencia de otra persona. Pero si se identifica con un amor duradero, unificador y eterno, siempre profundizará su misterio en las sendas de lo divino, que es lo que pone el amor en nuestros corazones.

Muchos maridos y esposas esperan de sus compañeros lo que sólo Dios puede dar: el éxtasis eterno. El hombre o la mujer que lo procurara a otro, sería Dios.

Acertamos en desear el éxtasis del amor, pero no debemos esperar gozarlo a través de la carne, la cual está en una senda de peregrinación hacia Dios, por lo que hemos de prepararnos al desencanto.

El primer éxtasis del amor no es un engaño, sino un pregusto, una vista anticipada del porvenir que alma y cuerpo experimentan al comenzar el viaje hacia las eternas alegrías. Si pasa el primer éxtasis, ese cambio no

es una invitación para amar a otra persona, sino para amar de otro modo, que es el modo de Cristo, es decir, de aquel que nos dijo: «Yo soy el camino».

LOS HIJOS

25

MATERNIDAD

La maternidad humana es dúplice en su esencia y mucho más compleja que la de los animales.

En primer lugar está el hecho de dar a luz, que las mujeres comparten con las hembras de todas las especies. Todos los árboles llevan fruto, la gallina empolla sus huevos, y así la madre queda vinculada a todas las cosas vivientes del universo, por lo que con razón se dijo: «Bendito es el fruto de tu vientre».

Mas la maternidad humana tiene un segundo y muy superior aspecto: el del espíritu. El alma de un niño no emana del alma de su madre ni de su cuerpo, sino que es creada, nueva y entera, por Dios, quien la infunde en el cuerpo del recién creado.

La maternidad fisiológica queda santificada por esa colaboración con Dios mismo, que presta su paternidad a la criatura que ha dejado crecer en la carne de su madre.

La madre humana no concibe un simple animal, sino un hombre hecho a la imagen y semejanza del Dios que le creó.

Todo nacido de mujer tiene, según este razonamiento, dos padres. Uno es el terrenal, sin el que no viviría, y otro el celestial, sin el que no poseería personalidad, alma y un carácter propio.

La madre es el elemento merced al cual operan ambos padres. Por tanto, su relación con el niño tiene dos aspectos. Uno, el de la madre de un nene que por algún tiempo depende, en absoluto, en el sentido físico, de su progenitora. Sigue la relación de la madre-persona, según expresa en el bautismo cuando presta al niño su propio nombre. Esto confirma la dignidad e individualidad separada del más pequeño infante y garantiza su derecho a separarse de sus padres y elegir mujer propia en la hora oportuna.

Todo nacimiento requiere una sumisión y una disciplina. Hay que trabajar la tierra antes de que pasivamente admita la semilla.

La sumisión en la mujer no es pasiva, sino de sacrificio y conscientemente creadora. El conjunto de su naturaleza ha sido formado para ese acto de abnegación. Bien conocido que las mujeres son capaces de hacer sacrificios más sostenidos que los hombres. Éstos pueden ser héroes en un momento crítico, pero luego recaen en la mediocridad. Les falta la resistencia moral que capacita a las mujeres para ser heroicas durante todos los años, meses, días e incluso segundos de su vida, cuando la monótona repetición de sus usuales tareas debería disminuir su espíritu. No sólo los días de la mujer, sino también sus noches; no sólo su ánimo, sino también su cuerpo, tienen que compartir el calvario de la maternidad. Por eso las mujeres poseen una comprensión más segura que los hombres de la doctrina de la redención, porque asocian el riesgo de la muerte con el hecho de dar la vida a los hombres en el acto del nacimiento, tras haber sacrificado su ser personal a otro durante los muchos meses que preceden a esa hora.

En la madre se conjugan, en una sola, dos de las más grandes leyes espirituales: amor al prójimo y cooperación con la gracia de Dios.

Ambas se aplican de una forma única. No siendo en una madre, el amor al prójimo es el amor de un ente no concreto, mientras el prójimo de una madre durante el embarazo está unificado con ella y, no obstante, debe ser amado de un modo diferente.

El sacrificio a veces implicado en el amor al prójimo se verifica entonces dentro de la carne de la mujer, ya que el agente y objeto de su sacrificio están contenidos en ella.

Esa cooperación con la gracia, aunque pueda ser inconsciente en la madre, la convierte en asociada de la divinidad.

Toda madre buena tiene sobre ella, en cierto modo, «la sombra del Espíritu Santo». Sin la categoría del sacerdocio, pero dotada de cierto poder sacerdotal, acerca Dios al hombre y el hombre a Dios. Trae Dios al hombre al aceptar su papel de madre, permitiendo al Señor infundir en su cuerpo un alma nueva. Aproxima a Dios el hombre al hacerle nacer, consintiendo en servir de instrumento, para que otro hijo de Dios nazca en el mundo.

Cuando se mira la maternidad como cosa concerniente sólo a una mujer y un hombre, se adolece de cierto astigmatismo moral y no se da al hecho el honor que merece.

Para comprender el significado real de la maternidad, hemos de medir el elemento espiritual que contribuye a crear un niño y examinar a la mujer en cooperación con su marido, para crear el vástago humano, y con Dios, padre de un alma eterna, indestructible y diferente a cualquier otra que se haya formado a través de la historia del mundo.

Así, toda la maternidad humana equivale a una asociación con lo divino.

26

PADRES E HIJOS

No hay delincuentes juveniles; sólo hay padres delincuentes. El cuarto mandamiento —«Honrarás a tu padre y a tu madre»— apenas se cita hoy como medio de restaurar la paz doméstica. Cuando se descuida la disciplina en el hogar, rara vez se rectifica el daño causado. Como dijo Coleridge: «Quien educa a sus hijos sin simpatía con los sentimientos religiosos de las naciones en que viven, arrastra la probabilidad de que acaben convirtiéndose en rufianes y fanáticos, siendo esto tan probable como aquello». Los efectos de la conducta de los hijos en los padres difieren. Las madres sufren más por lo malo de sus hijos que los padres gozan de lo bueno que sus descendientes tienen.

El deber de los padres con los hijos consiste en gobernarlos, evitando tanto una severidad exasperante como una indulgencia excesiva. Dios da los hijos a los padres como una materia plástica que puede ser moldeada para el bien o para el mal. Si Dios coloca un valioso diamante en manos de una pareja de padres y les dice que inscriban en él una frase que haya de ser leída el día del Juicio, para que indique cuáles fueron sus pensamientos e ideales, ¿qué pasará después? ¡Cuánta cautela han de tener esos seres en la elección de la sentencia! Y, sin embargo, por el ejemplo que los padres den a sus hijos serán juzgados el día del Juicio Final. Esta tremenda responsabilidad no significa que los padres, cuando sus hijos yerren, deban provocar su ira, porque la ira conduce al desaliento. Los padres desempeñan en el hogar el lugar de Dios. Si obran como tiranos, desenvolverán inconscientemente sentimientos antirreligiosos en sus vástagos. A los hijos les gusta verse aprobados y pueden fácilmente precipitarse en la desesperación cuando son reprendidos en exceso por faltas triviales. Mal se inculca a los hijos el amor y la clemencia de Dios si los representantes del Señor en la casa actúan sin esas virtudes y resulta muy difícil complacerles. Cuando se estiman en poco las buenas intenciones y se pone sobre los niños el estigma del deshonor, es verosímil que ellos procuren probar que no son mejores que lo que sus padres piensan.

Los niños entraron por derecho propio en la cristiandad cuando el Divino Ser que la fundó dijo: «Dejad que los niños se acerquen a Mí y no se lo prohibáis porque para quienes son como ellos está reservado el Reino de los Cielos». Consagró la niñez convirtiéndose en niño, jugando en las verdes laderas de Nazareth, y mirando a las águilas moverse entre las crías. Desde aquel día se hizo verdad eterna la frase: «Enseñad a los niños el camino que deben seguir, y cuando crezcan no se apartarán de Él». Si la rama se inclina, se inclina el árbol. Es interesante, cuando se ve un niño, calcular, según su conducta, la clase de hogar de que procede. Así como puede juzgarse la vitalidad de un árbol por el fruto que produce, también puede decirse cuál es el carácter de los padres por el comportamiento de sus hijos. Se sabe que de ciertos hogares no saldrá nunca un hijo pródigo, mientras una mirada a un padre o una madre revelará un futuro lleno de peligros para el niño.

La tendencia presente es descargar la responsabilidad en la escuela. Pero recuérdese que la educación no influye más en el niño que el aire, el sol y el ambiente. Una semilla crecerá mejor en un suelo y clima que en otro, mas la clase de árbol que crezca depende de la clase de simiente plantada. Cabe también preguntarse si la educación afecta sólo a la mente o también a la voluntad. El conocimiento es de la mente; el carácter pertenece a la voluntad. Introducir conocimiento en la mente de un niño sin disciplinar su voluntad para el bien, es como ponerle un fusil en las manos. Sin educarle la mente, un niño será un diablillo estúpido. Educándosela, pero sin amor al bien, un niño se convertirá en un demonio inteligente.

La juventud de hoy es la nación de mañana. Los niños garantizan el progreso; son las flechas de repuesto apuntadas a un porvenir mejor; son también las alas de la aspiración. Incluso en la guerra la fuerza de una nación no está en sus bombas, sino en los hombres que la defienden. En la paz no nos salvan la economía ni la política, sino los buenos economistas y los buenos políticos, quienes, para serlo, han tenido que empezar por ser buenos hijos. Para ello se necesita, en primer término, la gracia de Dios; en segundo, lecciones de amor y de paz recibidas en el hogar; en tercero, lecciones de sabiduría y dominio de uno mismo obtenidas en las escuelas. Incluso si los hijos empiezan fracasando, no hemos de desalentar a sus padres. Recuérdese que hace quince siglos, cuando el corazón de una madre estaba desgarrado por las disipaciones de su hijo, San Ambrosio le dijo: «No temas, Mónica, que un muchacho que ha costado tantas lágrimas no puede perecer». Aquel joven vano y libertino llegó a ser el grande y

cultísimo San Agustín, cuyas *Confesiones* todos debemos leer antes de morir.

JUVENTUD

27

SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS

Recientemente, una mujer, en una asamblea, preguntó a un importante político: «¿Por qué nuestros dirigentes no hablan nunca de sangre, sudor, lágrimas y sacrificio, sino sólo de lo mucho que piensan dar a los campesinos, gentes de taller y sindicatos, si son elegidos?» El político respondió citando a otro, pero no pareció comprender el profundo significado de la pregunta de la mujer. De hecho ella representaba una vasta fracción del pueblo americano, que conoce bastante historia y psicología para saber que ninguna nación, individualmente, consigue nunca nada que valga la pena si no es con abnegación y sacrificio.

Toynbee señala que entre diecinueve civilizaciones que se hundieron en la decadencia desde el principio de la Historia hasta el presente, dieciséis se corrompieron desde dentro y sólo tres cayeron por ataques exteriores. Muy a menudo un asalto desde fuera solidifica una nación y refuerza sus fibras morales. Lincoln dijo una vez que no temía que América fuera vencida por extranjeros, pero que podía derrumbarse por dentro. Lenin opinaba que América se desplomaría a fuerza de gastar, eventualidad que no parece tan distante cuando se piensa que tenemos una deuda nacional no menor de trescientos mil millones de dólares.

Walter Whitman hablaba de nuestra edad tanto como de la suya cuando escribía: «La sociedad de estos días es cruda, supersticiosa, podrida y roída como por el cáncer... Las creencias auténticas parecen habernos abandonado... En las grandes ciudades pululan picaros y ladrones, respetables o no... En la vida elegante prospera la frivolidad, los amores tibios, las infidelidades débiles, los pequeños objetivos, o la falta de objetivos y el deseo único de matar el tiempo... Es como si estuviésemos dotados de un vasto y bien formado cuerpo que no tiene alma, o tiene muy poca».

El disgusto de Whitman estaba en la mente de la mujer referida, a quien también conturbaban nuestra indiferencia, tibieza y apatía moral. Si algo parece claro en nuestra vida nacional es que la llamada educación

progresista resulta extremadamente retrasada. La delincuencia juvenil, el crimen, el engaño, los escándalos políticos, son como hijos ilegítimos abandonados a la puerta de una teoría educativa que niega la distinción entre el bien y el mal y presume que el autodominio es idéntico a la destrucción de la personalidad. Todo instinto o impulso de un niño o un adulto no produce, necesariamente, buenos resultados si se abandona a sí mismo. El hombre tiene un instinto cazador bueno si se dirige contra el venado en la estación oportuna, pero malo si va contra la policía en cualquier estación que sea. La falta de respeto a la autoridad —consecuencia de la estúpida aserción de que todo individuo puede ser juez de lo justo o lo injusto— se ha tomado ahora en una epidemia de ilegalidad.

Algún día nuestros pedagogos reconocerán varios hechos básicos acerca de la juventud: 1) La juventud tiene intelecto y voluntad. El intelecto es la fuente del conocimiento; la voluntad, el manantial de sus decisiones. Si sus elecciones son erróneas, el joven obrará mal por mucho que sepa. 2) La educación mediante la comunicación del conocimiento no hace necesariamente bueno a un hombre, y hasta es concebible que haga demonios instruidos en vez de diablos imbéciles. 3) La educación acierta cuando acostumbra la mente a ver los objetivos acertados y disciplina la voluntad para que los elija con preferencia a los equivocados.

En la actualidad se manifiestan dos corrientes en la manera americana de vivir: una tiende a un gran desarrollo del carácter moral en los individuos y en la nación; la otra preconiza la entrega de la moral y responsabilidad a un Estado socialista en que no haya más moral que la del Estado, ni otra conciencia que la estatal. La primera corriente es, con mucho, la más fuerte, aunque no lo hayan visto así la política ni la economía. Algunos educadores van apartándose de la psicología que tiende a mimar al niño demasiado y que llamaba progresivo al niño que hacía lo que se le antojaba. Se va volviendo al principio de hacer trabajar y pensar un poco más al joven, para apartarle de la delincuencia juvenil y de toda blandura moral.

La juventud, particularmente, anhela algo firme, y ya no cree en quienes dicen que el bien o el mal dependen de nuestro punto de vista y lo mismo da creer una cosa que otra. Ahora desean convencerse de que hay algo tan malo que debemos luchar contra ello, y algo tan bueno que debemos, en caso necesario, acerarnos y disciplinarnos, e incluso morir, por defenderlo. Ésta latente voluntad de verter sangre, sudor y lágrimas vibra hoy en la juventud americana, y en la próxima generación será

aprovechada por una de las fuerzas antagónicas, es decir, por algún político insano que quiera convertir el sacrificio en algo como el nazismo, el fascismo o el comunismo, o bien por los dirigentes políticos, pedagógicos y morales que empiecen por mostrar autodisciplina y valor moral en sus vidas, dando de ese modo ejemplo a los otros.

La mayor responsabilidad recae en los dirigentes religiosos, cuyo mensaje debe responder a lo que la mujer citada antes deseaba de los políticos. Urge el clarín que anuncie la hora de restringir las malas influencias y poner en pie de lucha el altruismo y el amor de Dios.

28

LOS ADOLESCENTES

La adolescencia es como el umbral que separa la primavera del verano de la vida. Antes de la adolescencia existe muy poca individualidad o personalidad, mas en cuanto la mocedad comienza, la vida emotiva adquiere el carácter de lo que la rodea, como el agua se adapta a la forma de la vasija que la contiene. El adolescente principia a tener conciencia de sí mismo y de los otros y a vivir moralmente en plena soledad. Los muy jóvenes se hallan harto más aislados de lo que sus padres o profesores saben, e incluso sufren más que en toda su vida hasta que alcanzan la madurez, cuando la sensación de haber cometido culpas innecesarias alcanza el alma humana.

Cuando el adolescente proyecta su personalidad hacia el mundo que le rodea, parécele alejarse más todavía de él. Entre ese mundo y su alma cree encontrar una muralla. Nunca llega a un autoanálisis completo. Así como a un niño le cuesta mucho tiempo coordinar el uso de sus ojos y sus manos, análogamente cuesta mucho al adolescente amoldarse a la realidad de este vasto mundo con el que se siente tan fuertemente vinculado. Aún no puede dominarlo, porque la novedad, las experiencias emotivas y muchos grandes sueños y esperanzas llenan su alma, pidiendo atención y satisfacción.

El adolescente no confía sus problemas a nadie, y se limita a vivir. Difícilmente penetrará el adulto la espesa capa moral en que se envuelve la adolescencia. Como Adán tras su caída, procura esquivar sus descubrimientos.

A la par que esa soledad, existe en él un gran deseo de hacerse notorio. El egotismo es un vicio que ha de dominarse en la juventud. Esa ansia de notoriedad explica la impertinencia de algunos adolescentes. Ello atrae la atención de los demás y todo lo justifica un instinto de rebelión contra el prójimo que ayuda a la afirmación de que el mozo vive independiente, a su modo y como le place.

Aparte de esa impenetrabilidad, el adolescente suele adquirir una capacidad imitativa pareja a la de los japoneses. Rebelde contra lo establecido, y gobernado en gran parte por impresiones fluctuantes, acaba por convertirse en una especie de camaleón, que toma los colores del ambiente y los objetos que le rodean. Se siente héroe o bandido, santo o ladrón, y depende de su medio, de sus compañeros y de sus lecturas. Hasta en el modo de vestir se revela su espíritu de imitación. Puede llevar gabardinas sueltas, camisas por encima de los pantalones, como banderas al viento, o cabello cortado al estilo de los salvajes de Oceanía. Todo eso es universal entre los jóvenes que quieren vivir actuando «a contrapelo».

Pocos jefes naturales hay entre los adolescentes, que en su mayoría se contentan con seguir a otros. En su inconsciente mimetismo hay un peligro moral, ya que el carácter humano depende de una facultad importante: la de saber pronunciar un «no» en su momento oportuno. Si la educación no cultiva la voluntad de los adolescentes, muchos, cuando se tornen adultos, serán esclavos de la opinión pública y de la propaganda durante todo el resto de su vida. En vez de crear, imitarán. El hecho de crear equivale a reconocer espíritu en las cosas, mientras imitar es hundir el espíritu en el más bajo nivel de las masas.

Los hombres de edad no deben excederse en sus críticas de los adolescentes, y menos cuando se rebelan contra ellos. Desde cierto punto de vista, el adolescente no se rebela contra las restricciones que le ponen, sino contra el hecho de que los adultos no les ofrezcan un propósito definido y un objetivo en la vida. La protesta de los adolescentes no suele ser consciente. No saben por qué odian a sus padres, ni por qué se levantan contra la autoridad, ni por qué los compañeros de su edad cometen cada vez más actos delictivos. La razón real de todo ello yace bajo la superficie y consiste en una protesta inconsciente contra una sociedad que no les ofrece un adecuado módulo de vida. Las escuelas a que asisten no les enseñan la necesidad de restringirse, disciplinarse o autodominarse. Muchos maestros definen la libertad, e incluso la democracia, como el derecho a que cada uno haga lo que le place.

Pasada esa fase momentánea de rebelión, los adolescentes buscan una gran causa a la que servir con dedicación entera. Necesitan un ideal. En muchos casos que se dan hoy, les basta poner su fervor, sus emociones y su vida en un héroe de película, un jefe de bandoleros o un estafador. Este signo de decadencia de la civilización pasará cuando llegue la catástrofe que nos amenaza. Los jóvenes procurarán imitar a un tipo muy

diferente, que será el de los héroes o los santos. Un triste comentario a nuestra civilización lo ofrece el hecho de que nuestros adolescentes no suelen admirar a los héroes de guerra. Eso se debe a que todavía no están preparados para compartir un ideal sólido. Ya llegará el momento. Y entonces la educación ha de ser muy cuidadosa y tendrá que reaccionar contra cierta tendencia pedagógica a lo «progresivo» y cierta falta de disciplina que ayuda a seguir a los dioses falsos. Así las juventudes de Europa se postran ante el nazismo, el fascismo o el comunismo. La capacidad de llegar a ser bravos y heroicos, latente en todo joven a punto de madurar, pronto llegará a su momento oportuno, y si ello ocurre, con la bendición de Dios en héroes y santos centrarán su afección los adolescentes. Si los hombres de edad han perdido el ideal ascético, Dios enviará otras generaciones que den al mundo un impulso nuevo. Nuestros adolescentes encontrarán un día su ideal adecuado en el amor a Dios y a la patria, y sobre todo en el primero, porque es función de la religión posibilitar los sacrificios humanos que, a juicio de la razón o del egoísmo, debieran ser irrealizables.

29

MÁS COMENTARIOS SOBRE LOS ADOLESCENTES

Ya dijimos que la adolescencia es el tiempo que media entre la primavera y el verano de la vida. En los árboles y plantas, es marzo el mes que termina el fruto que debe obtenerse, y en los hombres es la adolescencia la que decide la madurez. Algunos" jóvenes, como ciertos frutos, maduran demasiado pronto y otros no maduran jamás. En cambio, no faltan los que valen para servir los anhelos de las generaciones anteriores.

La psicología de los adolescentes es tan importante como interesante. Sus tres dominantes características son: interioridad, imitación e inquietud.

Interioridad.— A veces esto no se encuentra porque el joven siente la conciencia de su soledad, que dimana de comprender que hay cierta barrera entre él y el mundo. Los muchachos, a veces, tratan de salvar ese obstáculo con procedimientos como empezar a afeitarse cuando aún no tienen barba, queriendo saltar así de la adolescencia a la edad adulta. Las muchachas pretenden salvar la distancia mediante afectaciones que pueden manifestarse en su forma de vestir o en cosas análogas. Los gestos, ademanes y actitudes son torpes, desmañados y poco graciosos. Los brazos parecen demasiado largos y nunca se sabe dónde ponerlos. Las palabras que se cambian con los adultos, apenas sirven para establecer contacto con el mundo exterior. En el interior hay más imágenes que ideas, y a esto se debe en parte la incapacidad de comunicarse adecuadamente con los demás. En ocasiones esa misma ineptitud acrece la fuerza interior y permite a los jóvenes recogerse en sí mismos. Las acciones externas no siempre acrecen el mundo interior, por lo que el adolescente ha de recurrir a su ambiente propio de imágenes íntimas, donde halla un mundo de internas aventuras que le hacen mirarse como héroe en un campo de fútbol, o como —si es muchacha— la esposa de un príncipe. La popularidad del cinema se debe a que estimula tales sueños y fantasías. En general, puede decirse que el adolescente, cuando busca las reacciones internas, no las encuentra o las interpreta mal.

Imitación.— Hay una profunda razón filosófica para justificar el espíritu de la imitación. El *ego* necesita imperativamente salir de sí mismo, como la mariposa de su crisálida, mientras el ánimo siente la precisión de afirmar su personalidad. La imitación sustituye a la personalidad, originalidad que obligaría a los jóvenes a esforzarse, pensar, trabajar, perseverar y hasta arrostrar el desdén ajeno. En cambio, la imitación permite la exteriorización necesaria y da a todos una apariencia de conformismo social. La juventud, hoy encerrada en sí misma, necesita salir de su aislamiento. Difícil es sentir el ser propio, y en la adolescencia no se sabe ni cómo es uno mismo. Por eso se adora a los héroes y se diviniza al club, y se experimenta fanatismo por los que manejan instrumentos de percusión, y se idolatra a los astros cinematográficos.

Son muy pocos los que en las escuelas de segunda enseñanza superan el nivel marcado por unos pocos. La mayoría creativa es muy reducida entre los adultos, y no van a ser los jóvenes quienes los sustituyan. Es peligroso imitar a los bajos, pero puede ennoblecer imitar a los buenos, nobles y patriotas. La juventud imita porque desea crear, y la creación indica la finalidad constructiva que puede residir en lo interior.

Inquietud.— La mejor descripción de la inquietud puede hallarse en lo que llamamos «afecto reprensivo». La juventud es muy variable, dada la multitud de impresiones que entonces llenan el alma. La vida es múltiple y sin gran armonía, por la disparidad de tentaciones que el mundo exterior nos brinda. Por tal razón ciertos jóvenes aman esa música brutal que exige un derrame exterior de energía física no racionalizada por el pensamiento. Esa agitación dificulta a los jóvenes, haciendo que no fijen su atención en nada. La perseverancia en el estudio es difícil y los impulsos del momento obligan a escuchar voces más altas. Si la actividad no encuentra un objeto, puede degenerar en delincuencia. También, como lo demás, puede salvar al joven que, en general, recorre el círculo de la vida humana para ver qué segmento le conviene, examinando el número de las profesiones, inclinaciones y actividades hasta elegir una. Entonces reposan, una vez enfocada, canalizada y racionalizada la energía; comienza la vida del trabajo; y el adolescente empieza a ser lo que Dios quiso hacerle: un hombre que, al amar la virtud, sabe amar a la mujer, al amigo y a la patria.

30

LOS AMORES JUVENILES

Todo joven está lleno de inquietud y de incertidumbre latente, a causa de que la vida no le ha hecho llegar aún a la unidad. Lo inmediato y presente le solicita con tal fuerza, que casi no le permite pensar en un objetivo superior. Para obviar su desazón moral, el joven, a menudo, imagina la existencia de lo que los psicólogos llaman «un yo superpuesto», que le permite completarse y aspirar a la unidad de su ser. Sobrepasemos, pues, a ese nuestro otro yo, que realiza lo que quisiéramos ser y tememos no llegar a lograr ser nunca. Es algo como si la bellota se creyera encina, flor el capullo y techumbre el cimiento. Se busca, en tal caso, llenar todas nuestras aspiraciones y poner en práctica nuestros sueños. «Los jóvenes sueñan y los viejos ven visiones.» El mozo mira el porvenir; el anciano, el pasado. El joven se siente el arroyo que se unirá alegremente al mar; el viejo es como el mar cuando recuerda que fue arroyo.

Por eso con los amores juveniles hay la tendencia de admirar a quienes completan la imperfección propia. Fundamentalmente, sólo el amor de Dios puede satisfacer las aspiraciones del corazón. Quien se cree enteramente satisfecho, quien no alcanza una perfección que pertenece a todos los momentos, es incapaz de sentir el amor. Todo joven se enamora de la imagen de lo posible que debe llenar de hecho sus vacíos y satisfacer sus anhelos. Gustavo Thibou ha dicho: «Toda mujer promete lo que sólo Dios puede dar». Con esto indicaba que el amor que busca el corazón es el amor del infinito. La mujer parece dar esto al hombre, pero en rigor el hombre no ama lo amable, sino el amor en sí, que es cosa divina. No es infrecuente hallar en la literatura mujeres descritas como el amor perfecto y posible. Tal la Beatriz de Dante. Realmente, nadie sabe si Beatriz existió. Pero su influencia fue inmensa, pues quedó como un ideal irrealizable. Todos llevamos en nuestro interior una imagen del ideal. Algún día vemos lo que creemos que lo encama y hablamos del «amor a primera vista». Eso, concebiblemente, es lo que, sin haber sido divisado antes, amaremos toda la vida, porque de antemano lo amábamos. Nuestro ideal, o la parte superior de nuestro ser, puede ponernos en condiciones de hallar el ideal

con facilidad, por una razón idéntica a la que hace a un hombre amigo de desafíos buscar la compañía de los que opinan igual. La juventud busca el amor de la persona que complete su círculo interior y llene un deseo que, siendo fundamentalmente de Dios, puede sustituirse con otro ser. Todos aman el conjunto más que la parte. Todos, pues, aman a Dios más que a la criatura, reflejo divino, de quien se enamoran. En la mayoría de los casos, no obstante, ese amor es más inconsciente que consciente.

El gran misterio de la vida no consiste en que deseemos ser amados, sino en que lo seamos. Buscamos el amor porque somos imperfectos, aunque resulte difícil comprender cómo la imperfección puede ser amada. Por eso todos los amantes se consideran indignos del objeto de su amor. El ser amado se halla en un pedestal y el enamorado, puesto de rodillas, confiesa que es indigno de él. El amor suele ser considerado como un don inmerecido. Si se abandona ese amor o se es infiel a él, lesionamos nuestra propia personalidad, al destruir la imagen que ocupa el primer lugar dentro de nosotros. La destrucción de la imagen de lo posible nos condena a un dolor de corazón que recuerda las crueles frases de Ovidio: «No puedo vivir contigo ni separado de ti».

Nuestro ser superior, o ideal, o imagen de lo posible, se manifiesta de diversos modos en el joven y en la muchacha. El primero halla mil razones para justificar por qué determinada mujer encarna su ideal. Así lo racionaliza, probando, ante sí y ante los otros, que su ideal ha logrado corporeidad. En cambio, la mujer atrae mostrándose esquiva y fingiendo huir al ofrecerse, para convertirse en más ideal ante el que la busca. Pero en ninguno de los casos se encuentra el ideal verdadero y absoluto, sólo alcanzable en Dios. Entrada la vida, el joven descubre que «el amor que sentimos no es el verdadero amor» y que hay que buscar el infinito «con desapasionada pasión y fiera serenidad».

Fin del hombre

31

EL VALOR PRINCIPAL

Cuando se va a emprender un viaje, se empieza por elegir el destino que llevaremos. Una vez resueltos, decidiremos los medios de transporte, que consistirán en ir en automóvil o a pie, en tren o en avión. Lo mismo que el viajero hará el hombre discreto cuando planea la ruta de su vida. Ha de buscar un objetivo elegido razonablemente antes de decidir cómo ha de pasar sus días y gastar sus energías.

Quien dirige su fin a salvar su alma, tiene a Dios y la eternidad por objetivo. Y esa debiera ser la conducta normal de los hombres. Pero hay quienes, como Macbeth, consideran la vida igual a «una fábula recitada por un idiota, llena de clamor y furia y sin significado alguno». Sólo se alcanza tan desesperada convicción cuando los crímenes que hemos cometido, y de los cuales no nos arrepentimos, nos hacen desesperar de la otra vida. El ateísmo es la plena convicción a que llegan los que creen que nada, ni siquiera un Dios clemente, está sobre ellos. Nadie niega la inmortalidad si no piensa que los desarreglos de su vida le dan motivo para temerla. El cínico no amolda su conducta a sus creencias. Empieza por pecar y luego adopta un lema que parezca legitimar sus pecados. Vive por encima de todo, y luego escoge creencias que exteriormente justifiquen sus actos. El razonamiento sigue a la conducta y no la precede.

Muchos ateos y agnósticos intentan dar propósito y significado a la vida eligiendo como único objetivo un solo valor principal. Escogido lo buscado, sólo piensan en conseguirlo. Así convierten su existencia en una mera búsqueda del placer los inclinados a ejecutar su voluntad en todo. Los soberbios pretenden que los demás los reconozcan como dioses o diosas. El hombre puede hallar fácilmente un objetivo que le parezca esencial; y su pérdida le sumirá en la mayor de las tristezas, mientras el realizarlo parece que debiera procurarle la felicidad suma.

Hoy día mucha gente tiene por principal objetivo la consecución de la riqueza. Se trata de una finalidad inferior, puesto que reduce la dignidad del hombre al hacerle servir a cosas que valen menos que él, ya que los

bienes materiales son inferiores a la personalidad humana. Otros buscan honores, publicidad, fama. Estos objetivos deben juzgarse también indignos y nada satisfactorios. Quien, al ir a tomar una ducha, observa que es inútil llevar al baño los recortes de Prensa en que se habla de él, comprende que su celebridad no se eleva sobre los demás hombres. Buscar «un objetivo» en la vida, como dice mucha gente, equivale a buscar un derrumbamiento nervioso y a quedar esclavo del capricho de cualquier garabateador de cuartillas.

Toda verdadera finalidad debe tener en cuenta la naturaleza del hombre, lo que procede que haga y lo que desea ejecutar. La facultad principal que separa al hombre de los animales es el intelecto (que tiende por naturaleza a la busca de la verdad) y la voluntad (que anhela abarcar todos los bienes). Pero sabemos que la verdad perfecta y el perfecto bien sólo pueden encontrarse en Dios, sin que el cumplimento completo de los fines de nuestras naturalezas se realicen jamás sino en Él. La felicidad que se deriva de buscar el conocimiento de Dios como meta y objetivo, es cosa no sometida a los accidentes de la vida terrena, pues es algo que dimana del alma misma. El hombre que se resuelve a encontrar a Dios, halla una paz que el mundo nunca podrá darle y menos destruir.

Una vez elegido Dios como valor esencial, habremos dado con una vara métrica que nos permitirá calibrar cualquier clase de acciones y determinar cuáles son buenas y cuáles malas. El hombre obra bien mientras trata de encaminarse a Dios y mal cuando se aparta de Él. El viaje hacia Dios en el curso de esta vida es una preparación para llegar a la luz de su gloria y al disfrute de Él en la eternidad. Obtener esto (es decir, el duradero éxtasis que debe acompañar a tal goce) constituye un objetivo adecuado para todo nacido. Mientras nos dirigimos hacia ello, obramos bien, ya que procuramos cumplir el propósito para el que fuimos creados. Un lápiz es bueno si escribe bien, un caballo será bueno si corre con celeridad y un hombre es bueno si sirve al propósito de conocer y amar a Dios como preparación para la eternidad.

Sólo una vida orientada hacia Dios nos da medios idóneos para comprender la dignidad de tal acción. El materialista puede pensar que será feliz tomando por finalidad de su vida la persecución del placer, pero no acertará, porque los placeres que se encuentran en uno mismo pierden intensidad con su obtención y repetición. El hombre orgulloso imagina que el poder y el prestigio saciarán su corazón ávido de lo que cree la dicha, mas no sucede así, puesto que objetivos como los aludidos hacen a los

hombres traidores y crueles y los sumen en la soberbia y en un despectivo aislamiento de sus semejantes. Pronto esa vida pierde encanto y valor para los que no hallan otro fin que regule los días de su existencia fuera de la concentración en sí mismos.

Desde el instante en que sólo consideramos a Dios como nuestro único objetivo, todo queda ordenado por la ley del amor. La pasión dominante consiste en conservar una intensa relación de amor con Dios y, como consecuencia, con la familia, amigos, asociados y aun enemigos, siempre cual secuela del amor de Dios. El mundo deja entonces de estar poblado de hombres y cosas sobre las que proyectamos nuestra voluntad egoísta, para parecer lleno de criaturas valiosas y placenteras, puesto que cada una puede ayudarnos en el viaje hacia el objetivo final, que es nuestro Dios.

32

PODER Y RIQUEZA

En épocas pasadas, los hombres hablaban menos de «vivir su vida» y más de salvar su alma. No se preocupaban tanto como nosotros de asuntos económicos y políticos, y tomaban mucho más interés por las cosas religiosas y morales. Ahora, desde que la atracción del Cielo se ha debilitado para muchos hombres, su apego a la tierra se ha intensificado, como era de prever. Al intento de hallar a Dios ha sucedido el de buscar riqueza y poder. El ídolo de nuestra época no es el santo, sino el hombre que «triunfa».

La mente moderna se enfrenta con dos actitudes extremas cuando estudia el rasero por el que debe medir la cuestión del éxito que cabe conseguir en el mundo. ¿Merece eso adoración como si fuese la cosa más importante de la existencia? Por el contrario, ¿hemos de considerarlo como lo más vicioso del mundo? Los hombres ambiciosos de nuestro tiempo asumen la primera de esas extremas actitudes. La segunda corresponde a dos clases de revolucionarios: los anarquistas, que condenan todo poder, y los comunistas, que condenan toda riqueza.

Sólo podemos aplicar una medida, a nuestro criterio, sobre esas opiniones, y es la vida de Nuestro Señor. Los incidentes marcados en los Evangelios muestran que el poder y la riqueza constituyen ambiciones e ideales legítimos, pero con ciertas garantías que suele ignorar el mundo moderno. Esas garantías se nos revelan en la vida recóndita que el Señor llevó en Nazareth, y son dos; nadie tiene derecho a mandar hasta que aprenda a obedecer como Cristo obedeció a sus padres. Nadie puede poseer riquezas hasta que aprenda a no darles importancia, como hacía Nuestro Señor, que empezó eligiendo la profesión de pobre carpintero de aldea.

Fue, pues, un poder que voluntariamente se debilita, un señor que se trueca en sirviente, un maestro que acepta ser discípulo. Sometiéndose a su padre preludiaba todos los milagros de su autoridad, como debería ocurrir entre nosotros. Todos los poderes políticos, sociales, industriales y

económicos deben someterse al poder que los gobierna y regularse según los designios de Dios antes de reclamar su derecho a sobrevivir. El poder no ha de ser refrenado desde abajo, mediante el reto anarquista o el golpe revolucionario, sino que ha de ser limitado desde arriba. A los poderes terrenales se les puede pedir que obedezcan al Poder superior a ellos. Sólo podrán pedir obediencia a su autoridad cuando obedezcan los deseos de su autor, y reverencia cuando ellos veneren a Dios.

Acontece lo mismo con la riqueza: Nuestro Señor no nos autoriza a tenerla hasta que la perdamos el apego. Los años de Nazareth no tienden a glorificar la pobreza ante nuestros ojos, ni a enseñarnos una fatalista resignación a nuestras condiciones sórdidas de vida, ni a predicar el aguante estoico de las durezas y el hambre por sí mismas. Nuestro Señor era pobre. Trabajaba de firme para resolver las exigencias de su vida. Era obrero necesitado, mas a la vez un Dios rico, poseedor del universo, un Dios poderoso que se había despojado de su poder. Y poder y riqueza no son malos en sí, porque pertenecen a Dios.

Por esto los comunistas, detractores de los ricos, no encuentran apoyo en el Cristianismo. Nadie puede condenar a los ricos, como lo hizo Nuestro Señor, hasta que se demuestre libre de la pasión de la riqueza. La pobreza de Nazareth no condenaba la riqueza ni glorificaba la pobreza, sino que constituía una ilustración de la bella doctrina del desapego a las cosas terrenales. Los seguidores de Cristo supieron desprenderse de sus posesiones a mayor gloria de Dios, aunque lo que tuvieran se limitara a unas pocas barcas y redes de pesca y al don, mucho mayor, de su libre voluntad.

Nuestro Señor nunca indujo a los pobres a que aceptaran la pobreza como un bien, ni la miseria como una cosa que debiera buscarse por sí misma. No glorificaba al pobre ni al rico. Sí alabó una vez al pobre que, habiendo sido rico, se empobreció voluntariamente y, abandonándolo todo, vino a poseerlo todo y, no necesitando nada, gozaba de todas las cosas. Nuestro Señor no aprueba el dar la riqueza por nada, sino a cambio de las mayores riquezas del cielo. No dice: «Bienaventurados los pobres» ni «Bienaventurados los ricos». En cambio, dijo: «Bienaventurados los pobres en espíritu».

La vida recóndita de Nazareth no predica un mero altruismo acerca de la «belleza de la pobreza» o de la «santidad de la debilidad». Estas cosas no son siquiera virtudes cristianas. La lección de Nazareth encierra una paradoja mucho más rica, pues nos enseña la riqueza de quienes, a

través de su desapego por los bienes terrenales, se tornan pobres de espíritu, y el poder de quienes se hacen débiles para servir a los demás. Nuestro Bendito Señor fue el único ser en la tierra a quien todos, ricos y pobres, amos y criados, poderosos y débiles, pueden reclamar como propio y decir verdaderamente de Él: «Salió de nuestras filas y es de los nuestros».

33

DIOS SE DEFIENDE A SÍ MISMO

Si nuestras voluntades están al lado de Dios, no desalentaremos nunca. El bando que hemos elegido siempre saldrá victorioso, porque Dios se defiende a sí mismo y el mal a sí mismo se derrota. La realidad de las cosas está siempre al lado de Dios.

El mal es necesariamente inestable, porque va contra la naturaleza de las cosas tal como están hechas. Todas las leyes de nuestra naturaleza humana tienden a la santidad y a la salud. Si atendemos a nuestro cuerpo adecuadamente, según las leyes de la salud, estaremos sanos; si las quebrantamos, nuestra rebelión nos traerá la enfermedad. Y somos pocos los que cumplimos esas reglas, salvo si el infringirlas nos ocasiona una penalidad, como recuerdo.

En este campo y en otros podemos faltar a las leyes que Dios nos ha dado, pero eludiremos el castigo que el hacerlo comporta. Tirarse por una ventana no destruye la ley de gravitación, mas puede destruir nuestras vidas. La naturaleza está de parte de Dios. No atenderá nuestros deseos, pero no desobedecerá a Dios. Esto es tan cierto en la esfera física como en la moral.

Si los hombres pecan, no necesita Dios intervenir para castigarlos. Nuestras naturalezas son tales que no podemos oponemos a Él sin entrar en oposición con nosotros mismos. Si faltamos a la templanza, sigue un dolor de cabeza, que no nos envía Dios por decreto especial, pero Él lo ha organizado todo de manera que a un mal sigan malos efectos. El poeta Francis Thompson describe cómo hasta las cosas se vuelven contra nosotros si no las usamos para los propósitos de Dios. Incluso las ha llamado «objetos sirvientes del Señor».

Tenté a sus Servidores y hallé sólo
de mi falta la prueba en su constancia.
Fieles a Él, leales me engañaron
y me humillaron con traidora fe.

Cuando al negar Pedro al Señor cantó el gallo, el apóstol sintió gran pena. Hasta las aves del corral se volvían contra Pedro, porque la naturaleza pertenece a Dios.

Al rechazarse la ley moral padecemos no porque nos propongamos hacer mal, sino porque desafiábamos a una fuerza superior a ellos: la realidad de las cosas. Al pecar producimos efectos que no buscábamos, lo que nunca ocurre como resultado de nuestras buenas acciones. Si uso un lápiz para escribir, no lo deterioro, pero si lo uso como abrelatas lo partiré en dos. Usando el lápiz con fines contrarios a sus propósitos, lo destruyo.

Si desenvuelvo mi vida de acuerdo con sus propósitos superiores y busco la Verdad y el Amor, perfeccionaré mi existencia. Si vivo según mis impulsos animales, fracasaré lo mismo que si uso una navaja barbera para afeitar un pedrusco.

El mal mutila siempre la personalidad. Quien vive como se debe vivir, llega a ser hombre; quien hace lo que su capricho le dicta, se convierte en una bestia, y en una bestia desgraciada. Ese resultado no obedece al plan previsto, pero es inevitable. El hombre que bebe en exceso no se propone arruinar su salud, pero lo consigue. El que come demasiado, no piensa en la indigestión, mas la encuentra. El hombre que roba no tiende a buscar la prisión, pero en ella para.

El viajero que no sigue los signos indicadores, acaso halle su objetivo... pero al final se encontrará al extremo de un camino equivocado. El desorden es un severo maestro. Hay un refrán español que dice: «Al que al cielo escupe, en la cara le cae». El mal triunfa a veces, pero por poco tiempo. Puede ganar la primera batalla mas pierde el botín y la recompensa.

César construyó caminos para llevar por el mundo las águilas romanas en plena victoria militar, pero lo que llevaron Pedro y Pablo fueron los Evangelios. Así al final de este siglo se verá a los hombres de ciencia extraer las sacras y divinas verdades del cubo de la basura al que las habían arrojado los siglos XVIII y XIX.

Porque el bien se defiende a sí mismo y el mal a sí mismo se derrota.

Paz interior

34

CONSEGUIR LAS COSAS A TODA COSTA

Tras todo intento de «conseguir las cosas a toda costa» existe la interior convicción de que ello no se logrará. Si unos libros de contabilidad falseados son revisados una sola vez, puede estarse razonablemente seguro de que no se descubrirá el fraude, pero una segunda revisión a cargo de un perito puede inclinar menos a cometer la falsedad. Nada conduce tanto al mal como la creencia de que este mundo lo es todo y que en el otro no se nos juzgará por cómo hayamos vivido y pensado. Porque si todo se reduce a la tierra, nada impide que intentemos alcanzar en ella, a cualquier precio, cuanto podamos.

Muy contraria a esta filosofía es la de Nuestro Señor cuando dice: «Todo lo encubierto será revelado; todo lo escondido se conocerá». (Lucas, XII, 2.) Toda oscuridad tiende a la luz, donde podrán juzgarse mejor las cosas. Toda semilla hundida en tierra tiende a salir a la superficie; las arboledas más espesas procuran absorber más cantidad de luz, y las conchas hundidas en el mar buscan el acercarse a la costa. Así las vidas de los hombres, por ocultos que estén sus crímenes, aparecerán algún día a la luz del Juicio Final, donde cada uno será juzgado según sus obras.

La psicología moderna se funda en el supuesto de que incluso en este mundo llega a conocerse todo, porque en la mente del hombre, en su corazón y en su subconsciente, quedan huellas de unos odios secretos, sus culpas más recónditas o sus infracciones de la moral. Es algo parecido a aquello de la antigua fábula que nos habla del muchacho que escondía bajo la blusa un zorro que había robado. Mientras negaba su culpa, el zorro le devoraba las entrañas. Miles de pacientes tendidos en los divanes de los psicoanalistas, podrán negar sus crímenes e inmoralidades, pero un verdadero psicólogo leerá las que le roen el ánimo. Nada hay tan escondido que no pueda ser revelado.

Todo corazón encierra pasiones y deseos, esperanzas y temores, odios y anhelos, inclinaciones culpables y malvadas. Algún día pueden hacerlas confesar, o al menos localizar sus huellas mentales. Si el hombre

sabe que lo escondido en él puede ser conocido no sólo de Dios sino de sus semejantes, acaso intente pensar mejor, de ese modo, lo que constituía un débito puede tomarse en crédito. Para alma tal sería locura empeñarse en conseguir las cosas «a toda costa».

Cualquiera puede negar la moral, pero no escapar a los efectos de violarla. En el rostro, en el cerebro, en la mirada huidiza o en los escondidos temores nocturnos se revelan las culpas encubiertas.

La psiquiatría no es tanto un invento moderno como una moderna necesidad. Sus métodos se conocen hace siglos, si bien antes no se aplicaban porque los hombres no creían que las cosas «deben conseguirse a cualquier precio». Procuraban purgar sus delitos, enmendarlos o repararlos arrodillándose y orando y no tumbándose en un diván. Desde el momento en que lo divino y lo moral se niegan, la sociedad tiene que enfrentarse con los efectos mentales de esas negaciones. No se trata de que esos crímenes sean nuevos, porque la gente tanto se ha burlado de las leyes morales en los tiempos de fe como ahora. Pero sí se sabía cuándo se obraba mal. Podría perderse el camino, pero no se tiraba el mapa. Hoy, en cambio, los hombres, si obran mal, afirman haber obrado bien. Además de crear un problema moral que se niega, se plantea uno mental. De aquí que se hable tanto de psiquiatría. Nada nuevo hay en la aserción de que, si nos negamos a aceptar una realidad, la dejamos soterrada en la zona inconsciente de nuestro ánimo. Lo nuevo es la necesidad de entenderse, no con los que infringen la ley, sino con los que la niegan, viviendo para la libertad y negándose a aceptar sus consecuencias. Toda alma que niega una ley de Dios, acaba deponiendo contra sí misma. La lengua del mal es muy larga y no calla nunca. Negar que hay un Divino Juez revela, entre ansiedades y temores, que hay un juez dentro de nuestra propia conciencia, condenándonos incluso cuando la sociedad nos aprueba y reprobándonos hasta en ese caso. La maldad acaba por desvelar su secreto. El temor de Dios puede haberse desvanecido de la sociedad moderna, pero lo ha sustituido el temor del hombre, que nos colma de infelicidad. Si tememos a Dios tememos herir al hombre que se consagra a Él. Temer al hombre es retroceder ante su crueldad y sus amenazas. Algún día se abrirá un Gran Libro en el que se hallarán registradas todas las palabras ociosas. Todo lo que se haya dicho en la oscuridad saldrá a la luz, porque, en un análisis definitivo, el hombre no consigue nada «a toda costa».

35

ANTIEVASIÓN

Se necesita en nuestro lenguaje una palabra nueva y, aunque tal vez haya sido usada ya en la poesía de Gerald Manly Hopkins, no ha recibido todavía uso universal. Esa palabra debe tener un sentido opuesto al de evasión o escape, cosa que significa procurar huir de un peligro en busca de la seguridad. Se deriva la expresión «escape» de las palabras latinas *ex* y *cappa* y equivale a salir de un recinto y quedar libre.

. Pero libertarse de una capa no equivale realmente a quedar libre. Quien se liberta de algo ha de hacerlo por algo, porque si no, la libertad no tiene ningún significado. Nuestro mundo moderno está demasiado interesado en la libertad negativa o en la evasión de sus limitaciones y muy poco interesado en la libertad positiva o la consecución de los destinos que la divinidad nos ha asignado. Un hombre rico se dirigió a un taxista y le preguntó si estaba libre. El taxista respondió: «Sí». El rico se alejó gritando: «¡Viva la libertad!» El automovilista comprendió, por vez primera en su vida, que el ser o estar libre no vale de nada si no se puede usar la libertad con un objeto definido.

La palabra evasión es hoy, psicológicamente, muy familiar. Se trata de un escape, de un *ersatz* o sustitutivo del hecho de no cumplir un deber u obligación. El alcoholismo, por ejemplo, es una evasión para el que, cargado de deudas, procura olvidarlas en la irresponsabilidad del sueño. Las tabletas somníferas son el medio de acallar el tictac que la conciencia hace sonar en el cerebro a lo largo de una terrible e inacabable noche. Los que no son lo bastante valerosos para prescindir de sus malas costumbres, con frecuencia se regodean en su error apelando a cualquier forma de evasión.

Eso es cobardía. No habrá paz para el alma mientras no se recurra al antievasionismo. Esto da una seguridad interna en lo espiritual, mental y moral, que sólo se logra concentrándose en lo que es la verdadera finalidad de la vida.

Tennyson ha escrito que si conociese bien la flor, incluyendo raíz y tallo, que surge en la grieta de un muro, conocería a Dios y al hombre. Con

esto daba a entender que esa flor incrustada en el muro podría equivaler a la «antievasión» que contra sus males puede hallar todo el universo. Reflexionando en ella puede pensarse en las incontables generaciones de flores que la precedieron, en todas las lluvias caídas de los cielos, en todos los soles que sobre los pétalos han brillado, en toda la química de la tierra, en los volcanes que la desgarran desde tiempos primitivos y, sobre todo, en la divina voluntad que hizo converger tantas causas en una flor que brota de un muro. No sólo una florecilla, sino hasta las cosas más diminutas del universo, sea la filigrana de un esculpido copo de nieve o los pájaros que entonan sus maitines en los árboles antes que los monjes en sus celdas, revelan la mente del Creador. Son como la concreción de los planes del Divino Arquitecto.

En procurar no evadirnos a nosotros hay un fin, una ley, un ritmo, una trabazón, una filosofía de la vida, una averiguación de aquello de dónde venimos y de adónde vamos. Podemos descubrir la armonía y el significado de las cosas, envolvernos en el manto de Dios, hacernos inteligibles para nosotros mismos y encontrar un refugio en el amor de Dios. Contra toda evasión ha de haber una antievasión, contra cada vuelo de la fantasía, una realidad; por cada pérdida de personalidad, una recuperación.

Aquí es donde fracasa el tipo erótico de psicoanálisis. Podrá localizar la enfermedad, pero no curarla; diagnosticar, mas no sanar; psicoanalizar y no psicosintetizar; decir a un hombre que padece de ansiedad neurótica, lo que no significa nada, y no explicarle que hay una ansiedad fundamental en la base de la vida a causa de que el humano no logra satisfacer su sed de amor. El amor sexual es una evasión; el amor divino, una compensación. El divorcio constituye una fuga; la fidelidad, lo contrario; el egoísmo, una evasión; la caridad, no. Los placeres de la unión con Dios satisfacen y no disgustan. Busquemos la evasión adecuada en la verdad y el amor divinos, hasta finalmente convertir en vida la muerte. El infierno es un escape; el cielo, la salvación.

36

EL ESPÍRITU DE PERDÓN

La alarmante cantidad de odio que hay en el mundo moderno se debe, en gran parte, a las culpas existentes, porque el hombre que se odia a sí mismo no tarda en odiar a sus semejantes. Los pecados inconfesados y, a veces, inadmitidos, crean una profunda desazón interior. Ha de restaurarse el equilibrio de un modo u otro y por eso se tiende a mirarse a sí mismo a una luz favorable. La manera recta de hacerlo es admitir los pecados, confesarlos y cumplir la oportuna penitencia. El modo erróneo, que hace hoy felices a muchos, es creerse uno mejor, incluso en sus pecados, acusando, en cambio, al prójimo. Quien injuria al que ama, descubre a veces que ha convertido su amor en odio. Así le cabe juzgarse inocente y acusar al otro de graves faltas que justifiquen la injuria que le ha dirigido. Pasar así del amor al odio es muy fácil, mientras es muy difícil convertir el odio en amor y sólo se consigue si se confiesa la ofensa para sellar la herida.

Una segunda causa del odio es el temor. Los que cesan de temer al Señor empiezan a temer a los hombres. El sentirse débiles hace que los hombres tiemblen ante «un mundo hostil», que no se sabe aplacar ni vencer. El temor de Dios es cosa muy diferente. Empieza por no ser un temor servil, sino reverente, como el de un niño al padre que le ama. El adecuado temor de Dios libra del temor a los hombres, ya que le pedimos que nos proteja y nos libre de todo peligro. Pero a quien le falta creencia en Dios, le sobra el temor a los demás y, por tanto, empiezan a odiar a sus prójimos como otras tantas amenazas a su seguridad.

Es peligroso estimular el odio. Incluso puede convertirse en una ponzoña física. Un periódico médico inglés cuenta el caso de una madre a quien el odio a su marido llegó a envenenarle la leche y, en consecuencia, a su hijo. El odio y la ira pueden afectar el proceso digestivo, causando dispepsia y úlceras.

El odio es difícil de atajar, una vez desencadenado, porque provoca reacciones en cadena. La animosidad de un hombre despierta la cólera del otro, que, a su vez, irrita a un tercero. Por eso Nuestro Señor nos dijo que,

cuando nos hieren en una mejilla, debemos presentar la otra, con lo que, mediante esfuerzo de nuestra voluntad, ponemos fin o una concatenación de iras. El único modo de extinguir el odio hacia un individuo consiste en absorberlo y procurar convertirlo en amor dentro de nuestro corazón.

Esto, desde luego, es muy arduo para nosotros, que tenemos muy pocas reservas de amor y pronto, si lo damos, dejamos seca de él nuestra alma. Hemos de hallar otra fuente de amor para perdonar. Necesitamos aumentar nuestra parte alícuota de piedad en potencia.

Dos consideraciones nos harán más fácil pedir a Dios que nos ayude a perdonar a los demás. Debemos recordar las muchas faltas propias que Él nos perdona. Además, obrando bien ayudamos a Dios en sus esfuerzos para salvar las almas equivocadas.

La primera consideración es obvia, porque cada uno de nosotros hemos pecado contra Dios más que daños nos haya hecho el prójimo. Por eso Nuestro Señor aconseja no ver la paja en el ojo ajeno y sí la viga en el nuestro. Cuando recordemos las ofensas que se nos han perdonado, comprenderemos lo que hemos de perdonar al vecino. El Divino Señor ha dicho: «Te he perdonado todas tus deudas. ¿No era tu deber perdonar a tu prójimo como yo te perdoné a ti?»

La segunda consideración que debe movernos a perdonar puede reducirse a términos terrenos. Supongamos que algún enemigo nos ha hecho una grave injuria y admitamos que el padre de nuestro enemigo acude a nosotros y nos dice que lleva años procurando inclinar a su hijo a ser bueno y afable, aunque sin conseguir nada. Sin embargo, no ha abandonado la esperanza y nos ruega que unamos nuestros esfuerzos a los suyos para salvar a su hijo. Esa apelación debe ablandar nuestros corazones.

Dios es un padre así. Lleva mucho tiempo queriendo mejorar a sus rebeldes hijos y por eso desea que seamos pacientes con nuestros semejantes y le ayudemos a llevarlos a las esferas del amor. Este punto se toca en la historia de Abraham en el desierto. Dícese que una noche un extraño llegó a la entrada de su tienda y le pidió hospitalidad. Abraham le dio sus mejores vituallas, le cedió su lecho y le agasajó, tras lo cual el viajero empezó a quejarse y a encontrar faltas en todo. Iba Abraham a increparle, airado contra tal ingratitud, cuando Dios le habló: «Abraham, si yo he tolerado a ese hombre cuarenta años, ¿no puedes soportarle tú durante una noche?»

Sólo Dios puede ayudarnos a perdonar las ofensas y ese auxilio no nos faltará si le pedimos que nos lo conceda. Ya nos dijo: «Sed clementes como lo es vuestro Padre Celestial. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no os condenarán; perdonad, y seréis perdonados. Con la medida con que midáis, os medirán».

37

VIDA INTERIOR

Cuanto más buscamos la dicha en el mundo exterior, más ponemos en peligro nuestra tranquilidad interna. Sólo el hombre dueño de sí se siente sereno, porque sólo él está en condiciones de obtener la paz. Los demás son víctimas de las circunstancias y esclavos de cosas que pueden perder. El beodo es esclavo de la bebida; el avaro, del dinero; el frívolo, de cualquier moda. El mundo de cada uno puede ser conmovido por una voluntad ajena. Nadie puede fiscalizar las acciones del prójimo, aunque sí las nuestras respecto a él.

Nuestras relaciones con el mundo externo son todas en términos de tener o no tener; la vida interior, por contraste, se centra en lo que es uno mismo. Hay a menudo quienes echan a perder su vida en su ansia de adquirir, mientras debiéramos tender a «ser». No hay en el mundo material cosa más importante que el espíritu o personalidad íntima. Toda concesión a las exigencias de una necesidad es una pérdida.

El poseer numerosos problemas, complica la vida. A más llaves en un llavero, más dificultades. El no tener lo que creemos necesitar produce, por supuesto, sensación de fracaso. Quien nada tiene es libre y sabe aceptar cualquier cosa que le ocurra, sufriendo sin dolor la más seria pérdida.

No dar valor a las cosas materiales es hallar el camino de dominarse a sí mismo. Ser enteros y felices en la sencillez, como debiéramos, nos exige huir de los caóticos, multitudinarios y contradictorios objetos que nos rodean, porque si permitimos que llenen nuestras almas, ocuparán el lugar destinado a lo divino. El hombre que pone sus ansias en lo externo, vive en constante guerra civil consigo mismo. Es la casa dividida que no puede prevalecer.

En esta época hay muchas cosas que parecen ofrecernos felicidad, brindándonos satisfacciones materiales y baratas que no requieren ningún esfuerzo interior, ni uso de la razón y la voluntad. Hasta las revistas tienden a tener más grabados que texto, con lo cual no nos exigen pensar ni retener. Los estímulos del tablado, la pantalla, y en general, toda

cartelera nos llaman en diferentes direcciones, manteniéndonos en una constante serie de emociones y haciéndonos vivir en su torbellino de experiencias superficiales. Esta clase de vida nos hace víctimas de nuestras propias sensaciones, que son tiránicas y crueles. Los que abandonan el dominio de sí mismos, se exponen al derrumbamiento nervioso.

Devolver la paz al traqueteado y nervioso hombre de hoy exige establecer un anillo de silencio entre él y el mundo exterior, dando más importancia a lo que es que a lo que tiene o siente. Hemos de empezar apartando nuestra atención del yo y sus necesidades egoístas. Después debemos procurar cumplir, hasta en los últimos pormenores, la santa voluntad de Dios. Haciéndolo así conseguiremos nuestro perfeccionamiento y la paz. La salud clínica y moral son usualmente idénticas. Una violación de la ley moral conturba habitualmente la mente y el cuerpo, mientras la sumisión a Dios apareja inevitablemente la mayor salud del cuerpo y una profunda paz de alma.

Al principio el sacrificio de nuestros caprichos egoístas exigirá un esfuerzo, pero el hombre que pone los deseos de Dios por encima de los propios, no tarda en dejar de percibir toda sensación de sacrificio. Las primeras etapas de la vida espiritual son como los primeros años de aprendizaje de la vida de un músico, durante los cuales hay que pasar mucho tiempo de esforzado estudio, de práctica de dedos y de olvidar la vida social para ejercitarse mejor. Más tarde esas cosas se aceptan de buen grado porque el músico maduro encuentra en ello motivo de acrecer sus alegrías. El hombre que ama a Dios con todo corazón y totalmente, encuentra novedad y belleza en toda obediencia a Él. Cuando un rayo descarga en el metal que lo desvía de un techado de madera, la serenidad de Dios impresiona a quienes están bien preparados merced a su amor por Él. Esa paz interior sólo se guía considerando a Dios inspirador de cuanto hacemos. Muchos que creen en Dios, no llegan tan lejos, manteniendo al Señor en un estrecho departamento de sus ánimos. Trazan sus planes sin contar con Él; soportan sus pruebas y dificultades sin recordar que el amor puede ayudar a curarlas; sus días pasan en fatiga y soledad cuando todas sus horas podían estar llenas de dulzura.

En tales corazones un solo momento de gracia puede producir el cambio y hacerles recordar, de pronto, que «el Señor está en la casa». Mejor aún sería decir que el Señor mora en nuestros corazones. Dejan de sentirse centrados en sí mismos y pasan a centrarse en Dios: así ningún suceso de nuestra vida puede alterar nuestro sosiego. Lo que poseen pierde

importancia y sólo lo alcanza al pensar en lo que son y de quién son hijos. Finalmente, serán capaces de oír las palabras del Señor: «Yo te ofrezco la paz, y una paz mía, que no te doy como te la daría el mundo. No debes tener tristeza en tu corazón».

38

UN RÁPIDO PSICOANÁLISIS

Psicoanálisis significa originalmente examen del alma, y tal psicoanálisis es útil si lo dirige el propio individuo. Examinando nuestra alma, nos será posible aprender cinco verdades sobre todos los seres humanos.

1.ª Todos somos duales. Sentimos una fuerte tensión al ver lo apartados que están nuestros majestuosos ideales y su pobre relación; al comprobar la lucha entre nuestro *ego,* con su anhelo por la supremacía y las voluntades ajenas, con sus deseos contradictorios. Hay choques entre nuestras ansias de libramos de toda restricción y el hecho de que nuestros placeres nos sacan de nosotros mismos. Es un estado de tensión endémico en el hombre.

2.ª Tal conflicto está restringido al hombre. Los animales no conocen la tortura de dudar entre dos dioses aparentes que los hagan moverse en direcciones distintas. Esta diferencia nos da la clave de todas las tensiones, porque el hombre tiene alma y el animal no.

Los hombres viven plagados de conflictos porque viven suspendidos entre lo finito y el infinito. Somos como trepadores, a mitad de la ladera de la montaña, que aspiran a la cumbre y tiemblan de temor a caer en los abismos que a sus pies tienen.

3.ª Como estamos compuestos de cuerpo y alma, tenemos que elegir entre una de las direcciones en que podemos movernos, porque nos cabe ascender o descender de nuestro presente estado. Podemos elevarnos sobre el nivel humano buscando a Dios con todo el apasionado ardor de nuestra alma. También podemos deslizamos en la desesperación, el fracaso y la melancolía de los que han dejado de buscar a la divinidad. Los límites de lo humano pueden cruzarse en dos sentidos: hacia arriba, a través de la fe; hacia abajo, a través de la locura. Todo hombre y a toda hora avanza en una dirección o en otra, sin que pueda permanecer normalmente al mero nivel humano, porque nuestros *egos* son demasiado angostos y escuálidos para servir de morada idónea a nuestras almas.

Los hombres y mujeres que prescinden de todo esfuerzo para mejorar sus almas y afirman que son felices, nos mienten. Su desesperación puede resultar invisible, pero no es menos real y latente. Si tales personas padecen una crisis, exteriorizan la congoja en que viven. Los suicidios de los que pierden su dinero o sufren una contrariedad amorosa revelan que, hasta entonces, sólo un leve e ilusorio sustitutivo del amor a la vida los salvaba de una profunda desesperación y de no creer en la bondad del universo.

4.ª Si la única alternativa para nosotros está en buscar la infinitud de Dios, para quien estamos hechos, y optar por el tormento de la desesperación, ¿cómo hay quien vuelve la espalda a lo eterno?

Dos barreras separan a los hombres de encontrar su destino feliz, y las dos pueden hacer que un hombre o una mujer tímidos se desplomen en la desesperación. Hay hombres que no quieren efectuar el esfuerzo intelectual de buscar la verdad por sí misma, ni procuran descubrir qué es su vida en resumen, humillando su orgullo lo suficiente para admitir que Dios puede ser distinto a como ellos lo conciben. Deben saber que para llegar al Señor hay que aprender a creer muchas cosas nuevas. Por esa negativa los soberbios no pueden ser felices. Otro obstáculo es la negativa a reconocer la divinidad por las exigencias que tal fe debe implicamos, y porque no osamos afrontar la vida sin los hábitos de lujuria, avaricia y egoísmo que la fe nos haría abandonar.

5.ª El hombre que verdaderamente penetra en sí mismo, nunca queda complacido por lo que allí encuentra, y su vacío interior puede llevarle a la desesperación. Hay dos géneros de vacíos: la vasta oquedad de un cauce seco e imposible de llenar, y la cavidad de un nido presto a dar cobijo a los pájaros que van a nacer. De aquí que haya dos clases de desesperación: la satánica, que se niega a creer en la clemencia de Dios, y la desesperación creativa de los que aspiran a que Dios alivie sus miserias. La primera forma de desesperación fue la de Judas, que acabó ahorcándose. La segunda fue la de David, cuando exclamó: «Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí».

Puesto que tal compasión está al alcance de todos los que desesperen de sus confusiones, conflictos e imperfección interna, debe deducirse que el pecado no es lo peor que puede ocurrir a un hombre. Lo peor es la negativa a reconocer nuestros pecados. Si somos pecadores, hay un Salvador. Habiendo un Salvador, hay una cruz. De haber una cruz, hay un modo de amoldarla a nuestras vidas, y nuestras vidas a ella. Hecho esto, la

desesperación será eliminada y tendremos «la paz que no puede dar el mundo».

39

AUTODISCIPLINA

La filosofía de la expresión propia se da hoy tan por concedida, que pocos se paran a analizar su significación. Bien está el expresarse personalmente cuando se procede según la razón y nuestra elevada naturaleza; pero no es lo mismo si se procede por instinto y según la parte baja de nuestro carácter. Un cazador se expresa bien cuando caza en la estación adecuada; y mal si caza en época de veda o dispara sobre su suegra, cualquiera que sea la temporada. Los que identifican la libertad del hablar libremente con el libertinaje o el derecho a hacer lo que les plazca, creen que la autodisciplina es la autodestrucción, cuando lo que significa es domar nuestra parte más baja en beneficio de la más elevada. El violinista no rompe la cuerda por estirarla, y el escultor no destruye el mármol cuando lo labra a cincel para producir la estatua.

Cuando la restricción viene de fuera será compulsión; si nos la aplicamos nosotros mismos es autodisciplina. En ambos casos el propósito es mejorar el carácter y hacerlo más sincero. Dios no permite nunca una aflicción sino para purificarnos. Las Escrituras llegan a decir que «el Señor ama tiernamente al que castiga». El joven que ama a una mujer desea verla vestida del modo que mejor la siente, así como ella debe adaptar el color de su vestido y la forma de su peinado a los gustos del ser querido. Todo deseo egoísta ha de borrarse en beneficio del amado. A veces Dios priva a los árboles de todas sus hojas para que nosotros podamos ver el cielo.

La muerte de un hijo puede ser el modo de que Dios lleve a los padres a pensar en el otro mundo más que en éste. El pastor que nota que sus ovejas han agotado los pastos bajos y se niegan a escalar las alturas, tomará en brazos un corderillo y hará así que le sigan las demás reses. Las águilas enseñan a volar a sus crías llevando ramas del nido de un árbol a otro, hasta que los aguiluchos acaban abandonando la momentánea seguridad de que gozaban. Dios, a veces, tiene que dañar al hombre en su seguridad económica para evitar que piense que ésta es la única que existe.

Por encima de la disciplina pasiva, exteriormente impuesta, está la disciplina activa. Ninguna mala propensión del corazón es tan patente que no pueda ser doblegada por la disciplina. Todo hombre es como una cebolla. Su ser superficial tiene muchas pieles y sólo en el centro está su auténtico ser. La abnegación suprime todos los engaños externos y acaba por revelar nuestro verdadero carácter. Una de las razones por la que muchos no conocen a Dios consiste en que no se conocen a sí mismos. Viven en un mundo de farsa, donde no hay realidad alguna, por lo que falta la base de toda autenticidad.

En el mundo occidental hemos empezado a pensar, erróneamente, que el carácter lo forman las obras exteriores y que importa poco lo que un hombre haga o piense por dentro. Eso puede ser una evasión, porque un hombre puede trabajar para olvidarse de sí mismo como otros se entregan al alcohol con el mismo objeto. Cuando algo va mal, los indisciplinados culpan de ello a las cosas, como un jugador de golf achaca a la pelota la culpa de su mal golpe, o el carpintero torpe asegura que las malas herramientas tienen la culpa de su deficiente trabajo. De hecho, la falta dimana del egoísmo y desorden del ser.

El hombre que da a los demás su riqueza, tiempo y energía y no se da a sí mismo, no ha dado nada. Pero quien posee alguna riqueza y algún honor y se niega a sí mismo, se torna más libre. Cuando Nuestro Bendito Señor dijo que el hombre debe odiarse a sí mismo, no aludió a las cualidades que nos hacen semejantes a Él, sino a ese egoísmo parasitario que impide al hombre conseguir cuanto amor le está reservado. No hay secreto mayor para la paz interna que las palabras del Bautista cuando vio llegar a Nuestro Señor: «Él se agigantará; yo disminuiré».

40

AMABILIDAD

Hay mucha gente que, siendo muy afable en sus casas u oficinas, se torna egoísta y dura cuando empuña el volante de un automóvil. Ello se debe, probablemente, a que en su casa son conocidos, mientras en el coche tienen la ventaja del anónimo y les cabe ser brutales sin que los descubran. Ser amable por temor a los otros no es tener bondad ni amabilidad verdaderas, sino una forma disfrazada de egotismo.

La palabra amabilidad deriva de amor, y, por tanto, implica un afecto natural por quienes son de su carne y sangre. La amabilidad originaria y típica es la del padre con el hijo y el hijo con el padre, idea conservada en el idioma alemán, donde *kind* significa «niño», como *kindness* puede ser bondad en inglés. La palabra ha ganado gradualmente extensión hasta abarcar a todos los que tratamos como amigos y parientes. La falta de amabilidad es antinatural por consiguiente.

De que la amabilidad proceda del amor se desprende que la persona amable no ama a otra por el placer que ésta le dé, ni porque le pague a su vez con amabilidad, sino porque merece amor por sí misma. La razón fundamental de esto consiste en que todos merecen amor, puesto que Dios los creó. Si descendiéramos de la bestia no mereceríamos amor alguno.

Ya que Dios nos hizo amables al poner en nosotros una parte de su amor, amables hemos de considerarnos y en todos hemos de poner algún amor. Esto significa la amabilidad básica de quien siempre desea ser agradable con los demás. Si partimos de la creencia de que la mayoría de los hombres son personas de mal vivir, nos sorprenderá las muchas que, siendo así, encontraremos. Si partimos del principio de que la mayoría de la gente es tratable, constantemente daremos con individuos así. En gran parte el mundo es tal como lo hacemos. Nos devuelve lo que le damos. Quien siembra odio, recoge aborrecimiento; si esparcimos amor y gentileza, cosecharemos cariño y felicidad. El prójimo es como un espejo que refleja la clase de imagen que le ofrecemos. El hombre amable tolera las debilidades de los otros, no da importancia a las pequeñeces y procura

no encontrar faltas en todo. Sabe que lo que le pasa a la mayoría de la gente es que no encuentra amor, sea por fealdad, adustez, tendencia a ser molestos, fastidiosos, o servir de estorbo. El carácter de estas personas se forma en gran parte por el resentimiento que experimentan hacia los no amables. Una de las mayores alegrías de la vida proviene de amar a aquellos por los que nadie siente afecto. Así imitamos a nuestro Padre Celestial, que de seguro no puede ver en muchos de nosotros demasiadas cualidades atractivas. Es curioso que casi todo el mundo sea más amable con los ciegos que con los sordos. Aristóteles comentó este hecho diciendo que la vista es el más espiritual de todos los sentidos y el oído el más material. Por esta razón sentimos simpatía hacia los afligidos en el sentido más espiritual. Sin embargo, esta explicación psicológica no justifica la falta de afabilidad ni con sordos ni con ciegos.

La amabilidad hacia los que sufren se convierte en compasión, lo que significa compartir o comprender como propios los disgustos y penas ajenos. Ello ensancha el interés del corazón más allá de todo interés personal y nos induce a dar lo que tenemos en forma de limosna, o el don de nuestro talento, como un doctor puede tratar a un paciente pobre; o a conceder al prójimo nuestro tiempo, que es, a veces, lo que más trabajo cuesta dar. El hombre verdaderamente compasivo y amable que concede su tiempo a otros suele encontrar tiempo para sí. Como el pan milagrosamente multiplicado, quien da suele recoger más de lo que dio. Muchos psiquíatras de hoy saben muy bien que para ser útiles a ciertas mentes disgustadas basta con escuchar sus historias. Si a un corazón transido se le persuade de que se conoce el secreto de su ansiedad, ya está medio curado. Si podemos convencer a un enemigo de que no sentimos íntimamente amargura contra él, su brazo penderá inerte junto a su costado. Todas las anormalidades mentales tienen sus raíces en el egoísmo y toda dicha en la bondad. Para ser realmente amables hemos de ver en todos un alma inmortal, a la que amamos por amor a Dios. Entonces a todos los amaremos más.

41

TEMOR Y ÉTICA

La mayoría de las neurosis son baluartes contra el temor. Muchos psicólogos y médicos han llegado a esta conclusión pensando que el temor debe provocar reacciones de autodefensa. Realmente, no es temor aquello que se teme; nuestro enemigo es la tensión o conflicto entre la conciencia y lo que nos ha ocurrido. El temor es como la válvula de una caldera de vapor. No sirve más que para registrar la presión.

El modo más sencillo, aunque pésimo, para eliminar el temor es alejarlo de la mente consciente, reprimiéndolo y relegándolo al subconsciente. Cuando llegan visitantes a una casa, la dueña retirará del cuarto de recibir la ropa sucia y la llevará a la trastera. La mente efectúa lo mismo, defendiéndose de las cosas acongojantes por el medio de trasladarlas a la región de lo inconsciente.

Los efectos de la represión del temor son múltiples. En el sentido físico surgen jaquecas, palpitaciones, calambres, convulsiones, etc. En lo mental la represión del temor produce ira, mal humor y depresión. Un psicólogo cuenta el caso de un niño que lloraba copiosamente cuando oía doblar las campanas. Había deseado a menudo la muerte de sus padres y reprimía tal deseo. Ese deseo le había producido un temor del que se evadía sollozando. Así, el temor derivado de la culpa de querer la muerte de sus padres quedaba sublimado por las lágrimas.

Lady Macbeth indujo a su ambicioso marido a matar al rey, su huésped, mientras dormía, para usurparle la corona. Cuando su marido queda estremecido por tal hecho, ella le recuerda:

En estas cosas no debe pensarse
si no queremos acabar locos.

Esto da una excelente descripción de los efectos patológicos del esfuerzo del asesino para evadirse al temor. Ella procura ahogar su conciencia indicando que no ha de pensarse en lo hecho en términos de bien o de mal. Pero, mientras se reprime, está estimulando su propia

locura. Dice a su marido que se lave las manos y que manche de sangre a los sirvientes. Como él teme hacerlo, ella misma los mata y luego cubre los cuerpos de sangre y exclama:

Mis manos son de tu color. Vergüenza
da que tú tengas el corazón blanco...
Un poco de agua limpiará este hecho.

De nuevo la mujer trata de convencer a su marido de que no hay que preocuparse de tener el corazón limpio, de que no hay juez alguno dentro del pecho humano y de que todo se reduce a librarse de las consecuencias externas.

Con todo, la conciencia le produce efecto. Ella, que procuraba negarla, sufre una compulsión neurótica que se expresa en un constante lavarse las manos:

¿Quién hubiera pensado que ese viejo
tenía tanta sangre en sus entrañas...?
¿Nunca veré ya limpias estas manos?

Al principio pensaba que la culpabilidad iba a borrarse lavándose las manos, pero luego tenía que borrar el temor de su crimen, porque conviene con su marido en que todas las aguas de los siete mares no bastarán para quitar la sangre de sus manos.

Hay quien se las lava después de tocar el tirador de una puerta, lo que repite hasta diez veces antes de salir de casa. Esto significa una ansia de limpieza que lleva a pensar que los lavatorios externos son, quizás, un sustitutivo del lavado interior y usual que les niega una culpa reprimida. Esto no quiere decir que todos los que se creen culpables hayan violado principio moral alguno, pero también indica que los que sí lo han hecho no deben esperar ver purgados sus temores por el simple tratamiento de los métodos externos. El tratamiento médico del temor nunca debe descuidar los principios morales que, posiblemente, hay tras ese temor y sus manifestaciones en el cuerpo y en la mente. El propio Freud admite que, desde el punto de vista médico, el poco escrupuloso método de satisfacer todos sus instintos puede empeorar al paciente. La ética es la verdadera esencia de un tratamiento médico eficaz.

42

DESCANSO Y MEDITACIÓN

El hombre moderno sería mucho más feliz si dedicase algún tiempo a meditar. Como dice el profeta del Viejo Testamento: «Paz, paz, mas no la hay si el hombre no reflexiona en su corazón». El Evangelio nos dice que Nuestro Bendito Señor se retiró para orar en el desierto. A María, que andaba afanada en exceso con muchas cosas, se le advirtió que nada más que una era necesaria. Una vida de fe y paz espiritual sólo puede llevarse mediante aislamientos periódicos de los cuidados del mundo.

Hay varios géneros de fatiga: fatiga del cuerpo, que puede quitarse durmiendo bajo un árbol y hasta sobre una almohada de piedra; fatiga del cerebro, que necesita la incubación del descanso para que nazcan nuevos pensamientos; y fatiga del corazón, que es la más difícil de suprimir, porque sólo se cura comulgando con Dios.

Un silencio ayuda a hablar bien; un retiro ayuda a pensar. Un contemporáneo de Abraham Lincoln, que pasó tres semanas con él después de la batalla de Bull Run, dice:

«No me era posible dormir. Estaba repitiéndome el papel que iba a desempeñar en una función pública. Había pasado la mitad de la noche. Ya casi amanecía cuando oí murmullos que venían del cuarto en que dormía el Presidente. La puerta estaba entornada. Instintivamente me acerqué y vi un espectáculo que no olvidaré nunca. El Presidente estaba arrodillado junto a una Biblia abierta. Había amortiguado la luz. Me volvía la espalda. Por un momento guardé silencio mientras miraba pasmado y sorprendido. Luego él dijo en tono apenado y suplicante: "Dios que oíste a Salomón la noche que te pidió sabiduría, óyeme; no puedo conducir este pueblo ni regir los asuntos de la nación sin tu ayuda. Soy pobre, débil y pecador. Dios que oíste a Salomón cuando te imploró, óyeme y salva esta nación''.»

Uno se pregunta cuántos de nuestros funcionarios públicos que ocupan grandes cargos invocan la ayuda de Dios. Cuando las Naciones Unidas celebraron su primera reunión en San Francisco, se decidió, para no ofender a los ateos, guardar un minuto de silencio en vez de rogar

denodadamente a Dios para que iluminara y guiase a las naciones. Cuando Pedro no encontró pesca, Nuestro Señor le dijo: «Adéntrate en las aguas». En los momentos de nuestros fracasos el alma debe retirarse de las orillas. Lo que el Salvador prometió en su retiro fue descanso para nuestras almas. El descanso es un don; no se gana; no es el pago de un trabajo concluido; es una consecuencia de la gracia. La avidez, la envidia, la riqueza y la avaricia piensan en las cosas buenas del mundo mientras el verdadero descanso consiste en el acabamiento de las pasiones, el dominio de las ambiciones fluctuantes, la alegría de una conciencia tranquila. Nunca se descansa mientras no comprendemos la vida. Casi toda la inquietud de las almas procede hoy de no conocer por qué están aquí ni adónde van, y se niegan a dedicar tiempo a la solución de este problema, aunque sin resolverlo no se resuelve nada. Ni siquiera tiene mucho sentido continuar viviendo si no se sabe por qué.

La potencia impulsora siempre está asociada con el reposo interior. Si no, la energía es explosiva y la acción imprudente. Los que esperan en el Señor, renuevan sus fuerzas. Toda reposición de fuerza tiene menos de físico que de espiritual. Un alma fatigada fatiga el cuerpo con más frecuencia que un cuerpo fatigado fatiga el alma. El descanso que se encuentra en el cristianismo significa menos sensación del trabajo que liberación de las ansiedades que causan la avaricia y la culpa. El refrigerio espiritual de las plegarias, el retiro y la meditación constituyen la más poderosa influencia cuando se trata de restaurar la armonía de millares de enfermos de los nervios. La vida, como la música, necesita alternativas rítmicas de sonido y silencio.

El descanso que producen el retiro y la contemplación no nos dan un descanso del trabajo, sino un descanso en el trabajo. La paz de Cristo no es una planta de estufa, sino que alza la cabeza contra los temporales. Es paz que nos dispone a la batalla y da alegría de conciencia contra la que nos asalta. El mundo no puede dárnosla ni quitárnosla. No nos la ofrecen las circunstancias exteriores, porque ella manda en el corazón y constituye un estado de ánimo. Tener una mente espiritual es conseguir el descanso.

Dar

43

MEJOR ES DAR QUE RECIBIR

La mayoría de las gentes que pertenecen a la civilización occidental están dedicadas a la tarea de ganar. Por extraño que pueda parecer, la ética cristiana se funda en el principio opuesto, esto es: que es más meritorio dar que recibir. La oportunidad y la carga de cumplir este divino mandato recaen principalmente en los que vivimos en una civilización abundantemente favorecida por Dios. Los ingresos anuales por habitante en los Estados Unidos ascienden a unos 1.500 dólares. Pero los ingresos por habitante de un tercio de la población del mundo no llegan a 50 dólares al año, en tanto que casi dos terceras partes de los individuos de la tierra viven con menos de 200 dólares anuales. En los Estados Unidos, 28 dólares de cada 100 ganados van a parar al Gobierno como impuestos.

Así que individualmente se paga en los Estados Unidos como impuestos más de lo que cualquier persona del planeta gana para mantenerse.

Somos, desde luego, una nación que ayuda a los pueblos socialmente desheredados. Incluso hemos dado un ejemplo de amar a nuestros enemigos de la guerra ayudando a su restauración económica. Pero aquí no nos interesa menos el espíritu nacional de dádiva que el espíritu personal. La razón de que merezca más loa el dar que el recibir, es que ayuda a alejar el alma de lo material y lo temporal aliándonos con espíritu de altruismo y caridad, que es la esencia de la religión. Decía Cicerón que «en nada se parecen tanto los hombres a los dioses como en hacer bien a sus semejantes». Aristóteles afirmaba que por la mezquindad y el egoísmo, por la envidia o la mala voluntad, los hombres degeneran en bestias y se vuelven lobos y tigres unos para otros, mientras por la bondad y el amor, por la mutua compasión y ayuda, resultan como dioses entre sí.

La historia de los judíos demuestra cuántos de sus beneficios temporales se consagraban al servicio de Dios y la ayuda de los pobres. En los mejores días de su historia, sus primicias y ofrendas, sus diezmos y sus dádivas voluntarias alcanzaban grados de espléndida munificencia, sin que

nada perdieran, porque constantemente estaban agradeciendo a Dios los favores que les prodigaba. Incluso hoy, el mismo espíritu de generosidad caracteriza a ese pueblo, no sólo respecto a sus hermanos, sino también con relación a protestantes y católicos.

En escala menos elevada puede verse que la cohesión de una comunidad depende en gran parte de los servicios y bondades de unos individuos con otros. La población agrícola de cualquier país del mundo da perfecto ejemplo de ese altruismo. En el tiempo de la siega cada labrador ayuda a todos los demás y si sobreviene una muerte en una familia hay siempre gente voluntaria dispuesta a cosechar el maíz y segar el trigo.

No hay siempre el mismo espíritu en las grandes ciudades. En parte, por el carácter anónimo de las masas y, en parte, por la competencia. Donde nos son extraños casi todos los que tratamos existe la tendencia a que cada uno se encierre en su concha. Ello se nota particularmente cuando se conduce un automóvil. Hombres muy afables en su casa y afectuosos con los amigos, parecen bestias coléricas y gruñonas en cuanto apoyan la mano en su volante y se sienten protegidos por el anónimo; no hacen entonces más que despotricar contra la estupidez de los demás conductores.

El dar es realmente un modo divinamente señalado de agradecer las bondades de Dios. Nada podemos darle que no hayamos recibido y, sin embargo, Él se complace en aceptar muchas ofrendas como pruebas de nuestra gratitud. El egotismo centra todas las cosas en el ser; el altruismo y la caridad lo centran todo en el prójimo. Sólo el principio de dádiva puede compensar las desigualdades de la raza humana, permitiendo al fuerte ayudar al débil, permitiendo que la paz social reine entre los hombres. Muchos hombres, cuando son pobres, tienen un corazón abierto a todas las demandas de piedad, pero cuando sus riquezas aumentan, ponen más su corazón en ellas. El amasar bienes ejerce sobre el alma el peculiar efecto de intensificar, en el alma, el deseo de ganancia. Lo que con frecuencia es lujuria en la juventud, se torna avaricia en la vejez. Si se entregasen a la gran alegría de dar y respondieran a las llamadas de la piedad, sentirían una gran emoción practicando la benevolencia. Mayor es el placer de ejercerla que la alegría de recibir.

Hay una antigua anécdota acerca de Braco, un lord escocés muy rico y mísero, que tenía grandes cantidades de oro y plata en sus cuevas, un día un labrador le dijo: «Si me permite ver toda su plata y oro, le daré un chelín». Braco accedió. El campesino le dio el chelín, diciendo: «Ahora soy

tan rico como usted. He contemplado su oro y su plata, que es todo lo que usted puede hacer con ello».

Hay más felicidad en regocijarse con la alegría ajena que con nuestro propio bien. El beneficiado se alegra de su suerte y el que la ha dado con la alegría de los otros, alcanzando con ello una paz que nada más que eso puede dar en el mundo.

44

EL PROBLEMA DE DAR

Tener es lo contrario de dar, aunque cada una de esas cosas es buena en su lugar adecuado. Tener equivale a extender nuestras posibilidades. No contenemos en nosotros mismos todo lo esencial para la existencia humana, por lo que nuestro «ser» ha de completarse también con «tener». La vida implica el derecho a disponer de suficiente alimento, ropa y sitio donde residir, aunque no por ello implica el derecho a comprar un yate.

Los que consideramos nuestros derechos a la propiedad y, en general, a las cosas de todas clases, crecen a medida que los objetos responden menos a nuestras necesidades personales. La virtud de dar depende también de tener, porque si nada poseemos no podremos dar nada, cosa que rige, incluso, con el tiempo que poseemos. Pero el tener no le parece, a la mayoría, una oportunidad para dar, porque considera la dádiva como una pérdida para todo el que codicia poseer. Esto constituye una miopía moral, ya que quien regala media hogaza puede quedarse con otra media y, además tiene la satisfacción de ser generoso.

Mucha gente, en especial entre los ricos, computan el valor de sus personalidades midiéndolas por cuantas cosas no esenciales tienen. No quieren acortar su capital, sino aumentarlo de año en año hasta que llega a parecerles otro yo sin el que el suyo no estaría completo. Prescindir de una porción de su capital para dedicarlo a limosnas les parece tan grave como cortarse un brazo o una pierna.

Una mujer ha quedado en la Historia porque no le importó disminuir su capital. El caso se relata en el Evangelio: «Y mientras permanecía frente a la tesorería del templo, Jesús observaba a la multitud que depositaba monedas en las alcancías. Entre los muchos ricos que aprontaban sus ofrendas llegó una pobre viuda que colocó dos moneditas que hacían un dinero. El Señor llamó a sus discípulos y les dijo: “Creedme que esa pobre viuda ha dado más que todos los otros que han llevado dádivas a la tesorería. Porque los demás dieron de lo que podían ahorrar y ella, que

puede dar tan poco, ha ofrecido todo lo que tenía, entregando el total de lo que poseía para subsistir"».

Nuestro Señor estaba interesado en estudiar a los que daban limosnas y la calidad de sus dádivas le interesó mucho más que la cantidad que daban. Una vez dijo que donde está nuestro tesoro está también nuestro corazón. Y a la sazón aseveró que donde va el corazón sigue el tesoro. Pocos opinamos como Él respecto a las limosnas. No esperamos del director de un diario una lista de donantes bajo el epígrafe «Don Fulano entregó menos que...», tanto más cuanto que probablemente eso sería lo menos importante de la lista. En aquella ocasión, en el templo, Jesús inmortalizó la oferta de dos de las más pequeñas monedas del mundo antiguo. Probablemente, la pobre mujer del templo no vio que, en las balanzas de la justicia divina, ella dio más que todos los otros que habían entregado bienes para el tesoro del templo. Pero ellos daban lo superfluo y ella daba lo que tenía para mantenerse. Siendo pobre, daba a los pobres. Vaciaba su escarcela para llenar el vacío de los demás. El tintineo de sus dos monedas, cuando las depositó, refutaba toda la vil filosofía del materialismo, que enseña a los hombres a adquirir todo Jo que puedan como si esta tierra fuese nuestra única morada. El modesto don de la viuda tuvo otro sentido al recordamos que Nuestro Señor lo pide todo de nosotros. Él fue el primer «totalitario» del espíritu. Solicita de nosotros que no le neguemos nada. Demanda un amor total, entregado «con toda tu mente, todo tu corazón, todo tu espíritu y toda tu fuerza». Sólo los que han dado todo su corazón a Dios pueden darle todo su capital.

De lo que se da con tal espíritu de generosidad nada se pierde. Los materialistas calculan que aquello a que se renuncia se ha perdido para siempre. En el reino del espíritu esto no es verdad. Lo que damos a Dios no sólo nos es acreditado en la cuenta de nuestro eterno mérito, sino que nos es devuelto en esta vida. Uno de los modos más prácticos de aseguramos de que siempre tendremos lo suficiente es dar, dar y dar en nombre del Señor. Similarmente, el más rápido incremento en el amor de Dios se obtiene siendo generosos con nuestro prójimo. «Dad y vuestros serán los dones que, en buena medida, abundantes y continuos, se derramarán en vuestro regazo. Porque, según la medida en que recompenséis a los demás, seréis recompensados después.» (Lucas, VI, 39.)

El uso a que dediquemos lo que tenemos guarda estrecha relación con lo que somos, con nuestro ser y con lo que seremos. Quien conserva

para sí todo lo que tiene, lo perderá todo al morir, y el que ha dado lo recogerá todo en moneda de inmortalidad y alegría.

45

EL ESPÍRITU DE SERVICIO

El deseo de distinguirse es uno de los más radicales principios de nuestra naturaleza. Incluso si lo crucificamos y enterramos, en un momento inesperado revive y recupera su poder. Esa sutil pasión es más fuerte en el período medio de la vida. Figura entre la afición al placer que asedia a la juventud y el afán de lucro que acompaña a la vejez.

El ideal de servir y ser útiles se opone a todo egotismo o mira egoísta. Sólo es grande de corazón quien derrama un gran afecto sobre el mundo; sólo es grande de mentalidad quien conmueve al mundo con pensamientos puros. Nuestro divino Señor dio la clave de la grandeza cuando dijo que no venía a seguir ajenos ministerios, sino a ejercer un ministerio propio. Un servicio de nuestros semejantes, tal como el que Él inspiró ha de ser servicio de amor, porque sólo de una fuente de amor pueden fluir actos útiles, tan sorprendentes e interminables como los de amor y servicio, que son inseparables, además de exigir abnegación y renuncia a idolatrar el yo. Continuar sirviendo día tras día, en medio de reproches, oposiciones y desprecios, significa que a uno le gobierna una ley más alta que el deseo de conseguir el aplauso de nuestros semejantes. Tal servicio no puede ser comprado porque no hay otro capaz de pagarlo, ni necesita comprarse porque se presta espontáneamente. A menos que un hombre resuelva ayudar a su vecino con espíritu de amor, nunca se sobrepondrá a las culpables tendencias de su naturaleza, que constantemente procura hacerle descender. Hace más de dos mil años, Aristóteles observaba que todas nuestras tendencias degradantes pueden alinearse bajo dos encabezamientos: mal carácter y deseo mal regulado. A veces una cosa y a veces la otra aparecen en períodos distintos de la vida del hombre. El servir, que consiste en emprender voluntariamente una tarea en obediencia a la voluntad suprema, es un correctivo de esas tendencias.

La primera que corrige es el carácter, forma más corriente del individualismo y el orgullo.

El hombre que pone el corazón en el servicio no puede dar cabida al egotismo, que reprime para servir de un modo más afable. Cada cinco minutos de servicio consciente producen el efecto de mantener la disciplina del *ego* sometiéndolo a una más alta y justa voluntad. Los amigos de darse importancia siempre procuran hacer sentir al inferior el pleno deseo de su minúscula valía, que, más pronto o más tarde, se convierte en tiranización. Además, el querer ser útil hace que el yo se presente inferior para que el prójimo pueda ser exaltado.

El servicio con afecto deshace también los deseos irregulares. Un deseo no es regulado cuando convierte al ser en centro de todas las cosas, incluso de la ley a que todos los demás se someten. Este mal sólo puede curarse haciendo a Dios objeto de nuestros deseos. Uno entonces sacrifica muchos de sus lujos y placeres para asistir a los necesitados y menos afortunados. Haciéndolo así, el carácter puede mejorar también porque aparta al hombre de la sensual y afeminada molicie que echa a perder los caracteres mejores.

Incluso sobre los trabajos materiales ha grabado Dios la ley del servicio prestado con simpatía. A las nubes del cielo se les ha ordenado su extinción al servicio de la lluvia. Los arroyos mueren contentos al vaciarse en la vastedad del océano. También las montañas prestan servicios, porque son como manos gigantescas alzadas para asir y distribuir la humedad, enviándola a las llanuras en corrientes que han de repartir la salud en la tierra. Ni una sola gota de agua tiene una vida egoísta; ni una ráfaga de viento deja de cumplir su misión. Lo que Dios ha impuesto a la naturaleza por ley, debemos imponérnoslo a nosotros mismos por nuestra propia voluntad. Las aguas, las nubes, las montañas, y hasta la tierra, que se consume por dar vida a la simiente, parece alzarse para reprender al hombre que se niega a vivir al servicio de sus semejantes. Haciendo el bien, todo mejora en el universo de Dios. El servicio al prójimo es el más alto que uno se presta a sí mismo, y el mejor modo para cualquiera de progresar en la gracia consiste en procurar ser útil. La rueda del molino dejará de moverse si se ataja la corriente que le impulsa; el tren en marcha se para cuando se enfría el vapor dentro de la caldera; y la caridad de este mundo degenera en mera rutina profesional y en estadísticas y promedios, carentes de inspiración, de poder y de amor, cuando el hombre olvida lo que el Señor dijo: «Ningún hombre ha tenido más amor que aquel que da la vida por su amigo».

40

CÓMO DAR

Haceos amigos del Mammon de iniquidad.» Tal es una de las frases de Nuestro Señor que resultan misteriosas a quien no comprende su significado, y es llamado de «iniquidad» porque aquellos a quienes hablaba Nuestro Señor lo usaban a menudo con fines inicuos e injustos. Si el billete de a dólar que llevamos en el bolsillo pudiese hablar, nos escandalizaría contándonos las cosas en que lo han gastado, las transacciones a que ha asistido y los placeres pecaminosos que ha comprado. Nuestro Señor nos dijo que, a veces, la riqueza sirve de poco porque el hombre de dinero es sólo su administrador. La muerte dice a todos los hombres: «Da cuenta de tu gestión, porque no puedes seguir siendo administrador de riquezas». El dinero no puede trasladarse al otro mundo.

Llegamos a la finalidad de la moneda según el Salvador. Dad dinero a los que están en necesidad, porque aliviándola os haréis amigos que intercederán por vuestra alma. El dinero no puede comprar el cielo, pero nos procurará amigos que nos ayuden en la hora de la amargura. «Porque lo que hagas al menor de estos mis hermanos, me lo has hecho a mí.» Los auxiliados por nuestra caridad nos llevarán un día ante el Trono, diciendo: «Éste es de quien hemos hablado y que tanto hizo por nosotros en la vida de abajo».

El viajero en un país extranjero cambia su moneda por la de la tierra en que está. «Análogamente, la riqueza que tenemos aquí puede ser cambiada, en el otro mundo, por una riqueza espiritual que no consumirá la herrumbre ni devorará la polilla ni robarán los ladrones.»

¿Qué psicología tienen esos que nunca tocan su capital para hacer caridades? Apilan cada vez más reservas y cada nueva adición les parece tan sagrada como la anterior. La respuesta es que todo hombre está hecho para el infinito, que es Dios. Pero cuando su razón se torna ciega a causa de prejuicios o pecados, sustituyen a Dios por otro infinito, que es el dinero. Desean entonces «tener» cada día más, en vez de «ser» más, que es

lo que constituye la vida en Dios. Por muchos cabellos que se tengan en la cabeza duele el que nos arranquen incluso uno. Por mucho capital que ciertos hombres tengan, les duele que se les toque, aunque tan sólo sea un centavo. Y como saben que «no pueden llevárselo consigo», niegan que haya sitio alguno adonde ir. El modo cristiano de usar la moneda consiste en procurar que aquellos a quienes ayudamos puedan ser nuestros intercesores ante el cielo. Un hombre rico dijo una vez a su sirvienta que diera frutos de su jardín a sus vecinos para granjearse su amistad. La riqueza así se hace digna de su nombre, que es *felicidad, bienestar.*

Una mujer rica llegó una vez al cielo, donde San Pedro le enseñó la casa del chófer que ella había tenido en la tierra. Díjole la dama: «Si así es la casa de un chófer, ¿cómo será la mía?» San Pedro señaló una de las más humildes cabañas del cielo y repuso: «Ésa es tu morada». Ella arguyó: «Nunca viviré ahí». San Pedro contestó: «Lo siento, señora, pero es lo mejor que he podido hacerte con los materiales que me enviaste».

Mucho dinero se da, mas muy poco se gasta en el alma. Algunos hacen dádivas para ver su nombre glorificado en la puerta de un hospital o de una universidad. Los hombres de muy escasa cultura suelen señalarse por sus donativos para bibliotecas, a fin de crear la impresión de que son muy instruidos. Nuestro Señor dijo: «No dejes que tu mano izquierda sepa lo que da la derecha». A esto sigue el segundo principio de la dádiva, y es que ha de ser ofrecida por una razón divina. El vaso de agua fresca que ofrezcamos será recompensado con ciento si lo damos en nombre de Cristo.

Hace algunos años el claustro de las monjas carmelitas se abrió al público el día de Santa Teresa. Muchos curiosos entraron para ver a aquellas mujeres, que llevan una vida de silencio, oración y penitencia. Un hombre que no comprendía tal modo de vivir señaló a una joven y bella monja la casa más hermosa de la ciudad, que se alzaba en una ladera de enfrente, y dijo a la religiosa: «Hermana, si hubiese sido de usted esa casa, con toda la riqueza, lujos y placeres que debe ofrecer, ¿la hubiera dejado usted para hacerse carmelita?» La monja respondió: «Señor, esa casa era mía».

Mucho de lo que se da se tira, porque no se destina al alma. El mundo piensa que las cosas más altas deben ser usadas para lo más bajo, como el intelecto para hacer riqueza. El creyente en Dios opina que hasta lo más bajo debe usarse para lo más alto; y así, el dinero sirve para ayudar a la propagación de la verdad divina, sacar de sus aprietos a los afligidos y

curar a los enfermos, de modo que sus almas, libres de cuidado, puedan trabajar en su salvación. La respuesta adecuada al «No puede llevarse su dinero con usted», es: «Sí se puede, siempre que lo donemos». Eso será atesorar méritos para la otra vida.

Compañerismo

47

LA PSICOLOGÍA DIVINA Y LA MALEDICENCIA

Tradicionalmente, todos los chismosos son mujeres, pero los hombres incurren a menudo en el mismo pecado y lo llaman «juzgar las cosas».

Nuestro Señor, al hablar de los maldicientes, dijo: «No juzguéis a los demás, o seréis juzgados». Su admonición indica lo malo en los otros. Dios es el único que ve en el corazón de nuestro prójimo, mientras nosotros sólo le vemos la cara. En Inglaterra los magistrados llevan pelucas durante el juicio para mostrar que es la Ley la que juzga y no ellos ni sus opiniones personales. Esto se hace por reconocimiento de la verdad que todos los hombres sospechan. Hay impudicia en el hecho de permitir, ni aun a los más sabios de entre nosotros, burlamos de nuestros amigos o catalogar a nuestros enemigos. Cuando juzgamos a otros, a nosotros nos juzgamos. Nuestro Señor nos pidió que no juzgáramos para que no se nos juzgase, porque a veces el juicio que formulamos contra otros equivale a una condenación de nuestras propias faltas. Cuando una mujer llama sucia a otra, revela que conoce lo que la suciedad significa. La envidia puede ser un tributo pagado por la mediocridad al genio. La persona envidiosa admite la superioridad de su rival, y como no puede llegar a su nivel, trata de rebajarle al nivel de ella misma. Otras formas de censura son igualmente reveladoras de cómo es el censor. Ya dijo Nuestro Señor que las faltas del que critica son a menudo mayores que las que censura en su vecino. «¿Cómo ves la mota de polvo en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que tiene el tuyo? ¿Con qué derecho dirás a tu hermano que te deje quitarle esa mota cuando tú no ves la viga que hay en tus ojos? Hipócrita, desembarázate de la viga de tu ojo y entonces verás más claramente y podrás desembarazar de su estorbo a tu hermano».

Sabemos que la mota era sólo una paja o astilla y la viga un considerable trozo de madera. Creernos dignos de juzgar al prójimo es vernos ya como sus superiores, incurriendo en pecado de orgullo, la voluminosa viga que oscurece nuestra visión. No se puede chismorrear sin

elevamos inmerecidamente o rebajar del mismo modo a nuestros semejantes... y frecuentemente caemos en las dos cosas. El maldiciente se inclina a proyectar sobre otro la falta que sospecha dentro de sí. A nadie le enoja más que a un mentiroso el que le digan una mentira. El chismoso incurable se enfurece cuando sabe que, a sus espaldas, hablan mal de él.

Nuestro Señor pidió a los maldicientes que examinaran su derecho a condenar las faltas de los otros: «El que esté libre de pecado, que lance la primera piedra». La deducción es clara: sólo la inocencia tiene derecho a condenar. Pero la inocencia siempre deseará atribuirse las culpas ajenas y mirar los errores de los otros como si fuesen propios. El amor reconoce el pecado, pero está dispuesto a morir por atribuírselo.

Sentimos, instintivamente, que nuestros vecinos se comportan mal delinquiendo y lo probamos por las palabras que usamos cuando empezamos a criticar a alguien con palabras de autocensura, como: «No se debe ser poco caritativo, pero...», o «Desde luego no se debe criticar, pero...», o «Prefiero no juzgar a nadie, pero...» Palabras como éstas presagian el desuello moral del prójimo y el efecto sobre el que las profiere es quedar en plena oscuridad psicológica. «El que ama a su hermano mora en la luz... Pero el que odia a su hermano vive en tinieblas.»

Dios ha ofrecido una bella recompensa al que no juzgue: la de no ser juzgado cuando comparezca ante el tribunal celeste, aunque ese juicio de Dios del que se libra el justo será más tolerante que cualquiera que nosotros hagamos. A David, cuando pecó, se le preguntó si quería recibir el castigo de Dios o del hombre y, prudentemente, eligió el de Dios, como prometedor de mayor piedad.

Ni hombres ni mujeres somos lo bastante inocentes ni sabios para juzgarnos los unos a los otros. La única decisión que podemos tomar acertadamente acerca de nuestro hermano cuando delinca es reconocerlo y decir: «Dejemos que Dios le juzgue».

48

HOMBRES ATÓMICOS

Puesto que el temor tiene al mundo entre sus garras, una verdad exige repetición. No debemos temer las bombas atómicas, sino a los hombres atómicos y a los que han fomentado una civilización en que puedan usarse tales bombas. El agente humano es siempre el responsable por todo acto de guerra y no un arma sin vida propia. Un arco y una flecha en manos de un arquero profesional no es la amenaza que sería en manos de un indio salvaje. Las fuerzas de la naturaleza no conocen moral; es el hombre quien usa y abusa de sus poderes. La electricidad es útil, pero no si todos los sitios en que nos sentamos se convierten en una silla eléctrica. El fuego es una bendición cuando lo usamos para cocinar y una maldición cuando lo usa un incendio para quemar una casa. Los remedios de una farmacia pueden aliviarnos si el boticario es un hombre moral, pero en manos de un criminal resultarán inmensamente peligrosos. Por eso la bomba atómica no es una amenaza contra nadie, sino que son los hombres quienes amenazan nuestra seguridad.

¿Por qué los hombres gastan sus energías en la ingrata tarea de procurar destruir el género humano? La respuesta puede hallarse en una palabra que se aplica a nuestros tiempos y que denominaremos «traspaso». El mundo moderno tiene poco que decir a propósito de la evolución, irrefutable según sus entusiastas, los cuales daban por sentado que el progreso humano era automático y seguro. Los hombres no están tan complacidos, con lo que han ejecutado hasta ahora, como para que puedan descansar tranquilos en sí mismos imaginándose descendientes de monos. Pero si la evolución ha perdido su arraigo en el pensamiento popular, la idea de «traspaso» ha sido muy lamentablemente entendida, como lo indica la circunstancia de que, en tanto que el hombre ha ganado dominio sobre la naturaleza, ha perdido el dominio de la suya. El hombre moderno es víctima de sus propias invenciones.

El «resarcimiento» del hombre ha pasado por tres etapas similares a las que vemos en el caso de un hijo que vuelve al lado de su buen padre,

que a través de la bondad, el amor y la clemencia, procura inspirarle su propia obediencia a la ley moral.

La primera etapa es de indiferencia. El hijo se aparta de su padre e ignora sus enseñanzas, que mira como indebidas restricciones a su voluntad de hacer lo que se le antoje. «Mi padre se ha quedado atrás» es su lema en este período. En la segunda fase, según el hijo intensifica la inmoralidad de su vida, la indiferencia se cambia en odio. No se piensa en el padre como tal, sino que hasta se le priva de sus atributos humanos diciendo: «Ese viejo tiene la cabeza como una jaula de grillos». En la tercera etapa del odio al padre se convierte en odio a todo el mundo y el joven rebelde se queja de que no le comprende nadie. Su conciencia le hace imposible vivir en paz consigo mismo y, en consecuencia, no vive en paz con ninguna persona.

Así son las tres etapas del «resarcimiento» en las que el hombre pierde el amor a su Padre Celestial. En la primera fase, el hombre niega la existencia de Dios. Hallando en los divinos mandamientos un insoportable estorbo en su manera de vivir, intenta justificar su equivocada conducta diciendo: «Dios es sólo un mito». En la segunda fase, el hombre niega la existencia de Dios y le ve como a un enemigo. Los fariseos decían que Nuestro Señor era un diablo e interpretaban la esencia de Dios más como maldad que como bondad. Los comunistas actuales no niegan a Dios (como pueden hacerlo los burgueses ateos), pero luchan contra Dios con un ateísmo activo que, sin negar su existencia, forcejea para destruirle.

En la tercera etapa, el odio a Dios se extiende hasta convertirse en odio a nuestros semejantes. El que ha procurado matar a Dios, siempre va más allá y procura matar a su vecino. Porque el que rompe el primer vínculo de amor no para hasta romper los restantes. Los españoles tienen este proverbio: «Al que al cielo escupe, en la cara le cae». Pretender desterrar a Dios de una civilización, necesariamente conduce a una relajación tiránica y cruel entre sus miembros. El resultante odio al prójimo, derivado de la negación de Dios, encuentra su final expresión física en la bomba atómica. El que no puede convivir con Dios, no puede compartir la tierra con los demás hombres.

La solución no consiste en la inspección atómica, sino en la vigilancia humana. Si los escolares tiran piedras a las ventanas, no trataremos de disciplinar las piedras, sino a los niños. Las organizaciones internacionales no pueden impedir que se desencadene un infierno sobre la tierra hasta que el hombre cambie y comience, de nuevo, a servir y amar a

Dios. Y ésta es tarea que cada hombre ha de cumplir solo, porque no la resolverán las «conferencias».

Ése es el único modo de desterrar del mundo la enemistad. Los hombres no pueden aprender a amar a sus congéneres, y mucho menos a los que son sus enemigos, hasta que vuelvan primero al amor de Dios. Entonces, reconociendo que todo lo ha creado Él y que cada ser humano le es querido, podremos amar también a todos los hombres.

Los hombres «prácticos» pueden creer indiscreto que medio mundo retorne a Dios mientras el otro medio continúa odiándole. Esto es como temer el transparente plan de un niño pequeño para tirarme por las escaleras, cuando su padre lo ve todo y no le quita ojo de encima, estando presto a quitarle la cuerda con que el pequeño espera enredarme los pies. No debemos temer la malicia de los corazones abiertos a la inspección de Dios, como lo son todos los humanos. Si Dios está de nuestra parte, ¿qué importa que alguien intente actuar contra nosotros?

El hombre

49

PROGRESO

G. K. Chesterton ha dicho: «Una cosa del mundo que nunca progresa es la idea del progreso». Con esto daba a entender que, a menos que tengamos un concepto fijo de lo que el progreso significa realmente, nunca sabremos si adelantamos o no. Desgraciadamente, hay muchos que, en vez de trabajar por un ideal, lo cambian y llaman a eso progresar. No sabrá si progresa el que va de Chicago a San Francisco, si San Francisco se identifica con Nueva York. Sólo cuando el objetivo es fijo y definido tendremos un blanco y energía con que disparar la flecha. Todo en la geología y superficie de la tierra señala a un futuro. El impulso de un río es llegar al mar; el niño nos dice lo que se propone ser cuando se haga hombre; los pensamientos vuelan hacia el mañana. Todos esos impulsos que nos estimulan a avanzar implican un futuro dirigido por Dios. Los que pierden de vista su objetivo, a menudo se concretan simplemente a moverse y procurar encontrar placer en ello. Les deleita volver las páginas de un libro, sin terminarlo jamás; empuñan pinceles y nunca acaban un cuadro: viajan por mar, mas no conocen los puertos. No tienden a la realización de un destino, sino a dar vueltas y actuar por mera propensión al movimiento,

La perfección consiste en ser, no en hacer; no en ejecutar un acto, sino en redondear el carácter. Nada hay que haga la vida más desgraciada que el arrastrarla sin finalidad. Y es obvio que carece de significado cuando no responde a un propósito. Hay decenas de millares de propósitos menores, pero el único grande consiste en perfeccionar nuestro carácter desde un punto de vista moral. Infinitas son y varias las cosas de la vida, mas quien no lo hace converger todo directamente en la santificación de su alma, no comprende el fin de la existencia.

A Confucio le dijo una vez su hijo: «Me aplico con diligencia a toda clase de estudios y no descuido nada que pueda hacerme inteligente e ingenioso. Pero no avanzo». Confucio respondió: «Suprime algunos de tus propósitos e irás mejor». La vida de un hombre es vaga, cambiante y desorientada como la de un niño a la caza de mariposas hasta que descubre

por qué está en la tierra y adónde va. Los ríos no suelen tornarse menos hondos según se alejan de sus fuentes, y el río del corazón no tiene por qué ser una excepción. Debe fluir, ensanchándose y ahondándose, hasta que llegue al gran océano del amor divino, para el que está destinado y con el que debe unirse.

La insatisfacción puede ser un motivo de auténtico progreso. Insatisfecho con la pluma, el hombre inventó la imprenta; insatisfecho con el carro y la locomotora, inventó el avión. Todos tenemos dentro un impulso que mueve al espíritu a batir sus alas, como un águila encerrada en la jaula de esta tierra, hasta ensangrentarse las plumas. Si los corazones analizaran ese impulso interior que los lleva de lo inmediato a lo posible y les hace alumbrar nuevas fuentes en el desierto de sus vidas y escalar las montañas para ver mejor el cielo, sabrían que de continuo son arrastrados de nuevo hacia el Dios todopoderoso del que proceden.

Permanecer complacidos en el punto de nuestra vida espiritual en que nos hallamos, es pensar que un árbol debe contentarse con ser más alto que un arbusto, o que a una oruga debe bastarle su estado sin nunca gustar de la gloriosa existencia de la mariposa. No vive quien descansa en sus laureles ni es feliz el que subsiste de memorias. Los laureles pretéritos deben ser arrinconados cuando el hombre adelanta hacia la vocación superior a que es llamado, prescindiendo de las cosas que quedan detrás. El pájaro necesita olvidar su nido, la nuez su cáscara y la flor su capullo, porque si no los olvidan nunca llegarán a su fin. Debemos prescindir de los pensamientos sombríos y de las jactancias, porque la dicha de la vida consiste en contemplar la perspectiva de lo mejor y más alto.

50

EL HOMBRE-MASA

En el mundo moderno se está multiplicando un nuevo tipo de hombre, y si el lector reconoce en él su propio retrato, convendrá que se detenga aquí, que reflexione y que cambie. El nuevo hombre es el hombre-masa quien, dejando de apreciar su personalidad individual, quiere ser sumergido en la colectividad o multitud.

El hombre-masa puede ser reconocido por los siguientes rasgos:

1.º No tiene originalidad de juicio y no lee otra cosa que el diario, o las revistas cinematográficas, o de vez en cuando alguna novela. Tiene sólo un punto de vista sobre un tema común, pero ningún nuevo principio o solución.

2.º Odia la tranquilidad, la meditación, el silencio y cualquier cosa que le dé tiempo para sondear las profundidades de su alma. Necesita ruido, muchedumbre o radio, escúchela o no.

3.º La evasión o escape de sí mismo son perentorios para él. Necesita alcohol, combinados, novelas policíacas o películas en fuertes dosis para procurar llenar el vacío de sus horas. Mientras el genio ama la concentración él busca la dispersión, particularmente sexual, a fin de que la exaltación del momento le permita no tener que considerar el problema de la vida.

4.º Le gusta ser influido más que influir, es muy sensible a la propaganda y a las excitaciones de la publicidad y generalmente tiene un periodista favorito que se encarga de pensar por él.

5.º Cree que todo instinto debe ser satisfecho, prescindiendo de que ello vaya o no vaya de acuerdo con la justa razón. No comprende la abnegación ni la autodisciplina; considera el derecho a expresarse como idéntico a la libertad absoluta, y en ningún punto vital es dueño de sí mismo.

6.º Sus creencias sobre el bien y el mal cambian como las veletas. Sostiene opiniones que no son nada más que una sucesión de

contradicciones, y sigue un mes senderos mentales que abandona el otro. No va a ninguna parte, pero está seguro de hallarse en el mejor camino. No siente gratitud hacia lo pasado ni responsabilidad por lo futuro. Nada le importa fuera de las distracciones, así que su vida es un loco laberinto de instantes sucesivos, ninguno de los cuales añade a su vida sentido alguno.

7.º Identifica el dinero con el placer y procura gastar mucho del primero para conseguir mucho del segundo. Ese dinero ha de conseguirse con el menor esfuerzo posible. Su yo es el centro de todo y todo se relaciona con él por intermedio del dinero.

8.º Para vencer su soledad recurre a la comunicación con otros mediante clubs nocturnos, reuniones y distracciones colectivas. De todas ellas vuelve más solitario que antes, creyendo, como Sartre, que el infierno son los demás.

9.º Siendo un hombre-masa completamente cortado por el nivel común, odia la superioridad, imaginaria o real, en los otros. Le agradan los escándalos porque parecen probar que el prójimo no vale más que él. Le disgusta la religión porque piensa que, negándola, puede seguir viviendo, como lo hace, sin escrúpulos de conciencia.

10.º Podría conocérsele lo mismo por un número que por un nombre, dado lo inmerso que está en la mente gregaria. Incluso la autoridad que menciona es anónima. Para él es siempre «esa gente». «Esa gente dice...», o «esa gente me aburre...», o «esa gente va a hacer esto...» El anónimo le parece una protección que le inhibe de asumir responsabilidades. En las grandes ciudades se siente más libre porque es menos conocido, cosa que a la vez aborrece porque suprime lo que él cree su distinción personal. El símbolo perfecto del hombre-masa impersonal es la seguridad social que pone en el número, lo que completa su alejamiento de sí mismo.

Ésos son los diez signos del hombre-masa, materia en bruto de todas las formas del totalitarismo, del fascismo al comunismo. Psicológicamente es un hombre desgraciado, colmado de desesperación, de temor y ansiedad, y espantado ante la vacuidad de su vida. Su caso no es desesperado si se consigue que vuelva a entrar en su propio ser. La razón por la que desea perderse en la muchedumbre es que no puede soportar su miseria interior. En consecuencia, le convendría aislarse de la masa y entenderse consigo mismo. Toda fuga es cobardía y evasión, sobre todo la fuga hacia el anónimo.

Hace falta ser valiente para contemplar el espejo de nuestras propias almas y ver escritas allí las desfiguraciones causadas por nuestra mala conducta. No es nada absurdo decir que los hombres han de ser hombres y no átomos en una masa. Cuando un hombre ve las lesiones morales que a sí mismo se ha causado, lo inmediato es presentarlo al Médico Divino para que se las cure. A estos fatigados hombres de las masas dirigió el Señor su llamamiento: «Venid a mí todos los que trabajáis y os sentís abrumadoramente cansados y encontraréis descanso para vuestras almas».

51

UNA LLAMADA A LA VIDA INTERIOR

Un padre dio a un hijo pequeño suyo un rompecabezas que representaba el mundo y le pidió que lo resolviera. El chiquillo acabó en un plazo sorprendentemente corto. Cuando el asombrado padre preguntó cómo había sido así, el rapaz repuso: «Hay un hombre por el otro lado, y me bastó ponerlo en su sitio para que el mundo quedara todo bien». Tal es la clave para la comprensión de todos los problemas económicos y políticos de nuestros días. Nada ocurre en el mundo que no haya ocurrido primero dentro del hombre. Las guerras no las hacen los políticos, sino los políticos con cierta filosofía de la vida. Ninguna explicación de la guerra ha sido tan clara como la Biblia, que declara que las guerras son castigos infligidos al hombre por sus pecados. No es un castigo en el sentido de que Dios envíe una guerra como un padre aplica una azotaina a un niño por un acto de desobediencia. Es más bien que una guerra sigue a un derrumbamiento de la moralidad, como el trueno sigue al rayo y como la ceguera sigue al hecho de que nos saquen los ojos.

Los hombres de edad mediana han vivido una época donde la guerra parece más normal que la paz. Se ha cumplido, literalmente, lo que Nietzsche profetizó al opinar que el siglo xx sería una centuria bélica. La guerra es un síntoma del quebranto de la civilización. Sólo hay diferentes grados de cultura entre los combatientes. Cuando un cuerpo enferma, el germen no se localiza en un órgano con exclusión de todos los otros, sino que infecta toda la corriente sanguínea. Así el mal de nuestros días ni es un mal de Oriente o de Occidente, sino de todo el mundo, porque los hombres se han alejado del verdadero centro de su bien espiritual. Al cesar de temer a Dios en el sentido de temor filial, como un hijo debe temer a un padre, han principiado a sentir por el hombre un temor servil, como el de un esclavo por un tirano.

El hombre moderno se ha tornado pasivo frente al mal. Tanto tiempo le han predicado una doctrina de falsa tolerancia y tanto ha creído que el mal y el bien eran sólo diferencias de un mismo punto de vista, que ahora

que las obras del mal han sido puestas en práctica, está paralizado contra su ruina.

La injusticia política, el soborno y el cohecho en los altos cargos y el crimen organizado le dejan frío. Activo y ocupado en lo exterior, es pasivo e inerte por dentro, porque raras veces penetra en su propio corazón. Por lo tanto, el remedio del mal pasa a manos de medios y realidades mecánicas externas al hombre. Ningún Gobierno o Estado puede gobernar duramente en detrimento de la libertad personal, a menos que los ciudadanos hayan ya renunciado interiormente a los fundamentos de esa libertad, así como a su responsabilidad ante Dios. Perdida la unidad interna, el hombre se siente cada vez más obligado a buscar la unidad fuera de sí mismo, en la unidad de la organización. Rechazando toda posibilidad de Dios, se entrega cada vez más al Estado. La oveja que no sigue al pastor tiene que ser vuelta al redil por un perro que la persiga ladrando. El ciudadano que no obedece las leyes morales de Dios, ha de ser organizado por un dictador que le abofetee el alma. El debilitamiento de la vida espiritual interior es causa básica de la discordia y desconcierto en el mundo. La organización por la fuerza, como remedio al caos que ha creado el relajamiento del sentido moral, siempre exige un dictador que haga una ley personal, en vez de reflejar la eterna armonía que gobierna a los cielos.

Una gran carga gravita sobre los hombres que se llaman a sí mismos religiosos. En esta hora fatal, todas sus energías deben emplearse en llamar al hombre a cumplir su destino espiritual, exhortándole a que invoque a Dios, que le creó. En vez de esto hay algunos que acusan a sus vecinos, también creyentes en Dios, de ser desleales a su país o de procurar imponer su fe por la fuerza a sus conciudadanos. Tales mentiras constituyen un deservicio a Dios y al país. Su supuesta fe en Dios es muy discutible, porque nadie que crea en Dios odia a su prójimo ni procura incitar a un ciudadano contra otro a través del desprestigio. Que los católicos, protestantes y judíos recuerden que la misión de las religiones consiste en intensificar la vida espiritual del hombre y no en vaciar cálices de amargura en los corazones, excitando a los humanos contra sus prójimos. No es a los políticos, a los economistas ni a los reformadores sociales a quienes debemos volver los ojos al dar los primeros pasos en el camino de la recuperación espiritual, sino a las religiones profesadas. Los no religiosos deben cooperar repudiando a los que creen hablar en nombre de Dios y su patria, diciendo que su vecino no ama a uno ni a otra. La religión no debe ser un manto que encubra el puñal del odio.

52

LOS MORALISTAS FALSOS

Entre muchos pensadores superficiales de nuestros días existe la tendencia a enseñar que todo acto humano es un reflejo sobre el que no cabe ejercitar el libre albedrío. Consideran que una proeza generosa no es más digna de alabanza que un parpadeo, y que un crimen es menos trascendente que un estornudo. Tales falsos pensadores creen que los hombres actúan condicionadamente de un modo u otro, sin libertad de elección ni responsabilidad por sus buenas o malas obras. Nos dicen que el crimen y el pecado pueden ser causados por una insuficiencia de patios de recreo, o por una fuerte impresión de la infancia que convirtió al niño en un problema que le impidió ajustarse a la realidad y a sus exigencias.

Tal filosofía mina y recorta toda dignidad humana. Confunde la conducta, que es cosa humana, con obrar por instinto, que es propio de animales. Prescinde de las facultades espirituales del hombre que le llevan a actuar contra sus impulsos, rechazando, en nombre de un ideal, la costumbre de seguir la línea de menor resistencia. Este falso concepto de la naturaleza humana contradice la experiencia de nuestro sentido común. Nadie «tiene» que terminar de leer esta página ni «tiene» por qué darla de lado. Usted es perfectamente consciente de su libertad para hacer una de esas cosas de aquí a unos tres minutos. Todos podemos escoger un modo de acción u otro en cualquier momento de nuestras vidas.

La más floja y menos verosímil de las causas es decir: *«No* puedo dejar de hacerlo», cosa particularmente estimada por los embusteros. Se dice: «Fulana me preguntó mi opinión sobre su sombrero nuevo. ¡Cualquiera se la daba!» ¿Por qué no? La verdad no tiene por qué ofender nunca si se dice amistosamente y con caridad. Un «No tuve más remedio» no es pretexto admisible para cometer pecado alguno. Y pecado es la mentira. La idea de que los hombres actúan en virtud de fuerzas más potentes que sus voluntades conduce a grandes peligros en el escenario social. Hasta el matar queda justificado por algunos que dicen que la necesidad económica hace inevitables las guerras. Nadie en la edad de la

fe habló de las guerras como inevitables. Las guerras son hechas por hombres y no por la economía, y los hombres, en edades más sanas que las nuestras, eran conocidos como agentes libres que decidían sus propios destinos.

Santiago nos dijo: «¿Qué conduce a la guerra y qué a las querellas entre vosotros? Os diré lo que a eso os conduce: los apetitos que infestan vuestros cuerpos mortales. Si no se cumplen vuestros deseos, os entregáis al asesinato; si ponéis vuestro corazón en algo y no ejecutáis vuestra voluntad, se siguen querellas y luchas».

No es seguro que haya una guerra atómica. Antes decidirán los hombres en sus corazones si tal guerra ha de sobrevenir o no. La inerte bomba no crea el problema de nuestros tiempos. Es la crueldad de los hombres la que lo plantea. Un arsenal de bombas en manos de San Francisco de Asís sería tan inofensivo como una flor. Pero una sola bomba en manos de un dictador soviético o de un Presidente dispuesto a lanzarla, puede amenazar a Nueva York o provocar una clamorosa calamidad en Hiroshima.

La tradición cristiana atribuye el mal a una opción personal, a un acto de la voluntad libre que usa mal de la libertad que Dios dio al hombre. La libertad es ampliamente valorada hoy en los discursos de los políticos, pero éstos alaban sólo la libertad política. Nadie emplea el micrófono para recordar al oyente individual que es libre en lo moral y que sus pecados él los crea. Hay quien se burla de tal libertad en nombre de una moral falsa. Según los pensadores confusos, tenemos que pecar sin que nada pueda impedirlo. Si triunfara ese esfuerzo para negar la libertad del hombre, las gentes se convertirían en otros tantos animales.

Esa falsa moral se recomienda muy particularmente, por sí sola, a los que quieren escapar a la voz de su conciencia. Desean crear una filosofía que les permita ser crueles, mendaces y soberbios sin sentirse culpables. Sus mismas conciencias, sus incorruptas razones, les dicen que hacen mal y que tendrán que responder de ello. Para escapar a este desagradable conocimiento algunos quieren sobornar a sus propias conciencias, induciéndolas a verlos a una luz más favorable. Establecen una nueva moral adaptada a sus acciones que les permite calibrarlas como buenas. Como la verdadera conciencia los inquieta, se procuran una falsa que les tranquilice y halague.

El hombre que, de este modo, se crea una nueva conciencia, se hace un rival de Dios cuando osa determinar a su modo el bien y el mal. Cuando

hace algo bueno, como contribuir a una obra de caridad y ver, en consecuencia, su nombre en los periódicos, se aplica todo el mérito de su obra. Cuando hace algo malo, aduce: «Como yo soy así...», o «Mi niñez fue tan desgraciada, que no debe esperarse que me comporte bien».

Las falsas conciencias parecen triunfar, pero sólo a la luz del día. Incluso los moralistas falsos, en largas noches sin sueño, conocen el remordimiento, y su desasosiego es la voz de Dios llamándolos a dejar la esclavitud en que se han sumido, sustituyéndola la gloriosa libertad de los hijos del Señor.

53

LO QUE NOS HACE NORMALES

Si no tenemos una idea clara de lo que.es normal, nunca conoceremos cuándo nos apartamos de la salud moral y mental. Uno ha de comprender cómo debe funcionar un ser humano y eso nos ayudará a reportarnos a tiempo y acortar nuestras tendencias hacia la anormalidad. Todo movimiento humano atraviesa tres etapas. Primero hay un pensamiento, después una respuesta emotiva y, finalmente, un acto.

La idea siempre surge antes que la emoción. Las lágrimas de una hija no causan la muerte de su madre, sino que es la muerte la que causa las lágrimas. La mente registra las experiencias de las cosas que ocurren en el mundo en torno a nosotros; y a continuación, como un capitán sobre el puente de su buque, señala el acontecimiento a todas las partes del organismo que tiene bajo su mando, tal como se dan órdenes a una sala de máquinas. El cuerpo responde con la emoción apropiada. Podemos pensar en nuestros cuerpos (que incluyen nuestras emociones) como instrumentos musicales en los que la mente humana puede tocar cualquier aire que desee, y por la clase de pensamientos que retengamos en nuestra mente, cabe determinar la clase de sentimientos que tendremos después. El disgusto puede causar úlceras y el pensar en algo terrible puede llevar sangre a los músculos activos, distendiéndolos.

Las emociones nos conducen normalmente a la acción y así se desahogan, porque las acciones constituyen la tercera y final fase de lo que engendró una idea. Ello se ve claramente en los actos más sencillos. Un espectador de fútbol puede hacer girar su cuerpo hacia una línea sin protección que un jugador no ha visto. La idea de la brecha la suscita la idea de que puede cumplir su deseo de sentir una emoción y la acción del cuerpo sigue inconsciente al deseo y a la idea.

Una vez sabido esto acerca de nosotros mismos, podemos aplicar tales hechos a la vida cotidiana. Se comprende en el acto lo absurdo que es decir: «No me importa cómo pienses, sino cómo vives». Porque obramos según nuestras creencias, y si nuestras ideas son erróneas, también lo serán

nuestros actos. Desear el mal equivale a preparamos para las malas acciones. «Porque quien pone los ojos en una mujer con lujuria, ya ha cometido con ello adulterio en su corazón.»

Si nuestro credo es erróneo, nuestra conducta errará. Si no hallamos la explicación de por qué estamos aquí y adónde vamos, no sentiremos ni actuaremos con certidumbre ni consistencia. El hombre que no piensa bien, no actuará rectamente ni será feliz, porque la idea es la fuente de todo lo que siente y hace.

Algunas veces ciertas ideas erróneas se infiltran en nosotros, a pesar de nuestra vigilancia, e incluso pueden alcanzar la segunda fase, o sea la emotiva, antes que podamos atajarla. En general nos cabe impedir que pasen de la etapa primera, y si son inciertas o no sanas, debemos procurar alejarlas de nosotros. Es siempre mejor examinar una idea antes que se convierta en emoción. La mente debe tener tanto cuidado con las ideas que alberga como el estómago con los alimentos que absorbe. Y, sin embargo, muchas personas que nunca soñaron con servir bazofia en sus mesas, se nutren de basura literaria y llevan en sus mentes la bazofia de las malas películas.

Las ideas y emociones no deben ser reprimidas ni expulsadas de la conciencia por temor, culpa o creencia de que otro pueda sentir lo mismo. Las ideas anticristianas o contra la ley moral deben ser serenamente alejadas de nosotros, sin dar a ello más importancia que a la no aceptación de una vianda indigerible.

Si una idea perversa alcanza la etapa emocional, aún podemos eliminarla sin reprimirla (lo que es peligroso), ni expresarla en acción (lo que usualmente resulta peor). Nos cabe exteriorizar la energía emotiva que nos da esa idea, pero en sentido diametralmente opuesto, para convertirla en una fuerza benéfica.

Un empleado de banco siente una fuerte inclinación al robo y le late el corazón pensando de antemano en los placeres que su fechoría le deparará. Si examina la idea con morboso temor, ello le paralizará en sus actos normales. Si se somete a la tentación, contraerá el hábito del robo, porque el apetito entra comiendo. Pero puede encauzar su energía en una dirección útil. En vez de estudiar medios de defraudar al banco, puede emplear esa energía en aumentar su eficacia y quizá ganar honradamente lo que principiaba a codiciar.

El mal será, con todo, mejor destruido por los buenos pensamientos, merced a los cuales el mal puede trocarse en amor. San Pablo dice: «No os

dejéis vencer por el mal sino venced el mal con el bien». El mal no se arrostra con la voluntad de un modo brutal. Vale más flanquearlo y hacerle dejar el campo merced a una gran acumulación de bondad y un creciente amor a Dios. En una mente llena de ideas bellas y bondadosas queda muy poco espacio para el mal.

54

CÓMO VENCER LOS MALOS HÁBITOS

Tengo mal carácter», «Bebo demasiado», «Siempre estoy criticando» o «Soy muy perezoso», son quejas familiares en los que aún creen que la nobleza de carácter es una finalidad por sí misma. No se dirían tales cosas si no se sintiera un fuerte deseo de romper la cadena de los malos hábitos. Esas frases expresan la voluntad de vencer toda mala costumbre. Pero ello exige cuatro cosas previas.

Se necesita la *introspección* para localizar el hábito adquirido y verlo claramente como un pecado. La sorpresa que nos causa que otros critiquen una falta nuestra, prueba que no ejercemos la introspección lo suficiente para conocernos a nosotros mismos. Hay quienes temen examinar sus conciencias, asustados de lo que pueden encontrar, como esos cobardes que no se resuelven a abrir un telegrama por miedo a que contenga malas noticias. La introspección es al alma lo que el diagnóstico al cuerpo, es decir, el primer paso hacia la salud. El Hijo Pródigo hubo de «entrar en sí mismo» antes de reconocer sus yerros contra su padre. Dirigiendo el proyector de la atención sobre nuestras personalidades, damos con el pensamiento o hábito que requiere correctivo, y nos vemos como somos, no como quisiéramos ser.

Evitar las ocasiones de pecar es el mejor modo de no pecar. El modo de no disgustamos es no buscar situaciones aptas para causar disgustos. Quien se quema por estar al lado de un fuego, hará bien en eludir toda lumbre. El alcohólico hará bien evitando el primer trago; el libertino, las mujeres bonitas, y los de malas inclinaciones, la compañía de quienes les degradan. Dijo Nuestro Señor: «El que ama el peligro, perece en él». La tentación es difícil de vencer en el último momento, cuando ya tenemos el pecado a nuestro alcance, pero cabe sobreponerse a ella si evitamos resueltamente la ocasión que la produce. El ambiente puede hacer el pecado atractivo o repulsivo, porque lo que nos rodea influye mucho en nosotros. Nos cabe *elegir* el ambiente que deseamos y rechazar inexorablemente los que den ocasión de mal. Nuestro Señor dictaminó: «Si

tu ojo derecho te da ocasión a pecar, arráncatelo». De modo que si los libros que leemos, las casas que visitamos y los juegos que nos distraen, nos dan ocasión de pecar, debemos prescindir de ellos por entero.

Un acto de voluntad es necesario para toda realización. Los médicos dicen que para la curación nada es más eficaz que la voluntad del enfermo. Para vencer nuestros vicios hemos de tener la fuerte voluntad de hacerlo. Adquirimos malos hábitos dejando que señoreen nuestra voluntad hasta que se convierten en automáticos y casi en inconscientes. Para dominarlos hemos de invertir el proceso y quebrar el funcionamiento automático de nuestra propensión al vicio. Nuestros caracteres no consisten en lo que de ellos conocemos, sino en lo que de ellos elegimos, y esa elección depende de la voluntad. Después de que el Hijo Pródigo volvió a su casa y dejó el ambiente de pecado, su primer paso fue decidir: «Y me levantaré e iré a casa de mi padre».

Se necesita para completar la tarea una recta *concepción filosófica de la vida,* porque la voluntad sola no puede vencer los malos hábitos. Ningún alcohólico cura hasta que encuentra algo que aprecia más que la atracción del alcohol. A ningún otro mal se renuncia hasta que el pecador encuentra una recompensa positiva por no reincidir en su pecado. Nuestro Señor nos previno contra la casa, bien barrida y alhajada, que albergaba siete demonios, cada uno peor que el primero. Ese resultado es inevitable cuando se expulsa un mal y no se sustituye con bien alguno. Incluso el mundo moral aborrece el vacío.

Los malos hábitos no son expulsados por el mero hecho de odiarlos, ya que no siempre los odiamos como debemos. Pero los aleja el amor de otra cosa que toma posesión de nosotros y que debe ser más grande que nosotros mismos, ya que somos nosotros los que necesitamos enmienda. No será probablemente nada terreno lo que constituya un amor sustitutivo. El hombre que cura de su disipación, reemplazándola por la ambición, puede hallarse peor en la reforma que en el pecado. Nada nuevo que compita con un amor puede ser más grande que él, salvo el amor de Dios mismo, con todo lo que en ello se contiene. San Agustín resumió sus efectos cuando dijo: «Amad a Dios y haced vuestra voluntad». Porque si lo amáis verdaderamente, nunca desearéis herirle, como no deseáis herir a un amigo.

No se puede luchar eficazmente contra los hábitos a menos que se tenga una filosofía que haga girar nuestras vidas en tomo al Dios que nos

creó y sin el que estamos miserablemente obligados a arrastrar la compañía de nuestras imperfecciones.

55

DISPOSICIÓN AL SACRIFICIO

Nunca, hasta hoy, en este período de tregua (porque difícilmente pueden llamarse pacíficos nuestros tiempos), ha existido tanta disposición al sacrificio. Ese espíritu no se manifiesta aún abiertamente y permanece escondido como el agua bajo la superficie de la tierra.

Tal disposición potencial se manifiesta de dos modos: uno morboso y masoquista; otro saludable y esperanzador. El síntoma de la primera clase de sacrificio es la sumisión al totalitarismo, bajo el que se halla casi una cuarta parte de los pueblos de la tierra. El comunismo ofrece una visión laica de la idea cristiana del sacrificio, pues anuncia que el renunciamiento, las depuraciones, las liquidaciones, la revolución, son cosas imprescindibles para que el hombre pueda entrar en una nueva clase de cielo en la tierra. El comunismo ha encontrado muchos que lo apoyan, no porque sus enseñanzas sean buenas, sino porque la gente estaba harta del liberalismo, estilo de leche aguada que no conocía ningún mal digno de ser condenado ni bien digno de morir por él. El comunismo está llenando el vacío dejado por la divina admonición: «Toma la Cruz y sígueme».

Pero hay más saludables signos de un anhelo de sacrificio: el deseo de la juventud de hallar algo fuerte y que merezca luchar por ello. Los pocos que han encontrado una causa, la sirven infatigablemente mientras creen que con ello ayudan al mundo. Si se objeta que otros jóvenes de ambos sexos se dedican a la anarquía y la licencia social, respondo que eso no es prueba de debilidad de la juventud ni de que se rebele contra la autoridad y la ley. A mí me parece eso más bien una rebelión contra las flaquezas de los padres, que aguaron la verdad con el error y la virtud con el vicio, diluyendo así el drama que debe existir en la vida. El espíritu revolucionario de nuestra juventud se levanta contra el fracaso de sus mayores en la empresa de legarles valores definidos y causas por las que se pueda y deba combatir. Tal rebelión no es más que una actitud de desprecio contra la pasiva barbarie de la sociedad en que nacieron, y su licencia camal una protesta contra lo vacío de la vida, vivida sólo con fines

egoístas y cuya falta de trascendencia pretenden compensar algunos con sus aventuras eróticas. Incluso en los peores extravíos de la juventud vemos una esperanza: la de que busquen luego un más alto destino y se consagren a una vida de dedicación.

Hay un período de la historia romana que tiene mucha similitud con el nuestro: aquel en que había quienes aceptaban como lema filosófico y estoico el de «apretar los dientes hasta que rechinen». En los tiempos modernos existe otra filosofía aún menos satisfactoria que la del estoicismo romano, y es la que prevaleció entre las dos guerras mundiales. Apareció primero en Alemania, después de la primera conflagración, y en Francia en nuestros días, y se llama existencialismo.

El estoicismo preparó a los hombres para el nihilismo social, que equivale a la decadencia de la civilización. El existencialismo obliga a los hombres a aceptar un nihilismo interior que significa el decaimiento de la personalidad humana cuando abandona a Dios. Los filósofos existencialistas, al menos, ven claramente cuando saben que ponen al hombre ante una suprema disyuntiva: Dios o nada. Cuando uno se halla en presencia de esas alternativas, no puede permanecer en un nivel medio, y sólo le quedan la locura y el suicidio o llegar a Dios por el sacrificio y la abnegación.

Hoy la gran mayoría del pueblo —especialmente los jóvenes— está preparada para la gran ascensión hacia Dios, pero sus jefes fallan porque se educaron en un ambiente de dilución de ideas que procura pasar como sobre ascuas las cosas de la Cruz, puliendo sus ásperas aristas para no herirse con ellas. Por eso son ineptos para satisfacer la profunda avidez y los anhelos de un pueblo hambriento de cruz. Los observadores superficiales consideran que es jefe de masas el que promete algo a cambio de nada, como vacaciones pagadas durante lustros y pensiones para los obreros a los treinta años; mas el conductor que verdaderamente capte el alma del pueblo americano, especialmente de los jóvenes, habrá de llevar su cruz a cuestas.

Los días de los hombres que prometían lindeza sobre lindeza han pasado. Se acercan tiempos en que habrá que exhortar al heroísmo, al sacrificio y la abnegación. Millones de hombres se alistarán en las banderas de quien ofrezca algo más digno de amor que uno mismo. El Calvario parecía muy lejano en los tiempos en que se creía asegurado el progreso automático, pero se ha acercado mucho durante una década de adversidad. La nueva América espera el momento de sacrificar los

intereses de su egoísmo por una causa justa. Cuando surjan jefes capaces de ser víctimas en un sacrificio por lo mejor que conocemos, tendremos buenos tiempos para todos.

56

¿SÓLO CLEMENCIA?

A medida que el mundo se desarrolla, cada vez se usa más la palabra clemencia. Ello sería elogiable si la gente comprendiera la clemencia. Pero muy a menudo equivale a mostrar piedad por los infractores de la ley o con los traidores a su patria. Tal clemencia podrá ser una emoción, pero no una virtud, como no es clemente el hijo que mate a su padre por creer que va haciéndose demasiado viejo. Para evitar cualquier imputación de culpa, a ese asesinato se le llama eutanasia.

En todos los alegatos en pro de la clemencia se olvida el principio de que la clemencia consiste en la perfección de la justicia. No viene primero la clemencia y luego la justicia, sino la justicia primero y la clemencia después. La clemencia no es amor si se divorcia de la justicia. El que ama cualquier objeto, debe resistir a todo esfuerzo para destruirlo. La capacidad de indignarse con razón no prueba falta de amor ni de clemencia, sino precisamente lo contrario. Hay crímenes de tolerancia que equivalen a hacer bueno lo que se perdona. Los que piden la libertad de asesinos, traidores y otra gente parecida, alegando que se debe ser clementes, como Jesús, olvidan que ese mismo clemente Salvador dijo que no traía paz, sino espada. Así como una madre demuestra amor a su hijo odiando la dolencia física que le consume el cuerpo, Nuestro Señor demuestra que ama la bondad odiando el mal, que tantos estragos causa en las almas de sus criaturas. El médico que fuese tolerante con los gérmenes de la tifoidea o de la poliomielitis, o el juez tolerante con el estupro, quedarían ante Nuestro Señor en la baja categoría de los indiferentes al pecado. Una mente que nunca es severa ni se indigna, ignora el amor y morirá sin conocer la distinción entre el mal y el bien.

El amor puede ser severo, hosco y hasta fiero, como era el amor del Salvador. Recuérdese que hizo un flagelo con cuerdas y arrojó' del Templo a los mercaderes; se negó a la cortesía de hablar ante farsantes vulgares como Herodes, para no aumentar la culpa moral del tetrarca; y a un procurador romano que alardeaba de su totalitarismo y de las leyes

totalitarias, le hizo saber que, si tenía poder, era porque dimanaba de Dios. Cuando un gentil cortejaba a una mujer junto a un pozo, Él le recordó inexorablemente que ya se había divorciado cinco veces. Cuando supuestos hombres justos quisieron desviarle de su camino, les arrancó las máscaras de su hipocresía, llamándolos «progenie de víboras». Cuando supo que se había vertido sangre de galileos, reaccionó con formidable dureza diciendo: «Todos pereceréis si no os arrepentís». Igualmente enérgico se mostró con los que ofendían a los niños dándoles una educación que, progresivamente, los inclinaba al mal. Dijo: «Si alguien intenta dañar a algunos de estos pequeños que creen en Mí, más valdrá hundirse en el fondo de los mares con una piedra de molino atada al cuello». También aconsejó a los hombres que se arrancaran los ojos y se cortaran los pies antes de dejarlos convertirse en ocasiones de pecado y de pérdida del alma. Pidiéndole uno de sus discípulos que le dejara interrumpir su tarea apostólica para enterrar a su padre, Nuestro Señor repuso: «Deja que los muertos entierren a sus muertos». Al servirle Marta a la mesa, Él señaló que era necesario algo más que el mero servicio. Cuando estaban durmiendo sus apóstoles, los despertó implacablemente y les reprendió porque no oraban. A pesar de la plena confesión de Tomás, le amonestó por su falta de fe. Una sola de sus miradas era tan penetrante y de tal modo revelaba la debilidad y el mal interior de todos, que hacía llorar a sus discípulos.

Si la clemencia significa el perdón de todas las faltas, sin retribución y sin justicia, veríamos los mejores sentimientos concluir en una multiplicación de abusos. La clemencia es para los que no abusan de ella, y no abusará ningún hombre que haya comenzado a convertir lo malo en bueno, como manda la justicia. Lo que algunos llaman hoy clemencia no lo es en modo alguno, sino un lecho de plumas para los que se burlan de la justicia; y es de temer que multipliquen sus desafueros y males para llenar esos lechos. Tener clemencia no es dejar ejecutar libremente todo antojo, porque ya dijo Nuestro Señor: «Dios castiga a aquel a quien ama». El hombre moral no puede ser frívolo ni haber gastado sus emociones concernientes a la severa vara de la justicia. Por lo contrario, suele ser un hombre cuya dulzura y piedad figuran como partes integrantes de un organismo mayor, cuyos ojos pueden relampaguear de justa ira y cuyos músculos son capaces de tornarse de acero, como los de Miguel, para la defensa de la justicia y de los derechos de Dios,

57

POR QUÉ NO SOMOS MEJORES

Si no somos mejores, se debe a que no queremos serlo. Al pecador y al santo sólo los separan ciertas resoluciones que uno y otro han tomado en su corazón. Aunque opuestas, se hallan muy cercanas en el reino del espíritu. Un abismo separa a los ricos de los pobres, abismo que sólo puede cruzarse con ayuda de circunstancias exteriores y buena fortuna. La línea divisoria entre la cultura y la ignorancia es también ancha y profunda, y sólo disponer de tiempo para el estudio y de una mente bien dotada, permiten al ignorante convertirse en un hombre ilustrado. Mas el paso del pecado a la virtud, de la mediocridad a la santidad, no requiere «suerte» ni ayuda externa. Basta un eficaz acto de nuestra voluntad en colaboración con la gracia de Dios.

Santo Tomás dice: «No somos santos porque no tendemos a serlo». No dice que no queremos, porque muchos lo queremos. Pero el mero deseo es un pensamiento pasajero, sin consecuencias, si la voluntad no se pone en marcha para lograrlo. «Querer» una cosa significa pagar el necesario coste en esfuerzo y sacrificio.

A menudo nos ilusionamos imaginando que nos proponemos mejorar, cuando de hecho formulamos infinitas reservas que de hecho determinan que muchas de nuestras prácticas no cambien, por lo que nuestro «querer» queda en simple deseo inútil. La clave del avance espiritual se encuentra en el Credo: «Descendió a los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos». Todos debemos descender a nuestro subconsciente y buscar en sus parajes sombríos, donde se encuentran nuestras inexpresadas reservas. No las vemos fácilmente, pero matizan todo lo que vemos, cambiando la verdad de la realidad exterior cuando impresiona la parte consciente de la mente. La realidad se modifica si en nuestras reservas íntimas hay hábitos pecaminosos, soberbia, avaricia y envidia, cosas todas que dificultan nuestro buen juicio. Desvirtuamos entonces la verdad para ajustarla a nuestras imperfecciones, y nos

mentimos a nosotros mismos para no tener que cambiar ni renunciar a los vicios que tanto apreciamos.

La mayoría vivimos teniendo una falsa imagen de cómo somos, a la cual no queremos renunciar. Tememos vernos menos nobles de lo que pensamos y nos gusta creer. Pasamos la realidad por un cedazo de amor propio, procurando eliminar toda verdad que nos hiera. Usar esta privada medida de la verdad es tan erróneo como si, arrastrados por nuestras preferencias, decidiéramos que unas teclas del piano son útiles para interpretar una sinfonía en *do moderato,* y otras teclas inútiles. Podemos fingir que una de ellas da mejor la nota y el tono buscados y actuar de acuerdo con lo que afirmamos, pero obtendremos disonancias en vez de armonías. La realidad no puede ser burlada para amoldarla a nuestros deseos.

Las reservas a que hemos de apelar, las actitudes que insistimos en no cambiar ni suprimir, afectan a nuestros criterios conscientes y hacen que las formulemos sin ajustarnos a la verdad. Antes de que podamos subir hasta la alegría de la realidad de Dios, hemos de descender al infierno en que escondemos nuestras faltas inconfesables. Esto exige que hagamos un completísimo análisis de nosotros mismos a la luz de las inmutables leyes de Dios.

Tomar como lema un «No seas blando contigo mismo», constituye un sano consejo espiritual. Nada estorba tanto como el egotismo en nuestro camino hacia Dios, y el ególatra está siempre lleno de amor por sí mismo y de «sagradas» faltas a que no renuncia, ni siquiera admite que tiene. Por ello, el egoísta que hay en todos nosotros requiere que cada uno efectuemos un implacable sondeo de todos los rincones y recovecos ocultos de nuestros ánimos. Necesitamos ver nuestro yo como es en realidad y no como lo fingimos. Hemos de amar la verdad más que el yo, y estar dispuestos a confesamos todas nuestras faltas disimuladas, si alguna vez llegamos a ver la verdad tal como es.

Nada mutila tanto la vida espiritual como los cuerpecillos extraños que se esconden, estorbándolo, en el motor de nuestra alma. Podemos encontrar dentro varias faltas, tales como autoadoración, envidia y odio. Los que intentan acercarse a Dios sin analizarse a sí mismos, se maravillan de las frecuentes derrotas que sufren y que se deben, invariablemente, a que llevan dentro de sus espíritus el caballo de Troya: el defecto dominante e irreconocido. Hasta localizarlo y confesarlo ante Dios con el deseo de destruirlo, no habrá verdadero progreso espiritual. Dijo San Agustín: «Tu

mejor sirviente no es tanto el que procura oír de ti lo que él quisiera, sino el que ama lo que oye de ti».

58

LA REVOLUCIÓN EMPIEZA POR EL HOMBRE

Se discuten actualmente cierto número de teorías sociales y económicas, pero todos los planes para cambiar el mundo se reducen a dos cosas: o reformamos el mundo, o reformamos el hombre.

La mayoría de los escritores que tratan teóricamente de la perfección, parten de que todos los males de la Humanidad pueden remediarse con el cambio de una sola cosa, que puede ser una institución. Según ellos, cambiado eso, todo se habrá arreglado. Algunos de sus programas achacan todos los males a la propiedad colectiva, y creen que todo se resolvería con la propiedad colectiva. Otros censuran los regímenes parlamentarios y propugnan la instauración de dictaduras. No falta quien detracte la política del oro y aconseje la de la plata. Pero en todos los casos la revolución se dirige contra algo externo al hombre. Siempre se coloca el cambio revolucionario en algo como el gobierno, la economía o la propiedad. Los reformadores de hoy nunca culpan al hombre de las catástrofes del mundo, ni procuran reformar al individuo.

La insistencia en que el cambio de instituciones puede ser la panacea mundial, ha sido tan grande que hasta ha habido muchos reformadores que han trazado planes de prosperidad y paz, como si ello no exigiera que el hombre empezara por cambiar de naturaleza para adoptarse a tales proyectos. La personalidad humana parece insignificante para ellos; han dejado de considerar que el Estado es para los hombres; y dijérase que todo lo que a su juicio tiene el hombre que ganar es dedicarse al servicio del Estado. Bajo tal sistema el hombre, deshumanizado y despersonalizado, es encajado en un modelo dictatorial y se trocará en mero sirviente de una nación, de una raza o de una clase.

La obstinada adoración de estas teorías ha tenido en nuestros días consecuencias asombrosas. Parece que a los teóricos no les importa que todas las naciones sean privadas de libertad, que millones de gentes se mueran de hambre, que se hagan depuraciones que comprendan miles de personas... ¿Qué importa todo eso mientras la teoría quede en pie? En vez

de hacer de la política gubernamental un sombrero apto para la cabeza del hombre, la tendencia moderna consiste en cortar la cabeza si no encaja en el sombrero. El objeto es que instituciones, planes políticos y teorías sociales prevalezcan aunque cuesten la destrucción del hombre.

Hay un segundo método de reformar el mundo y se funda en la creencia de que la reforma ha de principiar por el hombre mismo. Ello implica que él, desde luego, se adapte también a un plan muy superior a cualquier teoría temporal, plan que persigue un orden mundial más valioso que todas las instituciones aterrorizantes. El segundo método propugna, desde luego, la revolución, pero no contra nada exterior al hombre. Urge un alzamiento contra el yo dentro de todos los hombres, para eliminar su soberbia, egoísmo, envidia, egolatría y avaricia.

Este segundo método de reforma revolucionaria no acusa a las instituciones, sino a la Humanidad; no a cómo el hombre maneje su propiedad, sino a cómo se maneje a sí mismo. Tal sistema de reforma es menos popular que el primero, porque todos preferimos culpar de nuestras dificultades a los demás que a nosotros mismos. El niño da un puntapié en la puerta donde se ha pegado un cabezazo y el jugador de golf rompe el palo con que ha errado el tiro. No obstante, la culpa es del jugador, y no del palo, ni de Dios, a quien en su irritación maldice. El mundo es como ese hombre y siempre coloca las culpas de lo que sufrimos en lugar distinto al que corresponde.

Proyectar sobre otros la responsabilidad de nuestras contrariedades no trae solución alguna ni la ha traído jamás. Lo que en el mundo hay difícil se debe al hombre. Nada se saca con transferir los títulos de propiedad de unos cuantos capitalistas a unos cuantos comisarios, si ambos grupos son gente deshonesta y codiciosa. Es estéril atacar las reglas de la organización parlamentaria cuando el mal no está en las reglas, sino en el egoísmo de los hombres que las aplican. Para rehacer el mundo hemos de rehacer antes al individuo. Siendo buenos los hombres, serán buenas las instituciones, porque se parecerán a quienes las han creado.

Por eso instituciones y planes han de ser flexibles y dúctiles, para amoldarse a las aspiraciones y al espíritu libre de los hombres cuya visión se agranda y crece cuando se acercan a Dios. Sólo un objetivo tan grande como el mismo Dios puede hacer que el hombre transforme su naturaleza, y ninguna institución humana puede obstaculizar el ejercicio de las facultades del individuo. El hombre es la criatura más importante de la tierra e importa más que todas las teorías, todos los gobiernos y todos los

planes, porque el mundo y todo lo que contiene no vale lo que una sola alma. Derrúmbense las instituciones, disuélvanse las teorías, caigan los gobiernos, y nada habrá pasado, porque son trivialidades en comparación a la gran pregunta que se nos plantea: «¿Mejorará el hombre si gana todo el mundo a costa de perder su alma?»

59

AÚN HAY ESPERANZA

Nuestro mundo está lleno de profetas de lo sombrío, y yo sería uno de ellos si no creyera prácticamente en Dios. Hace treinta años todo el mundo tenía en los labios la palabra «progreso. Ahora todos hablan de «derrota» o de la «bomba atómica. Esta actitud pesimista varía en razón y proporción directa a la forma en que seguimos las noticias mundiales. Ello no se debe necesariamente a que las noticias sean depresivas, sino a que rara vez dispone uno de tiempo para contrabalancear las noticias de guerra con otros factores. Como resultado, las gentes llevan vidas políticas, no espirituales.

Sería interesante ver a un comentador tomar los gráficos médicos de los enfermos de los hospitales y radiar su resultado, leyendo los titulares después que un detalle de los correspondientes boletines se eligiera con exclusión de otros. Leeríamos cosas como éstas: «Apéndice extirpado. Enfermo desahuciado». Hay una tremenda desproporción entre los titulares y las informaciones de los periódicos, como también con frecuencia lo impresionante está identificado con la verdad. Los matrimonios que conservan amor y cariño y educan a sus hijos en la triple devoción de Dios, el prójimo y la patria, no motivan titulares de Prensa. Pero supongamos que Esplendorosa Esplendor se separa de su marido, después de dieciocho meses de unión biológica, y dará motivo a noticias. Se acepta lo peor y se olvida lo bueno.

Algo así sucede con la guerra y la situación mundial. Los tiempos son malos. Nunca han sido peores, porque nunca hasta ahora una civilización mundial se volvió contra la Divina Luz. Hemos asistido al traslado de la herencia cristiana desde Occidente a Oriente. Occidente no la perderá, y Oriente principiará a hacer con ella lo que Occidente hizo en el tiempo de su primavera. A pesar de estos hechos, esto no es el fin de la civilización, ni hemos de perder la esperanza. Hemos alcanzado un momento de la Historia en que Dios nos permite sentir nuestra inferioridad después de nosotros haber confiado mucho y tan sólo en nosotros mismos.

Muy a menudo un padre permitirá a su hijo, que cree saberlo todo, que se esfuerce y equivoque en la construcción de su casa de juego, hasta que acuda humildemente a pedir la ayuda de su padre.

En vez de una época de desastres estamos en un período de humillación. Fuimos abandonados a nosotros mismos, a nuestros métodos y a nuestro criterio. Diariamente se nos enseña esta verdad de las Escrituras: «¡Malhaya el que va a Egipto, en busca de ayuda, confiando en los jinetes porque son muchos y en los caballos porque son fuertes, pero habiendo olvidado al amoroso Dios!»

Un labrador fue con su hijo a un trigal para saber si estaba listo para la siega. El hijo señaló las espigas más erguidas y dijo: «Esas que se doblegan no deben valer gran cosa». El padre respondió: «Escucha, niño necio. Esta espiga que tan recta crece, lleva poco grano y no vale casi para nada, mientras las que modestamente se inclinan están rebosantes de hermoso trigo». En la vida nacional, como en la naturaleza, la humildad, que inclina la cabeza ante Dios, es el principio de la grandeza.

Nos esperan nuestros más grandes días, aunque entre tanto acecha la catarsis, en la que aprenderemos que, como los rayos solares no pueden sobrevivir sin el sol, ninguno puede prosperar sin Dios. Esta esperanza podrá traducirse en victoria por uno de estos dos medios: despertar nuestros corazones con la oración, o sentimos a una pulgada del desastre, hasta que desde los abismos de nuestra insuficiencia clamemos a la bondad de Dios. El mundo, y en particular América, está lleno de millares y millares de buenas gentes, existe una inspiratoria intensificación de la vida espiritual, las intercesiones se han multiplicado y la juventud anhela el sacrificio espiritual. ¡No estamos perdidos! Sólo estamos perdiendo nuestro orgullo. Dios nunca pone la corona de la victoria sobre una cabeza deforme. Como la sombra del sol se alarga más cuando sus rayos están más bajos, los hombres somos más grandes cuanto menores nos hacemos. El orgulloso mata el alcance del acto de dar las gracias al cielo. Nuestra próxima gran victoria, al hacer la paz, se celebrará con un solemne acto nacional en que se eleven preces y gracias a Dios. ¿Está ese momento muy lejano?